

# Ortega y la Religión. Nueva lectura.

## IV: Religión y Autonomía

### 4. *Religión y autonomía*

#### 4.1. *Lo Santo, la institución y la sociedad*

##### 4.1.1. *Realidad religiosa y realidad social*

Al principio la religión aparece como una realidad extraordinaria en relación al misterio de la Naturaleza <sup>1</sup>. Pero poco a poco va penetrando en la historia y el mundo de la vida más ordinaria y cotidiana. El bien tiende a convertirse paso a paso en bienestar y los dioses, con frecuencia, parece que se dejan manejar mágicamente como instrumentos de la vida social. Puede que la razón falible del hombre tienda a confundirse con el Dios infalible. Esa postura da más seguridad <sup>2</sup>. A su vez la religiosidad trivializada tiende, con demasiada facilidad, a sustituir al esfuerzo, a la honradez e incluso a la necesidad de perfección <sup>3</sup>. La religión se convierte así en la mayor enemiga del hombre verdaderamente bueno. Finalmente, todo puede terminar en una especie de nirvana excelente para sonámbulos.

Se necesita, pues, entrar a fondo en el problema religioso para ver la forma de aclarar un poco las cosas. En el mundo primitivo las divinidades aparecen alejadas y, a la vez, mezcladas con los hombres. Entre lo divino y lo humano hay continuidad: «Las figuras épicas corresponden a una fauna desaparecida, cuyo carácter es precisamente la indiferencia entre el dios y el hombre,

---

1. HAMER, J.W., *Die Religionen*, Kohlhammer, Leipzig 1923, 83: El místico J. Böhme quería llenarse de la luz de Dios y llegar al misterio de la Naturaleza. BO.

2. LANG, H., *Die Lehre des Hl. Thomas von Aquin*, Benno Filser, Ausburg 1929, 67; 68. BO.

3. JOERGENSEN, J., *San Francisco de Asís*, La Lectura, Madrid 1916, 211; BO.

por lo menos la contigüidad entre ambas especies. De aquél se llega a éste, sin más peldaño que el desliz de una diosa o la brama de un dios»<sup>4</sup>. En este mundo todo es posible. Y cuando pierde su dimensión religiosa se convierte en pura historia de aventuras, libros de caballerías, que quitan al hombre toda intimidad y le convierten en pura imaginaria. Los grandes genios siempre tratan de encontrar lo ideal y lo sublime en lo humilde y cotidiano, aunque lo divino siempre afirma su indomable independencia.

Lo religioso constituye al hombre. Según Schelling, un pueblo es, en última instancia, su mitología, su idea de la divinidad... «Y el pensamiento central del hombre primitivo no es la aritmética o la física, es su noción de Dios sobre el mundo y del mundo bajo Dios; es el mito»<sup>5</sup>. Según Schelling los pueblos se separan, tras una conmoción profunda en su concepción de lo divino y la disolución, como consecuencia, de su entendimiento común. Todos provenían como de una matriz divina única; «habrá que derivar la separación de los pueblos de una hendidura pavorosa que se abrió en la concepción común del Dios. El Dios único se partió en Dioses y la humanidad quedó disgregada, separada por grietas hondísimas, y cada aglomeración de hombres se sintió compacta y unificada por la creencia en uno de esos Dioses y despegada, hostil hacia otra cualquiera que pensaba otro Dios»<sup>6</sup>.

Todo gran ideal, incluido el religioso, arrastra en pos de sí una fuerza de cohesión entre los hombres y en medio de los pueblos. Por ello es sumamente delicado el uso o abuso que se haga de la experiencia religiosa en su dimensión social y política. La religión auténtica es una fuente de riqueza en el cultivo de los pueblos. La cultura actúa sobre ellos enérgicamente, la religión lo hace por el camino de la suavidad. La religión lleva, por el amor, a un sentido divino de la persona en la colectividad y a un sentido extraordinario de unidad entre los pueblos: «Dios es el cemento último entre los hombres, el aunador, el socializador: es el fondo armonioso del cuadro humano sobre el cual se dibujan las siluetas individuales, ásperas, nerviosas y enemigas: *Homines ex natura hostes* —solía repetir Spinoza. Tras la antigua alianza del Padre, viene el Hijo, todo temblor y ardor de llamas a instaurar una teología democrática. No quiere nada con los hombres solitarios que se hacen fuertes en el islote calvo de su orgullo, sino que entra en las ciudades y busca en las plazas las aglomeraciones»<sup>7</sup>.

Este gran misterio de comunión hace más incomprensible, por una parte,

---

4. ORTEGA Y GASSET, J., *Obras Completas*, I, Alianza, Madrid 1983, 372; MQ (1914).

5. I 415; «La guerra, los pueblos, los dioses, *Summa* (15.12.1915).

6. I 415; «La guerra, los pueblos, los dioses, *Summa* (15.12.1915).

7. I 520; POC (1916): «La pedagogía social como programa político» (12.3.1910).

que «los pensadores eclesiásticos parecen querer olvidar que la idea de Dios halla en su interpretación social el máximo de reverberaciones»<sup>8</sup>. Y de otra parte, explica el asco absoluto que debe causarnos la utilización de Dios en función de los intereses particularistas. Que se hable en nombre de Dios contra las personas competentes y se alaben los engaños. Eso lo han tolerado grandes personajes políticos, en nombre del orden y de la religión, muchas veces. Se confunde lo más sagrado con los intereses mezquinos de tal o cual grupo. Ortega termina, con razón, por preguntarse asombrado: «¿Es que vamos a poder ir con la Divinidad como jefe de nuestros muñidores electorales?»<sup>9</sup>.

A veces la religión, a falta de ese poderío utilitario y de auténtico sentido religioso, se queda reducida a una antigualla. Habla de tradiciones y antigüedades con una nostalgia infinita y absurda. A veces adopta posiciones sólo ya propias del pasado, puede mezclar lo más sutil y lo más grosero, sus ropajes son viejos como Padres de la Iglesia. Le pasa a este tipo de religión como a los difuntos vulgares que no se dan cuenta de que han muerto y se irritan por no poder realizar sus acciones habituales que ya no sirven de nada<sup>10</sup>.

No se trata de renunciar al pasado sino de hacerlo fecundo y andar hacia el porvenir. No hay que renunciar a nada, ni a la ciencia ni a la religión, ni a la estética ni a la ética, ni a la mística ni a la eficacia, ni a lo solemne ni a lo pequeño. Hay que aspirar a todo lo noble, lo auténtico y lo verdadero, incluida la religión. No se puede continuar con vida en este ambiente «acrememente hostil para la vida del espíritu»<sup>11</sup>. Eso es peor que la Inquisición; deseca el espíritu, y hace obsoleto el auténtico pensar y toda vida espiritual. Así se termina por no creer en nada. «Hay quien dice que nuestra España sin la Inquisición es más culta que aquella otra —vestida de negro, febril, cruel— gobernada por la Inquisición. Está bien que un político izquierdista piense así, y, mejor aún, que lo diga: con esa falsedad tal vez consigue que los espectros de los que ardieron en los autos de fe voten su candidatura en las próximas elecciones. Pero el que aspire a la verdad no puede afirmar tal cosa. Al contrario. En España es tradicional, inveterado, multiseccular el odio al ejercicio intelectual. Pero en otra edad el odio era respetuoso, es decir, medroso: se odiaba al intelecto, pero se creía en él, en su poder vital, se le temía, era una realidad que urgía aniquilar, consumir, reducir a cenizas —la Inquisición»<sup>12</sup>.

Hay que renunciar a posturas prefabricadas, a las solemnidades vacías y

8. I 520; POC (1916): «La pedagogía social como programa político» (12.3.1910).

9. I 294; «Vieja y nueva política», Conferencia dada en el Teatro de la Comedia, Madrid (23.3.1914).

10. DAVID-NEEL, A., *Mystique du Thibet*, Plon, Paris 1929, 28. BO.

11. II 171; E II (1917): «Azorín: primores de lo vulgar. I» (1917).

12. II 170; E II (1917): «Azorín: primores de lo vulgar. I» (1917).

a las grandes palabras. Con frecuencia en la religión, como en los ideales democráticos, se han refugiado problemas ajenos que nada tienen que ver con esas cosas y que no son más que heridas por donde respiran dolores que provienen de otras enfermedades sociales o personales. «Como Heine escribía ‘no sabemos a menudo qué es lo que nos duele. Nos quejamos de un lado y es el otro quien sufre. ¡Señora, yo tengo dolor de muelas en el corazón!’». Así es frecuente que ululemos por la Democracia cuando, en verdad, sentimos una ambición insatisfecha o una pena de amor»<sup>13</sup>. Con frecuencia la religión y la democracia han cargado culpas ajenas atribuidas a ellas impropiamente.

Nada se puede conseguir, nada que valga la pena, por el camino del resentimiento. Es por el contrario la nobleza del alma la que edifica la sociedad, como se edifica la comunidad creyente cristiana. El grupo humano se enriquece a partir de la admiración que el hombre ejemplar, sin pretender serlo, despierta a los demás. «Así, la Iglesia cristiana, está en su esencia y nervio últimos, constituida por Cristo y sus dóciles. La docilidad, el seguimiento —o, como con expresión algo inadecuada suele decirse, la ‘imitación de Cristo’— es la realidad dinámica que ha constituido la Iglesia cristiana. En su gigantesco desarrollo ésta ha llegado a ser, claro está, muchas otras cosas más. Pero todas ellas viven de aquella actividad nuclear, y la realidad histórica de la Iglesia depende en cada momento del fervor de docilidad que los fieles sientan hacia la ejemplaridad de Jesús»<sup>14</sup>.

Es innegable que solamente los pueblos que crearon una Iglesia propia lograron una auténtica unidad. Alemania e Inglaterra con el protestantismo. Francia con el galicanismo y el escepticismo; con Bossuet a babor y Voltaire a estribor se puede hacer un pueblo. Pero nada se puede hacer con un montón de inercias y abundante cantidad de ignorancia. Por tanto no conviene que los españoles disculpen su inercia mental con la disculpa de la Inquisición: «Lo característico de España no es que en ella la Inquisición quemase a los heterodoxos, sino que no hubiese ningún heterodoxo importante que quemar. Cuando por casualidad ha habido algún heterodoxo español importante, se iba fuera, como Servet, y era fuera donde lo quemaban»<sup>15</sup>.

Ocurre que en España ha llegado a imponerse, lo mismo en las clases más altas que en las ínfimas, el más chabacano aburguesamiento. Se aplasta toda sensibilidad de verdaderos valores. Es un completo filisteísmo. No hay auténtica educación ni verdaderas ideas. La burguesía no admite que haya hombres de auténtico rango moral ni intelectual. Quieren forzar a todos a su

---

13. II 160; E II (1917): «Azorín: primores de lo vulgar. I» (1917).

14. II 356; E IV (1925): «No ser hombre ejemplar. (1924).

15. II 726; E VII (1934): «Revés de almanaque. II» (1930).

estúpida existencia: «De este modo se ha ido estrechando y rebajando el contenido espiritual del alma española, hasta el punto de que nuestra vida entera parece hecha a la medida de las cabezas y de la sensibilidad que usan las señoras burguesas, y cuanto trascienda de tan angosta órbita toma un aire revolucionario, aventurado o grotesco»<sup>16</sup>.

La verdadera sociedad surge desde un fondo deportivo, festival y religioso que la engendra. Además, cada nación produce un buen grupo de personalidades óptimas entre las que hay que contar una lista de mujeres sublimes. Pues bien: «Después de haber mirado y remirado largamente los diagnósticos que suelen hacerse de la mortal enfermedad padecida por nuestro pueblo, me parece hallar el más cercano a la verdad en la *aristofobia* u odio de los mejores»<sup>17</sup>. Cada pueblo tiene sus virtudes y sus vicios, el europeo es frenético entusiasta para bien y para mal. Se entusiasma con lo divino, ya desde Tartessos. Su alma vive de lejanías, de profundidades y de presencias ausentes siempre en plena búsqueda. Pero poco a poco ha perdido el alma. Le ha faltado la religión profunda y social que movilizara sus fuerzas como, por ejemplo, el budismo en China: «El budismo dio a China lo que siempre le ha faltado: elevación, fuerte aletazo trascendente, inquietud. Esta gran brisa espiritual movilizó las líneas del estilo artístico tradicional en Extremo Oriente»<sup>18</sup>.

Precisamente lo contrario que aconteció en Occidente que poco a poco dejó el espíritu y la religión. En el siglo XIX el hombre ya no lo es propiamente, sólo es *homo oeconomicus* como dijo Marx. Con ello despertó a muchos del sueño dogmático en que habían caído y a otros de la caverna en que estaban encerrados. Marx buceó en las profundidades del hombre y de la historia humana. Descubrió el engaño sacrosanto de la explotación practicada religiosamente. Eso es una gran verdad. Y sin embargo: «Weber ha mostrado en sus admirables estudios sobre sociología religiosa cómo, lejos de ser los credos meras consecuencias de la forma económica, influyen profundamente en ésta, bien que, a su vez, son influidos por aquélla»<sup>19</sup>. Todas las actividades humanas influyen unas en otras. Y además, para el hombre moderno, está claro que la vida es lucha. La economía influye enormemente en todo. «Pero también es verdad la viceversa. En la economía influye, a su vez, todo. Por ejemplo, lo más remoto de ella en apariencia: la religión. Uno de los magnos trabajos de

---

16. III 127 EIN (1921).

17. III 108 EIN (1921).

18. III 315 nota. *Las Atlántidas* (1924).

19. II 527; E VI (1927): «La interpretación bélica de la historia» 10.1925). Así el hombre se hace querido a Dios por su labor y la ascética del trabajo engendra capital: WEBER, M., *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, I, J.C.B. Mohr, Tübingen 1920, 190-199. BO.

este magistral autor (M. Weber) ha sido justamente volver del revés la tesis marxista y mostrar cómo la religión contribuye a regir el proceso económico. Una raza budista usará *coeteris paribus* diferente economía que el pueblo israelita»<sup>20</sup>.

Según es el pueblo así es la religión; y la economía y todo lo demás. Por ejemplo, los judíos ponían a todo patronos incluidos los negocios. Así lo explica Renan: «Los judíos, en el siglo I después de Cristo, bajo influjos gnósticos y cabalísticos ponían un ángel o genio al frente de pueblos, instituciones, seres morales; no faltaba un 'ángel de las contribuciones indirectas'. No les ha ido mal. (*Comptes-rendus de l'Académie*, 1868, pág. 109, citado en Renan: *L'Antéchrist*, 363, nota primera)<sup>21</sup>. A su vez Egipto crea una religión que es administración. No hay allí personas, sólo maquinaria oficial. Y: «Toda persona sin individualidad es feliz cuando se encuentra al frente de una oficina. En Egipto no había más que pegujales y oficinas. Los templos eran una variedad burocrática, una administración que recogía los bienes de este mundo en sus vastos graneros y los canjeaba por bienes de ultratumba»<sup>22</sup>. Es la religión de la contabilidad sin teoría ni fe.

En la Edad Media la Iglesia es el primer poder europeo. Se funda el Sacro Imperio. Cada poder tendrá que elegir a la larga entre lo temporal y lo eterno. «Poder temporal y poder religioso son idénticamente espirituales; pero el uno es espíritu del tiempo —opinión pública intramundana y cambiante—, mientras el otro es espíritu de eternidad —la opinión de Dios, la que Dios tiene sobre el hombre y sus destinos»<sup>23</sup>.

En la época moderna el caso español puede servir como guía de las relaciones entre el poder temporal y el espiritual. Se trata del poder de la Iglesia en el ámbito social. El que ve el problema de buenas a primeras puede pensar que aquí el poder religioso lo es todo. Luego se da cuenta que la cosa no es tan sencilla. Y: «En primer lugar, habría que distinguir, como en una serie de círculos concéntricos, la cuantía del influjo religioso, del influjo católico y del influjo clerical»<sup>24</sup>. Este último sin duda es grande pero habría que distinguir si su fuerza le viene de sí mismo o de su utilización, indebida, del poder público. Por una parte el clericalismo ha regulado la gobernación de España, por otra se han aprobado bastantes legislaciones inequívocamente liberales.

Según Ortega: «Una hipótesis, y una sola, puede iniciar el esclarecimien-

20. II 540; E VI (1927): «Sobre la muerte de Roma. II» (8.1926).

21. II 738; E VIII (1934): «Revés de almanaque. V» (1930).

22. II 718; E VIII (1934): «Egipcios», en *Revista de Occidente* (1925).

23. IV 233-234; RM (1930).

24. III 490; «El poder social. II», *El Sol* (23.10.1927).

to de este enigma: suponer que el clericalismo tiene mucha menos fuerza auténtica de la que se le atribuye, y por lo mismo, falta de confianza en su propio influjo sobre la sociedad, recurre al Poder público a fin de multiplicarla aparentemente»<sup>25</sup>. A su vez el poder público acepta esta tutela pero como no tiene el clericalismo fuerza para sostener la institución acepta tácitamente 'cierta dosis de legislación liberal' que es como carne que se echa a las fieras mientras se organiza desde arriba la resistencia a una ampliación de las libertades. En resumen: «El clero influye mucho en la vida española; sin embargo, el cura y aún el alto dignatario eclesiástico, 'pintan' poco en nuestra convivencia social. Se advierte que en otro tiempo gozaron de enorme predicamento, y podemos señalar con el dedo los residuos»<sup>26</sup>.

Se ve que el sacerdote, el fraile o el obispo es muy importante dentro de su propio grupo pero bastante menos fuera de ese recinto beato: «Cuando por azar se filtra un gesto de episcopía y monjil más allá de su territorio y cae sobre el gran público, la reacción de éste, su sorpresa y extrañeza miden exactamente la diferencia que hay entre el poder de grupo y el poder social»<sup>27</sup>. Del político y sus gestos nadie se extraña porque se encuentra siempre dentro del poder social y es uno de sus máximos exponentes. Lo mismo ocurre con su aparición en los periódicos.

No trata este análisis de hacer alarde anticlerical alguno sino exponer limpiamente un fenómeno difícil. El escritor no gana en verdad por el apoyo de tales o cuales poderes, eso es inmundicia sobre la verdad desnuda. Así lo advierte Ortega: «Y ruego al lector anticlerical que no me apunte en el haber lo antedicho como alarde de anticlericalismo, en cuyo caso me repugnaría por lo que tuviese de alarde y lo que ostentase de *anti*»<sup>28</sup>. El escritor quiere mantenerse libre como 'pájaro del buen Dios'.

Ha sido una constante celtibérica el querer ser más papistas que el Papa. Hoy el mundo y también la Iglesia sigue otros derroteros. Desde la *devotio moderna* se venía gestando un futuro distinto sin confusión, entre lo divino y lo humano, la Iglesia y el poder temporal. Cada uno debe cumplir su propio destino porque sino mutuamente se falsificarían. Ya no se puede vivir del escolasticismo, de soluciones prefabricadas, hay que estar vigilante siempre en todo «lo humano y lo divino»<sup>29</sup>. La ciencia y su casa, la Universidad, tienen su propia misión que no puede ser usurpada por las escuelas abaciales; ella es

25. III 490-491; «El poder social. II», *El Sol* (23.10.1927).

26. III 491; «El poder social. II», *El Sol* (23.10.1927).

27. III 492; «El poder social. II», *El Sol* (23.10.1927).

28. III 492; «El poder social. II», *El Sol* (23.10.1927).

29. IV 351; MU (1930).

el alma del Estado no la Iglesia. La Universidad debe orientar la historia frente a la frivolidad y el frenesí. Europa es Universidad, también con estudios teológicos, y no religión mágica de mercado persa. Especialmente cuando los dos poderes 'espirituales' están bastante debilitados, sino bastante borrados del mapa social: «Ahora bien: a estas fechas han desaparecido los antiguos 'poderes espirituales': La Iglesia, porque ha abandonado el presente, y la vida pública es siempre actualísima; el Estado, porque, triunfante la democracia, no dirige ya a ésta, sino al revés, es gobernado por la opinión pública. En tal situación, la vida pública se ha entregado a la única fuerza espiritual que por oficio se ocupa de la actualidad: la Prensa»<sup>30</sup>. Ortega advierte de paso que no quiere molestar a los periodistas porque tal vez él mismo 'no sea otra cosa que un periodista'.

Naturalmente es más fácil crear seguridades artificiales, vgr., una religión dogmática o un Estado ciego, duro, sordo, y en ese sentido sin problemas. O unir las dos cosas en ambas instituciones. O ponerse en manos de la actualidad, del éxito de la opinión pública. Esto es lo que hacen los hombres infieles a su vocación y a su destino. De otro lado es muy humano, es más fácil negar los problemas, ya sean religiosos o sociales, que tratarlos y afrontarlos. Puede que incluso uno sienta mayor seguridad, pero así se mata la frescura y la originalidad de la vida y se entra en un mundo muerto. Ya no hay esa reacción personal e íntima ante las cosas que es toda vida auténtica: «La vida es nuestra reacción a la inseguridad radical que constituye su sustancia»<sup>31</sup>. Goethe vivió muy seguro encastillado en Weimar pero ya no era verdaderamente Goethe. Cada persona puede asegurarse sin cesar en sus ideas sociales o antisociales, religiosas o antirreligiosas, pero ya no es su persona, es una vida rígida y petrificada sin porosidad alguna. Tal es el precio de la seguridad.

Esa situación lleva a la admiración del Estado como gran máquina, a la consideración de la Iglesia como una fortaleza inexpugnable pero rocosa e inaccesible. Entonces se le cierran al hombre las nuevas direcciones de los horizontes vitales, se despersonaliza la vida y aparece el furor teutónico. Al fin todo es inadaptación y fracaso porque la vida es cambio y no puede ser contenida en instituciones rígidas y estáticas. El hombre no tiene una estructura definida, todo en él es insustancial, no tiene naturaleza sino historia y las instituciones donde se aloja han de responder a su realidad de peregrino incansable: «Todo en él, pues, viene de algo y va a algo. Está siempre en viaje, *in via*, de-

---

30. IV 352; MU (1930).

31. IV 412; GD (1932): «Pidiendo un Goethe desde dentro», en *Revista de Occidente* (1932).



«cían los teólogos medievales»<sup>32</sup>. El Estado debe ser flexible, la Iglesia debe hacerse peregrina con los caminantes.

Desde el Renacimiento la crisis se viene anunciando lentamente. La seguridad del sistema de creencias medievales escolásticas se pone en cuestión. Descartes es ya una nueva instalación en la modernidad. En Vives ya vemos que ha muerto la Edad Media. Vives es ya otro nivel, un nuevo continente. No organiza «una magnífica fuerza política y religiosa, como san Ignacio de Loyola»<sup>33</sup>. Eso ya no tiene sentido para un hombre bueno, dulce y limpio. «Frente a su época nos encontramos, por tanto, en esta incómoda actitud: durante el Renacimiento se da un gran paso en el abandono de la concepción teocéntrica y sobrenaturalista que rigió a la Edad Media, que supone la nulificación del hombre»<sup>34</sup>. Pero, ahora, el hombre se basta a sí mismo, ya no necesita la guardia pretoriana de la clergalla. El hombre renace. El Estado y la Iglesia tienen que humanizarse.

#### 4.1.2. *La religión en la sociedad*

Las convicciones generalizadas uniformes habían creado un mundo igual, una Iglesia uniformada, un Estado indiscutible. Se ha mantenido la concordia porque se creía en la autoridad 'por la gracia de Dios'. La política se apoya siempre en fundamentos nada políticos. «Cada uno de los Estados europeos ha vivido durante siglos en concordia radical, porque creía con fe ciega —toda fe es ciega— que debían mandar los 'reyes por la gracia de Dios'. Pero, a su vez, creían esto porque creían con creencia firme y común que Dios existía. El hombre no estaba solo, solo con sus *ideas*; sentía ante él, presente siempre, una realidad: Dios, con la cual no tenía más remedio que contar. Esto es creencia: contar con algo porque *nos* está ahí. Y eso es realidad: aquello con que, queramos o no, contamos. Cuando la colectividad dejó de creer en Dios, los reyes perdieron la gracia que tenían y se los fue llevando por delante el vendaval de las revoluciones. La alianza entre el 'trono y el altar' era, pues, cosa tan justificada como, por lo visto, inútil»<sup>35</sup>.

La fe institucional cae constantemente. Desde los imperios más antiguos la fe en los dioses protectores de los poderes mundanos, ya civiles ya sacerdotales, se hunde al mismo tiempo que se derrumban los imperios. Es impresionante ver a los investidos de poder divino apostatar cuando su prebenda se ha evaporado; hasta los pontífices religiosos pierden la fe al perder el cargo. Ci-

32. V 496; «Vives», *La Nación* (Buenos Aires 12.1940).

33. V 494; «Vives», *La Nación* (Buenos Aires 12.1940).

34. V 497; «Vives», *La Nación* (Buenos Aires 12.1940).

35. VI 62; «Del Imperio romano», *La Nación* (Buenos Aires, verano 1940).

cerón lo sabía muy bien y hace tiempo. «No necesitaba preguntar esto último a nadie. Porque él, que era pontífice, no creía tampoco. Su libro *Sobre la naturaleza de los dioses* es el más estupefaciente que ha escrito nunca un pontífice: en él se dedica a buscar por todo el Universo los dioses que se le han escapado del alma, tan sencillamente como el pájaro se escapa de la jaula»<sup>36</sup>.

La jaula es el poder. Rota la jaula se va el pájaro alado de la fe. Conviene, no obstante, que el hombre cultive la verdadera religión, la que le lleva a darse cuenta de que hay algo más que él en el mundo, que no puede dejarse llevar a la acción, al poder, al abuso sin más: «Esta conducta, que nos lleva a no vivir ligeramente, sino a comportarnos con cuidado —con cuidado ante la realidad trascendente—, es el sentido que para los romanos tenía la palabra *religio*, y es, en verdad, el sentido esencial de toda religión»<sup>37</sup>. En este sentido, Estado y creencia se complementan; así vemos que hay en la vida política épocas de respeto y cuidado y tiempos de descuido, negligencia y frivolidad en que no se teme a Dios ni a los hombres ni tampoco se les respeta. Cuando esto ocurre puede que huir no sea una cobardía. Vemos en efecto verdaderas epidemias, aún hoy, de querer irse de la sociedad. Uno desearía estar fuera, como decía Goethe cuando Napoleón invadió Alemania, pero no hay 'fuera'. «Los monjes cristianos no fueron, ni mucho menos, los primeros en aislarse. No hicieron sino imitar a los que en Siria y Egipto desde dos centurias se hacían 'deserteros' —*eremitas*— para practicar la *moné* —la soledad. De aquí que se les llamase *monakhoí*— monjes. Este tipo de vida les proporcionó un enorme prestigio y produjo una especie de epidemia. Los desiertos se poblaron de miles de 'solitarios' que, en virtud de ello, dejaron de serlo y se convirtieron en 'comunidad' —*cenobio*, de *koinós*— común. Pero individuos más resueltos a aislarse inventaron, ya que era imposible aislarse horizontalmente, huir de los prójimos por la vertical, construyéndose una alta columna o pilar sobre el cual vivían. Se les llamó *estilitas*. Mas tampoco les dio resultado, y hasta el Emperador enviaba a sus ministros para consultar a san Simeón sobre asuntos de Estado, gritándole desde el suelo»<sup>38</sup>.

En las religiones estatales la creencia está instrumentalizada por el Estado, en cambio en el cristianismo —en principio— no. La creencia cristiana no forma parte del engranaje social. La fe cristiana coloca cada cosa en su propio lugar, lo divino y lo humano sin confundirlos, establece buenas relaciones de compañía, pero sustituir unas realidades por otras, a Dios por el hombre o al hombre por Dios, al Estado por la Iglesia o viceversa, lo califica de idolatría y

---

36. VI 63; «Del Imperio romano», *La Nación* (Buenos Aires, verano 1940).

37. VI 64; «Del Imperio romano», *La Nación* (Buenos Aires, verano 1940).

38. VII 237; HG (1949-1950) XI.

trivialización de la divinidad. Lo mismo cabe afirmar cuando se sustituye el cristianismo por una filosofía o una propuesta concreta de organización social.

Cada realidad tiene su propia entidad y la confusión de las cosas es uno de los mayores males. Así la ciencia tiene su propio lugar, su gran valor, y la religión debe mantenerse en el nivel que le corresponde; no pueden mezclarse una con otra sin crear problemas innecesarios y lamentables. Se puede ser integrador, como lo fue Leibniz, pero sin confusiones. Así nos lo enseñan los grandes creadores de la ciencia: «Hombres como Bacon, Galileo, Descartes, procuran prescindir en su obra científica de cuanto pueda tangentear los temas dogmáticos. Sería un error atribuir esto a latente irreligiosidad que hubiese en ellos. La actitud con respecto a la religión es, sin duda, distinta en esos tres hombres; pero del más cauteloso de entre ellos, que fue Descartes, nos consta el fervor religioso. Se trata, pues, de un imperativo de época»<sup>39</sup>.

Y, sin embargo, es un imperativo de la religión que ha de encarnarse en el pueblo, con todos los peligros y problemas que eso conlleva. Refiere Ortega que cuando Tirso de Molina escribe el *Don Gil*, Madrid era una fiesta permanente donde todo se metamorfoseaba en fiesta tanto las procesiones como las funciones religiosas. Algunos se escandalizaban de las cosas 'non sanctas' que pasaban en la Iglesia. Y Ortega reconoce, sin escándalo, que era así cuando dice: «Claro que acontecían, claro que eran no santas. Pero no por eso eran irreligiosas. Aquel catolicismo, precisamente porque se sentía seguro de sí mismo, precisamente porque era una forma integral de vida, se daba el lujo, que era un deber y, a la vez, su acierto admirable frente al protestantismo —como vio muy bien Nietzsche—, de embarcar dentro de él la vida entera del hombre con su virtud y su vicio, con su perfección y su caída. Lo malo empezó cuando el catolicismo comenzó a dejar que pasasen cosas fuera de él, que una parte de la vida avanzase ajena y forastera a su recinto. Una Iglesia, cuando lo es de verdad, es la eterna arca de Noé, donde van juntos el santo y el futuro beodo y el universo todo, navegando sosegadamente de conserva hacia Dios»<sup>40</sup>.

Una buena sociedad popular es muy difícil sin religión. Una persona o un grupo puede vivir de una concepción científica y no religiosa pero un pueblo sólo puede alimentarse de una idea religiosa del mundo. Se podrá argüir que el pueblo ruso vive del marxismo y no de la religión. Según Ortega, «es porque ese marxismo ha adquirido todos los caracteres, que se podrían determinar con extrema precisión, de una concepción religiosa del mundo»<sup>41</sup>.

39. VIII 326; IL (1947).

40. VIII 606-607; «Introducción a Velázquez», San Sebastián (9.1947).

41. IX 107; IHU (1948-1949).

En algunos pueblos la religión es algo íntimo, en otros, como muchas veces entre bastantes europeos modernos, «ha quedado más bien como algo que se pone encima de nosotros»<sup>42</sup>. Por este camino las cosas no pueden arraigar. Ni la religión ni la legítima autoridad moral. No hay coherencia entre el alma del pueblo y los gobernantes, no hay integración ética de la libertad y la orientación hacia el destino y la misión de cada uno y de cada pueblo. Falta el don, falta la gracia, no hay sentido ni de Dios ni de nada, todo se vuelve rígido e ilegítimo. «El rey, pues, es el jefe del Estado por un título que *proviene de la gracia de Dios*; esta gracia mágica, que llamamos don o ‘carisma’. La legitimidad originaria, prototípica, la única compacta y saturada ha sido, en casi todos los pueblos conocidos, *el rey por la gracia de Dios*. Pura, no *hay* otra. La cuestión está en qué se entiende por eso de ‘hay’, pues no implica que por fuerza la *haya* siempre. Implica únicamente que legitimidad pura sólo hay esa, cuando la hay»<sup>43</sup>. El ‘*rex sacrorum*’ de los etruscos, por ejemplo, no tiene atributos políticos, es una monarquía pura, de derecho trascendente, es la más pura legitimidad. Pero no se puede mantener ni conservar, siempre, el pasado en el presente. Incluso pudiera ser conservada y venerada pero como ausente, porque esa legitimidad absolutamente pura ya no la hay. Y sin transparencia, sin don, sin gracia, la nueva legitimidad, personal o colectiva, nos aparece como ilegítima. Y cuando no hay legitimidad auténtica puede mandar cualquiera. Es cuestión de popularidad, de saber imponerse como sea: «*Jefe del Estado, pues, lo es entonces cualquiera*»<sup>44</sup>. La modernidad significa siempre, en cierto sentido, ilegitimidad e ‘inconsagración’ porque al aceptar la ética del éxito y de la eficacia termina por imponer como legítimo a lo que de hecho se impone.

Ante el disloque de la unidad tanto de creencias como de cohesión social algunos intentan resucitar artificialmente viejos mitos y antiguos ritos: «Es el eterno intento, eternamente fracasado, de retornar al *mos maiorum*, a los usos de los antepasados. El resultado es que la religión deja de ser base unitaria y común y se convierte en campo de batalla, y concretamente de batalla electoral entre los reaccionarios y los revolucionarios. Pero hartos se comprende que tan pronto como se hace la religión, real o tácitamente, cuestión de votos, deja de ser la sustancia conjuntiva que unifica macizamente la vida de un pueblo»<sup>45</sup>. Es necesario que el intelectual, como hombre sin oficio ni beneficio, juegue ahora su papel independiente. Los profetas fueron los primeros intelectuales hebreos, no siguen el sentido común vulgar, por eso son siempre

---

42. IX 107; IHU (1948-1949).

43. IX 108; IHU (1948-1949).

44. IX 125; IHU (1948-1949).

45. IX 148; IHU (1948-1949).

profetas contra *su* pueblo. También ocurre así con el intelectual que no destruye sin más la fe del pueblo creyente sino que la razón y la filosofía, como escribió Ortega desde muy temprano de su obra, «'es el entablillado que se pone a una fe quebrada'»<sup>46</sup>. El pensamiento trata de ayudar a caminar cuando la religión ya no llega a cohesionar todas las cosas. La *Pax* romana o cualquier otra, vinculada a la religión, no dura eternamente. Aunque fuera cierto que la *Pax* del Estado universal Roma no está muy relacionada con la religión universal del proletariado interno que es la Iglesia universal de origen proletario<sup>47</sup>.

Cuando el mundo se desintegra la religión se convierte en un asunto exclusivamente social, sin carácter profundo, por eso se cambia la gente de religión sin ningún escrúpulo<sup>48</sup>. Los poderes invisibles desaparecen poco a poco. Los dioses gobiernan cada vez menos el mundo. Las creencias son cada vez más secretas, es decir, más ajenas a la sociedad. La religión se ocupa cada vez más de las almas y cada vez menos de los hombres. «La Iglesia había sido la única institución amplia y eficientemente organizada que había subsistido durante aquellas centurias y sin concurrencia alguna había logrado consolidar en las almas la creencia en su doctrina»<sup>49</sup>. Cada alma cree a su manera y eso engendra la división y las guerras de religiones. Después el racionalismo niega prácticamente la religión. No obstante el racionalismo religioso todavía acepta cierta fe con cultura, normas morales y la idea de patria. Después el socialismo niega gran parte de esos supuestos y finalmente el comunismo excluye la idea de patria lo que hace renacer los extremismos nacionalistas<sup>50</sup>.

Al final la racionalidad más fría consigue organizar un Estado mecánicamente impuesto que dirige el tráfico de los pueblos y las civilizaciones. Si se convierte en una ametralladora de lanzar leyes, el individuo se siente cercado y culpable como Kafka. Incluso si pretende ser como el gran benefactor, el Estado también asfixia al hombre como el oso del cuento que al espantarlo las moscas le aplasta la cabeza. Es fácil también que, sin miedo a Dios ni a los hombres, el Estado venga a ser otro tirano, pura 'carrocería' desde su punto de vista oficial. Se gobierna sin derecho y sin legitimidad como en las partidas

---

46. IX 148; 146: IHU (1948-1949).

47. IX 164; IHU (1948-1949). Según Burckhart, Eusebio, historiador insincero, convierte a Constantino, protector de la Iglesia, en ideal de humanidad: BURCKHART, J., *Del paganismo al cristianismo*, F.C.E., México 1945, 321. BO.

48. GUENON, R., *Introduction générale a l'étude des Doctrines Hindoues*, M. Rivière, Paris 1921, 80. BO.

49. IX 334; «Vistas sobre el hombre gótico».

50. IX 670; «Apuntes sobre una educación para el futuro», Londres (5.1953). PPHA (1951-1954)

de banuoleros. Como diría Royer-Collard: «Busco por todas partes cosas que sean ‘derecho’, y hallo sólo hechos que son ‘fuerza’»<sup>51</sup>. La fe en las instituciones se viene abajo del todo. Por un momento se quiere restaurar lo antiguo pero es inútil, la historia es irreversible.

Por lo que hace a España, Aurelio Prudencio suponía, como verdad, que a los hispanos nos miró Dios con benignidad. Según Ortega, eso lo decía, porque conocía hombres que murieron por dar vida a sus ideas y dar la vida por su fe. «Esto explica su patriotismo teológico; medía la Historia y el genio de los pueblos por la altura de la fe religiosa, y muy justamente ensalzaba nuestra fe genial de entonces. Pero la perspectiva ha cambiado: no es ya para nosotros la historia el proceso de encarnación de una fe escatológica, sino el engrandecimiento de la cultura y la aproximación infinita a una imagen de humanidad virtuosa y sabia»<sup>52</sup>. Esa opinión de Prudencio implica un patriotismo dudoso metido en la teodicea. Ciertamente muchos compatriotas perduran en esa opinión de Prudencio después de quince siglos, y «están muy seguros de que el Corazón de Jesús reinará en España con predilección a otros lugares. En fin de cuentas, ningún principio cósmico se opone a que así acaezcan las cosas, y todo sería que las españolas se empeñaran absolutamente, en hacerlo realidad; si bien llegado el caso, preferiría al corazón otra víscera divina; el cerebro, por ejemplo»<sup>53</sup>.

A Ortega le parece, más bien, que se aplicaría mejor a la situación española lo que de sí dijeron los guanches de Canarias a los misioneros cuando les preguntaron cómo habían llegado a aquellas tierras. Su respuesta fue: «‘Dios nos puso en estas islas y luego se olvidó de nosotros’»<sup>54</sup>. Ortega no considera motivada la afirmación de Aurelio Prudencio de la predilección de Dios por los hispanos ni nuestro futuro social parece en nada halagüeño. «Antes bien, tendríamos substancia sobrada para lamentarnos los que aún somos jóvenes y en nuestra vida no hemos presenciado otra cosa que derrumbamientos, errores, angustias nacionales, ni hemos respirado más que desconfianza, irresoluciones, ni aprendido sino desesperanzas en este panorama de sordidez ideal, que representa la existencia española»<sup>55</sup>.

Ortega se enfrenta a Azorín por defender al obispo de Orihuela y decir que «‘la democracia se halla en bancarrota’»<sup>56</sup>. Además rechaza Ortega el

---

51. IX 711; «Un capítulo sobre la cuestión de cómo muere una creencia», Munich (2.1954). PPHA (1951-1954).

52. X 50; «Sobre el proceso Rull», *Faro* (12.4.1908).

53. X 49; «Sobre el proceso Rull», *Faro* (12.4.1908).

54. X 50; «Sobre el proceso Rull», *Faro* (12.4.1908).

55. X 50; «Sobre el proceso Rull», *Faro* (12.4.1908).

56. X 53; «Sobre la pequeña filosofía», *El Imparcial* (13.4.1908).

*pragmatismo*; y reprocha a Azorín que diga que la *Crítica de la razón práctica* de Kant es una necedad. Ortega piensa que es ahí donde se fundamenta la verdadera democracia que es la democracia como ley de moralidad. La democracia es producto de la moral autónomica y por tanto según Ortega, «es ‘excusado decir’ que un obispo católico ha de combatirla. Yo sentiría mucho que esto enoje al señor Azorín, pero la idea democrática, en su plenario y estricto sentido, no es posible dentro del catolicismo y de su moral heteronómica. Tan no es posible, que históricamente viene a ser la flor del ‘cactus’ luterano abierto al cabo de tres siglos de gestación»<sup>57</sup>.

Ortega reprocha a Azorín que se adhiera a un partido político siendo un poeta y un intelectual. Y termina Ortega denunciando la mezcla de religión y política, el problema de la democracia y la Iglesia oficial, la filosofía y las elecciones. Dice así: «Yo sería el último en censurar por todo esto al señor Azorín. Ni siquiera me opongo a que se haga del ‘maurismo’ una religión con sus dioses y sus vírgenes, su falsificación alícuota de la historia y de sus evangelistas rotativos. Lo que censuro es que complique con el nombre del señor Maura la historia de la filosofía»<sup>58</sup>.

Como se ve las discusiones surgen muy pronto en las relaciones político-religiosas españolas. Ortega reprocha a los conservadores su falta de ideas y su ‘escolasticismo’ que pretende ocultar esa carencia de fondo. Frente a las acusaciones de que el partido liberal no tiene disciplina Ortega critica el orden conservador, y recuerda que la disciplina es algo fundamentalmente moral y no la mera obediencia: «La disciplina conservadora tiene un sentido menos luterano y más jesuítico: obediencia, *perinde ac cadaver*. No se trata de que cada individuo piense en la manera de mejorar la raza: cada cual llegaría a conclusiones distintas y se llevaba el diablo las votaciones compactas. Es menester votar una sola cosa, cualquierá que ella sea, con tal que la voten todos. De esta manera se suscita la necesidad ineluctable de un jefe que proponga la materia a votar»<sup>59</sup>. Afirmo Ortega que los jesuitas y las sectas secretas no deben su poderoso influjo a sus mejores ideas y proyectos sino a su espíritu de cuerpo, a la cohesión formal de sus miembros, como la madera flota compacta en el agua pero no por su valor propio. Habrá tiempo de ver todas estas complicadas relaciones entre política y religión con más detalle.

57. X 54; «Sobre la pequeña filosofía», *El Imparcial* (13.4.1908).

58. X 55; «Sobre la pequeña filosofía», *El Imparcial* (13.4.1908).

59. X 69; «Disciplina, jefe, energía», *El Imparcial* (12.8.1908).

#### 4.1.3. *Religión y justicia social*

El orden conservador, según Ortega, acaba siempre hablando de la necesidad de una mayor energía y de buscar ‘un hombre enérgico’ para gobernar. Según Ortega no es el pueblo el que crea la turbulencia y el desasosiego. Son los políticos el origen del desorden y Ortega piensa que cuando se habla de mano dura en realidad se está buscando un bruto a cuyo amparo se «afirmen los dos parásitos inmortales: la inercia mental y el capitalismo»<sup>60</sup>. Teme Ortega que ese poder enérgico del que se habla sea el de las armas o el dictatorial. Y lo que hace falta es otra cosa: «‘Necesitamos en el gobierno ‘impersonales’ —decía Costa—; Bismarcks injertos en San Francisco de Asís, con más de San Franciscos que de Bismarcks’»<sup>61</sup>.

El camino español no pasa por la revolución, ni por la revuelta desde arriba ni desde abajo, sino ‘desde las elecciones’. La idea de Ortega es transformar la sociedad por la cultura. Si el pueblo se queda ante las elecciones como el asno de Buridán es porque se le ha enseñado el oficio previamente. Según Ortega hay que «preparar al pueblo para las elecciones como se le dispone para la primera comunión.

El pueblo no vota porque no se le ha imbuido ningún programa. Cuando ha pasado sobre él, como nube de Jehová en el desierto, la sombra de una idea política, ha impuesto su poderosa decisión en los comicios: el ejemplo de Cataluña es bien reciente. Oligarquía y caciquismo no son causas del alejamiento electoral, son síntomas de la entequez y miseria de nociones políticas que padece España entera»<sup>62</sup>.

La generación de Ortega ha experimentado el deshonor español al comprobar que fuera de España ser español es algo ridículo. En Europa somos culturalmente insolventes. La cultura es la que ha de crear un ideal que mueva el ‘alma enferma’ de España. Ese ideal tiene un nivel metafísico y lleva a un bienestar físico o transformación de la miseria en riqueza por medio de la cultura. Según Ortega, el poder de las religiones para movilizar a la gente a una conciencia social ha terminado, ya no pueden ofrecer al hombre actual un tipo de virtudes apropiado, virtudes sociales y laicas. Hay que modernizar los contenidos éticos para construir la nueva sociedad. En otro caso no queda otra salida que prepararse a morir hacia la eternidad. La nueva propuesta moral sueña así: «La grande esperanza que pongo en la ciencia consiste en ese descubrimiento del mundo moral. Un pueblo chabacano, ebrio de erotismo senil, sin

60. X 71; «Disciplina, jefe, energía», *El Imparcial* (12.8.1908).

61. X 71; «Disciplina, jefe, energía», *El Imparcial* (12.8.1908).

62. X 72; «Disciplina, jefe, energía», *El Imparcial* (12.8.1908).



alegría ni respetuosidad, no puede elevarse espontáneamente, por empuje cordial, a la conciencia de la virtud. Las nuevas virtudes son letra muerta, tanto para la fe del carbonero como para el escepticismo del carbonero. La justicia política es la matemática de la caridad; la veracidad es la lógica imponéndose a la sinceridad. Son virtudes de origen especulativo y empolladas en el cerebro labran lentamente su nido en el corazón. La ciencia ha obtenido la nueva moral destilando en su alquitara las viejas morales instintivas»<sup>63</sup>.

Denuncia Ortega que con frecuencia se estima de las personas lo que menos vale en ellas. Además, la falta de virtudes cívicas es aquí universal. En España, según Ortega, reina una plutocracia anarquista. Unamuno ha denunciado la situación y Ortega suscribe la denuncia. Incluso la Iglesia se encuentra, de lleno, en medio de esa falta de civismo. El Estado debe vigilar esta situación. «Y el Estado es y debe ser ante todo un órgano de cultura, sobre todo frente a la Iglesia. La cual, cuando de aquél se trata, resulta también anarquista, pues enseña, no ya el libre examen, sino hasta la resistencia y el fraude a la leyes de aquél. Prueba de ello es que no estima pecado el contrabando o el matute y no tendría nada de extraño que hubiera hasta algún obispo matutero»<sup>64</sup>. Ello indica que sin democracia e igualdad ante la ley no hay solución tampoco al problema de la economía.

Falta también a la moral cívica española una adecuada dosis de tolerancia. No hay que exagerar la intransigencia moral si se quiere que un día haya verdaderos grupos de renovación social. A Pablo Iglesias se le increpó por beber un vaso más de cerveza. Según Ortega, no hay que ahogar a los socialistas porque a veces actúan con modales un tanto rudos y duros. Son cosas que tienen que ocurrir antes de llegar a la madurez. A propósito refiere Ortega una historia a modo de moraleja: «Acaeció una vez a San Francisco predicar a los gorriones de las plazas paduanas, y esto debió parecer a los cultos magnates de Roma gran simplicidad y, sin embargo, para la cumplida belleza de la historia humana fue menester que algún día en la plaza de alguna villa se predicara a los gorriones: 'Hermanas avecicas, si no calláis no podré hablar con Dios'. Del mismo modo, a fin de que un partido político adquiriera algún día densidad moral suficiente para renovar el ambiente español, es preciso que hoy en la calle de Relatores se cometa la fervorosa ingenuidad de malhumorarse por un vaso más de cerveza que alguien, relapso, beba»<sup>65</sup>.

Hay que tener paciencia y seguir con la tarea de la cultura aunque algunos la consideren ingenua. No se debe pretender que el pueblo tenga una sensibili-

63. X 77; «La cuestión moral», *El Imparcial* (27.8.1908).

64. X 84; «Glosas a un discurso», *El Imparcial*. (11.9.1908)

65. X 90; «Nuevas glosas», *El Imparcial* (26.9.1908)

dad que falta a quienes debieran ser más cultivados. Con frecuencia los organismos oficiales han apoyado el fervor bárbaro de los sayales frailunos y han dejado desolado al joven con ansias científicas de más conocimiento. Hay que continuar la lucha por la cultura frente al paquidermo español. Ortega reprocha a Azorín por oponerse a las teorías de Haeckel o a la obra de Maeterlink precisamente cuando las universidades de Leipzig y Berlín los ensalzaban. Desea Ortega que Azorín deje de avivar la inercia mental de los acomodados, «la codicia capitalista y la vanidad aristocrática de quienes no son aristócratas ni de alma ni de nación»<sup>66</sup>. Cualquiera perfección auténtica exige un esfuerzo doloroso y por tanto debe ser respetada y no difamada.

Para Ortega respeto, religión y conciencia social van íntimamente tramados. Y ese respeto ha movido siempre vigorosamente la obra de Ortega: «Tal vez nada mueva mi pluma con tanto afán como el ansia de ver todas las cosas nacionales instauradas en el respeto —*instaurare omnia in Christo*. Es para mí el respeto la virtud socializadora por excelencia, la emoción religiosa (de *religare*, atar). Si toda la energía humana no se consume en las luchas individuales, si algo de ella sobrequeda y rebasando todas las querellas momentáneas labra silenciosamente obras más perennes que el individuo, es decir, obras sociales, débese al respeto»<sup>67</sup>.

El respeto es lo que conserva lo valioso del pasado. Impide, a la vez, confundir las conquistas religiosas con las conquistas políticas y sabe valorar lo positivo de las creencias religiosas ajenas: «No saquemos, por Dios, la hostilidad teológica, no pretendamos reproducir la opinión bárbara sobre el islamismo que tenían los cruzados del siglo XI, los calatravos del siglo XII.

Existe una moralidad moderna: no es lícito insertar en ella trozos de la ética medieval. Las creencias religiosas que en otro tiempo eran santas sólo para sus fieles lo son hoy para todos. La discrepancia en la fe no puede servir jamás de pretexto, para encarecer la hostilidad»<sup>68</sup>.

La fuerza y la ignorancia no crean nada que valga la pena. Ortega se dirige a la juventud para que tome conciencia de la situación de España y no siga sesteando. Y lo hace, porque los maduros y mayores, con dificultad se reforman, más bien suelen persistir en sus errores. Al pasar los cuarenta años quedan sólo unos pocos alientos para reformar 'la constitución de nuestra morada interior'. Como algunos españoles de bien han pedido colaboración, Ortega quiere aportar la suya: «Esto hago yo ahora y vengo a ofreceros, amigos de mi tiempo, 'el cornalillo de mi pobreza' como decía el Cartujano»<sup>69</sup>. Al haber

66. X 99; «Fuera de la discreción», *El Imparcial* (13.9.1909).

67. X 95; «Fuera de la discusión», *El Imparcial* (13.9.1909).

68. X 103; «Guerra con cuartel», *El Imparcial* (17.8.1909).

69. X 105; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

pasado tantos años en que las cosas van mal, la sensibilidad se embota y se olvida lo que está mal. «Y es menester que el Demiurgo rector de la historia envíe alguna terrible desazón nacional para que volvamos a percatarnos de la inmensa y profunda mengua en torno. La psicología del sentimiento religioso sabe muy bien que la conversión suele iniciarse en instantes de aguda perversión»<sup>70</sup>. Pues lo peor de todo, es cuando uno ya no sabe enfrentarse consigo mismo y darse cuenta de los problemas, descubrir los estratos de podredumbre bajo los cuales ha quedado sepultada la honradez y los impulsos dignos: «Oyendo a los que aún creen que no se halla tan enferma España como otros decimos, cabe pensar amargamente si habremos llegado a ese último extremo de la abyección»<sup>71</sup>.

Los españoles recientes no han podido aprender a ser 'más delicados, más inteligentes ni más virtuosos', no han visto otra cosa que villanía y fuerza y la justicia entregada «al juicio de Dios de los tribunales militares»<sup>72</sup>. Sin maestros ni ejemplaridad no puede haber educación y sin ésta no hay historia pues como decía Lessing la pedagogía es «la médula de la historia»<sup>73</sup>. Nadie es mejor que otro si no hace las cosas mejor que él. Y esto no puede ocurrir si no se tiene una manera de 'sentir lo divino', de tratar los problemas humanos públicos y privados y de mirar al futuro ideal. Se trata de un mundo de analfabetos intelectuales y morales.

Ha aumentado la barbarie pública española. Los jóvenes no pueden confiar en nada, ni en el partido liberal ni en el republicano. «El partido liberal no hará nada porque no sabe qué hacer. Sin embargo, admitamos que quiera emprender alguna cosa: por ejemplo, una modestísima campaña contra los privilegios de las órdenes religiosas. ¿Qué ocurrirá? Unas cuantas señoras, unas cuantas damas, abrirán con sus firmas un pliego, y tras de sus firmas vendrán otras muchísimas, firmas, todas de damas; el partido liberal caerá antes de los seis meses de resultas de tanta firma. Y ya no podremos indignarnos; ahora mismo nos sentimos reconfortados porque las últimas tristezas son siquiera trágicas: dentro de seis meses viviremos dentro de una comedia incalculable, en la bufonada de una isla de San Balandrán»<sup>74</sup>.

La misión de los partidos más comprometidos con la justicia es evitar las revoluciones destructoras de todos y avanzar en la verdadera transformación de la sociedad por la justicia y la igualdad. La revolución es necesaria pero de-

70. X 106; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

71. X 107; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

72. X 107; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

73. X 109; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

74. X 112; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

be ser bien hecha sin sangre ni violencia absurda y desbocada: «Tal es a mi modo de ver la misión histórica del radicalismo democrático, del socialismo: las revoluciones sólo se evitan organizando partidos revolucionarios. El dilema es de hierro: ¿Qué se prefiere, la revolución o la amenaza de la revolución? Pues bien, todo poder constituido que no se siente amenazado equivale a la seguridad de una revolución»<sup>75</sup>.

Hay que hacer el camino de la ciencia y del esfuerzo en busca de los ‘santos de la tierra’, de quienes pueden ayudarnos. Y luego poner en práctica sus ejemplos, sus virtudes cívicas. El respeto y la seriedad en primer lugar. Luego la ciencia y el esfuerzo. Basta recordar a Fernando Lasalle ‘pensador y luchador’. Hay que salir a Europa en busca de la verdad y la justicia por amor al pueblo: «Europa, señores, es ciencia antes que nada: ¡amigos de mi tiempo, estudiad! Y Europa es también sensibilidad moral, pero no de la vieja moral subjetiva, de la moral cristiana —acaso más bien jesuítica— de las intenciones, sino de otra moral de la acción, menos mística, más precisa, más clara, que antepone las virtudes políticas a las personales porque ha aprendido —¡Europa es ciencia!— que es más fecundo mejorar la ciudad que el individuo»<sup>76</sup>.

Hay que construir la paz. El socialismo es cultura, construcción, cultivo de la paz, constructor de ‘la gran paz sobre la tierra’, un principio de amistad universal: «Para mí, socialismo es la palabra nueva, la palabra de comunión y de comunidad, la palabra eucarística, que simboliza todas las virtudes novísimas y fecundas, todas las afirmaciones y todas las construcciones. Para mí, socialismo y humanidad son dos voces sinónimas, son dos gritos varios para una misma y suprema idea, y cuando se pronuncian con vigor y convicción, el Dios se hace carne y habita entre los hombres»<sup>77</sup>. Por tanto, según Ortega, no se trata en absoluto de ser antirreligiosos, ni siquiera anticlericales. Pues con esto no se adelanta nada aunque en España haya sido moda ser anticlericales y definirse cada uno por oposición a su vecino. No hay que ser reaccionarios ni anti-nada. Sino ser algo positivo. «Está bien, pues, que seamos anti-clericales, pero yo os hago notar que a su vez los clericales carecen de contenido positivo: los clericales son los antimasones, los anti-socialistas, los anti-científicos, los anti-morales, los anti-demócratas, los anti-nosotros. El clericalismo, señáldonos, dice: *Voilà l'ennemi*. Y nosotros, a nuestra vez: *Le clericalisme, voilà l'ennemi*. Con decir anti-clericales decimos, pues, solamente que somos ene-

75. X 117; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

76. X 118; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

77. X 120; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

migos de nuestros enemigos. Y esto es demasiado evidente para que con ello adelantemos mucho»<sup>78</sup>.

Para Ortega es falso que los triunfos del socialismo se deban a la lucha de clases y a la fatalidad económica. Están también Saint-Simon, el poder espiritual y Lassalle. La economía también depende de la política y ésta supone unos principios fundamentales que están en la religión. Ortega no acepta el esquema marxista aunque sí el socialismo: «Sólo un adjetivo nos separa: vosotros, sois socialistas marxistas, yo, no soy marxista»<sup>79</sup>. Ortega, en la casa del partido socialista de Madrid, expone, brevemente, su idea de la religión: «No puedo detenerme en describiros lo que es la religión: era el conjunto de los principios más generales de explicación del universo y de los principios fundamentales de la moral. Dios como creador y como legislador moral; es decir, social: 'Siempre que estéis juntos me hallaréis entre vosotros'. Las palabras divinas fueron los últimos apoyos de la organización social mientras los hombres vivían convencidos de la religión. La religión, durante siglos innumerables, constituyó el poder espiritual: Dios fue el gran socializador, constructor de comunidad, de sociedad; los hombres se amaban, comulgaban, se socializaban en la fe. Eran hijos de Dios y súbditos del Rey, su representante en la tierra. Los derechos y obligaciones que constituyen el tejido social se basaban en última instancia sobre la enorme columna mística de Dios»<sup>80</sup>. La cultura viene a sustituir la idea mística de Dios en su función socializadora. El proceso es: la cultura se convierte en el nuevo poder espiritual y la justicia constituye la nueva moral; así podrá llegar la cultura a todos y se unen democracia, virtud y ciencia. Por tanto, dice Ortega: «Es preciso que junto a la jornada mínima pidáis, con la misma energía, la escuela única»<sup>81</sup>. El socialismo de Marx era un medio para conquistar este socialismo cultural, pero Marx no fue marxista, «como Jesús de Nazareth no fue un católico, apostólico, romano»<sup>82</sup>.

El socialismo es cultura para todos. Los clericales son la 'incultura': «Aparte de su misión general humana e internacional tiene el socialismo en España esta ilustrísima tarea que cumplir: imponer la cultura; es decir, la seriedad científica, la justicia social. El partido socialista tiene que ser el partido

78. X 119-120; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

79. X 120; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

80. X 124; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

81. X 125; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

82. X 123; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

uropeizador de España»<sup>83</sup>. Otra afirmación básica del socialismo es el deber del trabajo, sin trabajo la amistad y la comunidad se disuelven. El hombre se queda en orangután. «La comunidad verdadera es la comunidad del trabajo. He aquí, pues, que el deber primario del hombre es ser un trabajador. Trabajador es el nombre del hombre moderno, decía Michelet»<sup>84</sup>.

El socialismo tiene que ser honradez, virtud ciudadana, nueva moral. No le debe bastar con denunciar los defectos clericales; cuando eso sea necesario ha de hacerlo con tristeza: «No, el socialismo no puede contentarse con hablar mal de los curas, con fustigar sus torpes costumbres y su gótica barbarie, con hacer estadísticas de los millones de pesetas que heredan anualmente estos buenos padres jesuitas, mis antiguos e inverecundos maestros; si eso tiene que hacer el socialismo, ha de hacerlo con tristeza, como conviene a tan grosera labor: Hércules al limpiar los establos de Augias debió apretarse las narices. Pero no, el ser anticlericales no puede significar para nosotros eso»<sup>85</sup>. Ser anticlericales significa oponer la ciencia a la ignorancia, la comunidad humana al individualismo, la justicia evangélica a la caridad miserable: «No sólo oponemos a los clericales, frente a sus dogmas, nuestra ciencia, sino frente a su moral más rígica, una moral que no admite los compromisos ni los perdones ni las indulgencias, una moral que no se limita a vivir dentro de los individuos, sino que nos lleva a reformar y hacer más justas las ciudades. El socialismo, antes y más que una necesidad económica, es un deber, una virtud, una moral: es la veracidad científica, es la justicia. ¿Qué es la justicia sino la caridad científica superando la caridad sentimental del Evangelio?»<sup>86</sup>.

El verdadero anticlericalismo no es insulto, es poder decir a los clericales: henos aquí con las virtudes que os faltan, con nuevos ideales de futuro frente a vuestra esterilidad, con una gran generosidad frente a vuestras mezquindades materialistas: «Frente a vuestro espíritu que es en verdad materia evaporada, materia volatilizada, nosotros traemos y afirmamos la única cosa que no es material: la idea. Aportamos una concepción científica de la naturaleza y de la política, una visión más precisa y vigorosa de la moral, un sentimiento mayor de densidad estética. Traemos, señores, a España la justicia y la seriedad.

---

83. X 125; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

84. X 125-126; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

85. X 126-127; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

86. X 126; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

Traemos una nueva religión; traemos la sublime eucaristía: traemos la cultura»<sup>87</sup>.

Para Ortega, en política, es fundamental la idea que se siga como proyecto de futuro. Interesa más la idea fundamental incluso que la persona que la encarna. El pueblo necesita de esta encarnación de la idea en un hombre. Pero si no hay idea no hay hombre, ni pueblo, ni política posible. La democracia es un ideal, no una persona. España ha vivido del mito del hombre enérgico que arregla todo, por eso no ha habido política, ni de izquierdas ni de derechas; ya desde Platón se habla de la 'ciudad de los pobres y la ciudad de los ricos'; su lucha es la política, no un hombre. Del mismo modo, para Ortega, el liberalismo primero es una idea: «Aún no había Hombres liberales; aún estamos, no se olvide, circunscritos al segundo versículo: los hombres se crearán después, los creará la Idea, el *Logos*, lo mismo que en aquella primera sazón genésica»<sup>88</sup>.

Ciertamente los hombres también son importantes. El socialismo ha tenido a Pablo Iglesias. Los conservadores lo han tratado, por holgazanería, como tibetanos. Pero él ha henchido la vida cívica de virtudes teologales. A Ortega le vienen en tropel las palabras de origen religioso al hablar de este hombre del gremio de cajistas: «Pablo Iglesias es un santo. ¿Cómo pretender cerrar la comunión de los bienaventurados a este tipógrafo? Pablo Iglesias se ha ejercitado hasta alcanzar la nueva santidad, la santidad enérgica, activa, constructora, política a que ha cedido el paso la antigua santidad quietista, contemplativa, metafísica y de interna edificación. Sin santos no hay virtudes. Como los físicos construyen en sus laboratorios las leyes del mundo de las cosas, los santos hallan experimentalmente en sus vidas las virtudes, leyes del mundo moral. A cada virtud su santo»<sup>89</sup>. En las nuevas virtudes cívicas Pablo Iglesias es un ejemplo. Francisco Giner es otro, los dos españoles más europeos. Ellos han devuelto la fe en el futuro a muchos españoles que la habían perdido. Y esto debe alegrar a todos: «Todo hombre honrado ha de sentir que le acrece la fe en los poderes de bondad concedidos a la especie humana cuando vea florecer la virtud en el campo enemigo, y ningún verdadero católico cometerá el sacrilegio de poner coto a la divina munificencia cuando la mano de Dios se alarga un poco y deja caer algunos puñados de virtudes en las entrañas de los hombres malos. Los que aborrecen las divisiones infranqueables entre

---

87. X 127; «La ciencia y la religión como problemas políticos», Casa del Pueblo del Partido Socialista, Madrid (2.12.1909).

88. X 128; «Imperialismo y democracia», (Para Ramiro de Maeztu), *El Imparcial* (2.1.1910).

89. X 140; «Pablo Iglesias», *El Imparcial* (13.5.1910).

los espíritus, los pacíficos, a quienes fue prometido el reino, trabajarán siempre por elevar ejemplos de virtud en cuya estimación puedan reunirse todos los hombres: santos que a todos nos sean comunes y pongan un acento de paz en la lucha ardiente de la historia. La comunión de los santos, es, en primer lugar, la comunidad de los hombres en los santos»<sup>90</sup>.

La fe en los santos es también la fe en el poder de su mensaje para conducir las vidas de los hombres: «Pablo Iglesias es una magnífica incitación al respeto, porque es la transustanciación de la idea socialista»<sup>91</sup>. Las ideas van muriendo como las especies zoológicas, encienden los corazones y luego pierden su fuerza. En la Edad Media la teología era *regina scientiarum*, la religión era fuente de comunión eclesial y social. El siglo XVIII fue un roedor de las ideas teológicas, la gente perdió su sensibilidad espiritual y la sociedad se disgregaba. En busca de esa vena espiritual Saint-Simon fundó el socialismo. Eso fue la esperanza abierta de nuevo; segunda virtud teológica. Y la esperanza se difundió, nos refiere optimista Ortega. «A mí se me ha hablado de ‘cierto socialismo’ hasta en los despachos de las autoridades eclesiásticas: dígolo en su honor. Las bases del socialismo no se discuten ya, verdaderamente: se disputa sólo del más o del menos, reconociendo en él la idea organizadora de la Justicia. Y Justicia ¿qué es sino la exactitud aplicada a lo caritativo, la matemática de la caridad, tercera de las virtudes teológicas, que han llenado el domingo último las urnas del Municipio madrileño»<sup>92</sup>.

No obstante, Ortega repite que no le parece acertada la predilección de Dios por España en la que creía Prudencio, según ya quedó dicho; ni un reinado especial del Corazón de Jesús en nuestra patria. Según Ortega, España no se ha portado nunca como un pueblo de primer orden aunque haya desempeñado papeles primordiales en la historia del mundo. Hoy la conciencia nacional está desorientada, con una «estúpida genealogía de semidioses»<sup>93</sup>. En la historia del progreso de la moral no aparecen nombres españoles importantes. Europa es la realidad de la cultura, de los ideales auténticos; por el contrario, lo castizo, español, carece de la virtud, de la fuerza sustancial para crear un auténtico pueblo con una ética cívica profunda.

Sorprende a Ortega el excesivo optimismo de Pío X sobre la felicidad del pueblo español a causa de la religión. Parece que quiere insistir en la línea de Aurelio Prudencio. Según Ortega, hemos acumulado ineptitud durante siglos aunque nos inquiete un pasado glorioso. Y confirma: «Yo había pensado siempre así desde largo tiempo; pero hoy leo unas palabras del Sumo Pontífice

90. X 140; «Pablo Iglesias», *El Imparcial* (13.5.1910).

91. X 141; «Pablo Iglesias», *El Imparcial* (13.5.1910).

92. X 142; «Pablo Iglesias», *El Imparcial* (13.5.1910).

93. X 148; «Venerables ironías», *El Radical* (23.6.1910).



que me ponen en perpleja situación. El Santo Padre ha ido y ha dicho a unos peregrinos baleares que 'España ha conseguido demostrar espléndidamente que la religión es causa de felicidad de las naciones'. No conozco bien el significado canónico de felicidad; según es sabido, las encíclicas y demás literatura de la Sede romana usan de un vocabulario genuino, en virtud del cual, cuando parecè que dicen una cosa, resulta que dicen lo contrario»<sup>94</sup>.

Pregunta Ortega, al lector, si se cree que España es realmente feliz, y tiene la impresión de que los documentos pontificios hablan de una felicidad más mística que real: «El Santo Padre dedica casi toda su atención a las realidades místicas, a ese mundo ingrátido y transcendente, poblado de materias sutilísimas: vive una vida sobrehumana, habita extáticas ciudades, donde con su bastón venerable mantiene el orden de la gracia en la comunión de los santos. Pero el Padre Santo no ha hecho benditas con sus ojos las cifras de las contribuciones españolas, y éstas son incompatibles con la felicidad. De suerte, que la ventura que la religión haya podido traernos, es inutilizada por la administración, y pata»<sup>95</sup>.

Piensa Ortega que el *Hispanos Deus aspicit benignus*, de Prudencio, no se puede hacer presente de otra manera que por una aproximación a una humanidad virtuosa y sabia. Por tanto el optimismo de Pío X, a la vista de la realidad, ha de trocarse en el sentimiento de los guanches: Dios nos puso aquí y se olvidó de nosotros. O habrá que pensar en una ironía del destino o, lo que sería peor, que la religión se puede mezclar bien con la incultura. Dice Ortega: «A no dudarlo, la Santa Sede ha procedido con ironía en esas palabras, y más cuando añade: 'Sé perfectamente que esa nación sigue siendo digna de sus tradiciones'.

Si todo ello no se interpreta en un sentido irónico, no sé bien hasta qué punto sea aceptable la filosofía de la historia que inspira al Santísimo Padre. No me parece fácil de comprender cómo el país menos culto de Europa puede ser el más religioso. ¿Por ventura la religión es cosa distinta de la cultura?»<sup>96</sup>.

Se necesitan ideales y eficacia. Los ideales que no cristalizan en reformas legales y sociales se pierden en el vacío. Por eso los jóvenes han abandonado el liberalismo verbal ineficaz y quieren un liberalismo con mordiente social. Lerroux ha proclamado este liberalismo que gusta a los jóvenes: «La historia del señor Lerroux es un manual de la perfecta eficacia. Este hombre, cuyo aspecto hace pensar en Caliban —aquel Caliban que, según Renán, era preferible a

94. X 149; «Venerables ironías», *El Radical* (23.6.1910).

95. X 149-150; «Venerables ironías», *El Radical* (23.6.1910).

96. X 150; «Venerables ironías», *El Radical* (23.6.1910).

Próspero restaurado por los jesuitas y los zuavos pontificios—, no ha pasado por las academias, y si no se halla exento de sociología, ha adquirido sólo la precisa para envolver en una película de modernidad la eterna emoción democrática. No es un pensador, si por tal se entiende la ociosa operación del espíritu que, revolviéndose sobre sí mismo, renuncia a mover los músculos. Probablemente no es lo que suele decirse un santo, porque las necesidades de la acción no están previstas en la grisienta moral española, hecha por progenies de quietos para generaciones de inertes. Se reconocerá lealmente que la moral de San Luis Gonzaga había de periclitarse ante el más leve incidente electoral»<sup>97</sup>.

No hay que asustar al pueblo con el desorden liberal. Es preciso organizar la revolución para que no sea la revolución del desorden. El orden no es lo establecido como desorden constituido donde reina el hambre y la miseria. No hay que preferir la paz quieta sin justicia. Lerroux es un arquitecto de las pasiones populares. Aunque siempre se dirá que es preferible otro: «¡Preferible! ¡Preferibles serían tantas cosas!... Mas no es lícito preferir los ángeles a los hombres, por la sencilla razón de que los ángeles no votan en los comicios, y si votaran lo harían probablemente en favor de algún candidato presentado por esa piadosa Defensa Social. No me es dado ejercitar mi preferencia sino entre un humilde liberalismo y un liberalismo agresivo»<sup>98</sup>.

Hay que librar a la vida pública española de la ignorancia y de la ineptia. También de los escándalos tontos. Cuando se habla de política no es de esperar un lenguaje tan comedido como si se tratara de problemas teológicos. Pero tampoco debiera decirse que todos los artículos radicales son *lirismos revolucionarios*, funestos como todos los lirismos. Esto para Ortega es desvariar, puesto que el lirismo es vida interior sustancial a la vida humana. Y donde no hay vida humana sobran todos los gobernadores de provincias. Ortega remacha: «Y esto es lirismo: mantener frente a lo que hay fuera un huertecillo íntimo, cerrado, libre, un yo, una conciencia de lo bueno y lo discreto, de lo bello y lo ordenado y lo justo. En este lugarcillo interior se perpetúa la divina fermentación espiritual que luego pone algún aroma sobre la carroña pútrida de la naturaleza, de los instintos naturales; sobre todo, del instinto radical: la conservación»<sup>99</sup>.

Ortega es enormemente sensible a cualquier intervención apresurada de la vida pública en la vida íntima. Así lo expresa con una contundencia absoluta: «¿Qué tiene que ver la Ley de orden público con la historia de la literatura? Sólo una intervención incesante de la Providencia impide que nos volvamos

97. X 156; «Lerroux, o la eficacia», *El Radical* (22.7.1910).

98. X 158; «Lerroux, o la eficacia», *El Radical* (22.7.1910).

99. X 161; «El lirismo en Montjuich», *El Imparcial* (10.8.1910).

locos de pronto todos los españoles. ¡Bendito sea Dios! ¿De modo que todo lirismo?... ¿De modo que también la poética está a merced de los gobernadores de provincia?»<sup>100</sup>.

En todo ello ve Ortega, una vez más, una decadencia ciudadana. No se trata de una crisis económica o política o religiosa. Se trata de una decadencia histórica, absoluta, de la vida española, es una gangrena, que no se puede arreglar con cargar la culpa a un sector determinado vgr., al mundo clerical. De ahí la tristeza que deja cualquier intento parcial de reforma. Lo dice un amigo de Ortega: «‘He aquí que a lo tanto tiempo anhelado ha llegado la hora del triunfo: en mi mocedad doliente de castellano viejo ha habido más de anticlericalismo que de amor. Y ahora un gobierno anticlerical se halla al frente de los destinos nacionales, y un hombre bastante ardoroso, cuyos discursos han exaltado mi anticlericalismo de provincial durante quince años, dirige la tremenda piqueta legislativa contra aquella oscura masa monástica, especie de murallón gótico que ahogaba nuestra vida ciudadana. Ponga usted tras esto todas las frases hechas y por hacer que guste: harto le consta la firmeza de mi credo anticlerical. Precisamente porque es así, le va a causar extrañeza mi confesión: creo que se nos ha vuelto triste nuestro anticlericalismo a la hora de realizarlo. Yo siento en mí, y al través de mi ánimo en España, una gran tristeza: una fría convicción puramente racional nos lleva a la obra y entramos en la faena tristemente, sin exaltación y sin fuego. Tengo la impresión de que esto ocurre siempre que se hace tarde lo que debió hacerse a su hora: los votos que dejaron de cumplir los abuelos los llenan los nietos forzosamente sin entusiasmo. ¿Encuentra usted una explicación?»<sup>101</sup>. Para Ortega se trata de un deber reconocido pero cuya ‘utilidad’ y ‘fecundidad’ no está clara.

Para Ortega la enfermedad es más profunda, de ahí la tristeza. Es la inercia el manantial del materialismo, incluido el clerical. «Cada cual con su ánimo: por mi parte me hallo muy cierto de que en los conventos y sus adyacencias es donde más inofensivamente opera el clericalismo; del mismo modo que los principios virulentos son inofensivos en el laboratorio de Cajal, donde se los cultiva. Aquí, en mi corazón, en las venas de esta mano que esto escribe, es donde pulsa más nocivamente la triste herencia, ese principio de inercia, único animador de los materialismos clericales. Ellos son el clero, nosotros los clericales»<sup>102</sup>.

Avisa Ortega que España ha sido fácil a las expulsiones: moriscos, judíos, frailes; demasiadas represalias, ha dicho muy bien el Dr. Simarro. «No;

100. X 160; «El lirismo en Montjuich», *El Imparcial* (10.8.1910).

101. X 162; «Sencillas reflexiones. II», *El Imparcial* (22.8.1910).

102. X 168; «Sencillas reflexiones. II», *El Imparcial* (6.9.1910).

el exceso de Órdenes religiosas no desvía lo más mínimo la columna vertebral de España, por la sencilla razón de que España es hoy invertebrada»<sup>103</sup>.

Ortega teme muchísimo que el anticlericalismo liberal no sea más que una negación estéril más. El anticlericalismo ni es liberalismo ni es democracia, es represalia. Como todo lo *anti* aparece cuando falta la salud auténtica: «La manía de ser *anti-algo* suele aparecer entre los síntomas de una vida mental averiada; la furia de la mente no es sino la explosión de aquel antagonismo difuso a que tiende su miseria filosófica. El odio, el afecto negativo no ejerce en él la función de mero vehículo puesto al servicio de la honrada herida o de la justicia atropellada: para el loco lo sustantivo es odiar, irritarse, ejercitar su enorme capacidad de antagonismo, sea contra quien sea y por el motivo que sea»<sup>104</sup>.

Los anticlericales no se han interesado por el caso Ferrer. Cabe recordar que el liberalismo debe ser 'la política magnánima'. «En el caso Ferrer la cuestión clerical se eleva de los personalismos a las sustancias políticas. Ser anticlerical y no interesarse por aquel grave acontecimiento equivale a una confesión ingenua de falta de sinceras convicciones liberales. Y nos importa demasiado hondamente el problema clerical para que dejemos que se le convierta en una estúpida plataforma para unas cuantas gentes de properantes ambiciones»<sup>105</sup>.

No se puede construir la vida pública sobre la insinceridad, de lo contrario veremos pueblos que dicen oficialmente una cosa y en la vida real otra vgr., naciones irreligiosas donde la religión está omnipresente. Con frecuencia, un pueblo tiene que modificar sus convicciones vgr., monárquicas o republicanas o prejuicios tradicionales que envuelven a la opinión pública así como sobre religión o determinada forma moral, o sobre orientaciones políticas que parecían una cosa y son otra.

#### 4.1.4. *La sociedad española del futuro y la religión*

Ortega inscribe su vida en la suerte del pueblo español. Es para él España su amada, 'mi parte del mundo', y ningún fracaso podrá apartarle de su misión y destino. Sabe que no se le hace mucho caso, sobre todo no siendo abogado, fácilmente se le dice que tanto él como los que siguen el camino de la cultura, están en la luna. Ortega es como el profeta que dice '¡Ay de vosotros!', hasta que otro día, finalmente, tiene que decir '¡Ay de mí!'. Ortega se ve como el clown de circo al que alude Kierkegaard para explicar su mi-

103. X 168; «Sencillas reflexiones. II», *El Imparcial* (6.9.1910).

104. X 168-169; «Sencillas reflexiones. II», *El Imparcial* (6.9.1910).

105. X 169; «Sencillas reflexiones. II», *El Imparcial* (6.9.1910).

sión: «Tanta gracia hizo que el teatro entero ardió con el público dentro. Por la vía trágica o por la vía cómica nos es bien clara nuestra misión de perpetuos clamadores en desiertos y no nos queda más satisfacción que la de pensar cómo sin duda alguna, se cumplen en nosotros las señales que la *Didaké*, famoso libro atribuido a los apóstoles, daba para distinguir los buenos de los falsos profetas. Los buenos —dice— se conocen en que no permanecen más de dos días en cada pueblo y en que no piden nada»<sup>106</sup>.

La caída de un pueblo comienza cuando se destruye a los mejores, a sus voces críticas, cuando se mata a sus centinelas. Entonces la corrupción cínica acalla las voces sanas con apariencias legales. Es el triunfo de los zánganos: «Dos Españas, señores, están trabadas en una lucha incesante: una España muerta, hueca, carcomida y una España nueva, afanosa, aspirante, que tiende hacia la vida y todo está arreglado para que aquélla triunfe sobre ésta. Porque la España caduca se ha apoderado de todos los organismos públicos, de todo aquello que podemos llamar oficial y que no es sólo la *Gaceta* y los ministerios, y esa España cadavérica y purulenta convertida en España oficial gravita, aplasta, agosta los gérmenes de la España vital»<sup>107</sup>.

En ese ambiente, Unamuno fue la esperanza española que se levanta, el despertador de nuevos valores, en una España misérrima materialmente, vencida y sin progreso ni técnica. España materialmente era entonces un fantasma; espiritualmente recuerda Ortega su mocedad, la edad del entusiasmo, la honradez y el idealismo patrio: «Es la edad en que, al entrar en la vida, toda alma pura y enérgica busca en torno principios superiores, ideales en que encenderse y a los cuales servir. Son los años en que el intelecto, la voluntad y el sentimiento necesitan moldearse en fuertes disciplinas que inciten a vivir. Pero en torno nuestro no sonaban más que voces arcaicas y rastreras o torpes y ampulosas. Íbamos buscando maestros y no los hallábamos: las Universidades, salvo escasísimas excepciones, no nos han enseñado nada. Los libros representativos de la época no acertaban a sacudir nuestras entrañas con su estúpida retórica. Ha habido, señores, unos años en que todo hombre joven y sensible se encontraba en medio de la España espiritual como un Robinson —forzado a hacerse con sus propios dolores un credo en que cobijarse como el personaje inglés una cabaña— ¿Cómo se quiere que no nos quejemos?»<sup>108</sup>.

Sólo queda dedicarse, a pesar de todo, a la construcción de nuestro pueblo. No podemos esperar a que las cosas nos vengan del cielo; es necesario coraje y talento para sacar adelante a España, no podemos dejar todo, sin más,

106. X 263; «En defensa de Unamuno», Conferencia, Bilbao ('El Sitio' 11.10.1914).

107. X 266; «En defensa de Unamuno», Conferencia, Bilbao ('El Sitio' 11.10.1914).

108. X 267; «En defensa de Unamuno», Conferencia, Bilbao ('El Sitio' 11.10.1914).

a la divina Providencia: «En la Edad Antigua dicen que solía la Providencia favorecer inopinadamente a un pueblo con donaciones prodigiosas. Pero hace ya mucho tiempo que la Providencia se retiró malhumorada a un profundo gabinete celestial, resuelta a no meter baza en los afanes humanos. Hoy sólo se hace un pueblo como se ha hecho Italia: con un poco de coraje y otro poco de talento»<sup>109</sup>.

Es necesario dedicarse con ‘honrados intentos’ a la tarea española, a establecer nuevos usos, sin alardes y con humildad. Nadie está por encima del bien y del mal, tampoco los intelectuales. Según Ortega, salvo Giber y Cajal, los intelectuales españoles no son mejores que los políticos. «Recordemos la amonestación de Don Quijote —siempre el divino y dolorido Cervantes—: ‘Considera, hermano Sancho, que nadie es más que otro mientras no haga más que otro’. En cuanto ‘intelectuales’, pues, sólo nos toca trabajar y ser humildes»<sup>110</sup>. Hay que organizar las nacionalidades y a su gente, educar al pueblo decididamente para otra historia nueva y viviente. «Para ello caminemos de pueblo en pueblo. Sembrándola de virtudes teologales, recorramos España —si fuera preciso, a pie, y si no fuera por la prisa, de rodillas»<sup>111</sup>.

Hay que volver a lo profundo de nuestro corazón para rehacer España. Los partidos turnantes han fracasado. La derecha son cuatro ‘damiselas irascibles’. Hay que hacerse la composición de lugar de la España actual para entrar con buen pie en el tiempo nuevo. Como san Ignacio, en sus *Ejercicios Espirituales*, hay que poner mucha imaginación en la obra. Hay que dejar de lado el maquiavelismo no sea que por los cargos a conseguir perdamos la fe en el futuro. No nos ocurra lo que se dijo de aquel Papa: «*Pío, per conservar la sede, perde la fede*»<sup>112</sup>. Hay que ser capitanes de corazones, levantar un nuevo patriotismo, más allá de la resignación, por medio de la crítica que lleve a nuevos horizontes a nuestro pueblo dormido en su pasado glorioso. No hay que dejarse llevar por el desánimo o por un solo acontecimiento negativo. Es preciso entrar en el alma española. Además de técnica administrativa, política, economía o pedagogía hay que llegar al oscuro corazón hispano. Hay que romper una opinión pública inmoral que vive del abandono y la abyección. Se necesita orientación para esta España sin tino que responde siempre: «Ni sí, ni no; esto es, no queremos esforzarnos por nada, no tenemos fe en nosotros mismos ni dónde apoyar la esperanza. No tenemos afán de vivir, de gozar ni

---

109. X 274-275; «La camisa roja», *España* (29.1.1915).

110. X 279; «La nación frente al Estado», *España* (12.2.1915).

111. X 281; «La nación frente al Estado», *España* (12.2.1915).

112. X 291; «Política de neutralidad», *España* (19.3.1915) (sin firma).

de imperar. Nuestra raza se ha tumbado al borde del camino como un can apaleado»<sup>113</sup>.

España está sin economía y sin intelectualidad. Nuestro clásico, nuestra tradición fundamental es el hambre. Junto a ella se ha mantenido constante la frivolidad. Ha sido la destrucción del respeto y de la vida inalienable sin la cual nunca se puede afrontar nada en serio. Todo se queda en confirmarse cada cual en sus puestos y convicciones. Así, por ejemplo, nos cuenta Ortega: «El señor Dato ha administrado, día por día, un año entero, al partido conservador el sacramento de la confirmación. Con gusto muy dudoso ha recalcado una vez y otra ante el señor Maura que su partido se llama liberal-conservador»<sup>114</sup>.

Hay falta de seriedad política y se nos puede encallecer la sensibilidad. Cuando no hay autoridad moral no puede haber auténtica vida política. España se encuentra en una gran postración moral. La atmósfera pública es poco respirable. Se paga a mercenarios de la pluma para que se mate civilmente con la calumnia y la injuria a los ciudadanos despiertos. Como a veces no se encuentran figuras de primera línea para el despojo, la envidia se ha buscado a personajes menos brillantes de la sociedad para conseguir nuevas presas de la maledicencia. Eso le ha ocurrido a Ortega que no ha sido «jamás jefe de nada»<sup>115</sup>. Los periódicos españoles llamados 'católicos' han suplantado la opinión de Ortega sobre la guerra franco-alemana. Ciertamente: «Las épocas de revuelta política han sido siempre aprovechadas para las venganzas personales»<sup>116</sup>.

Mientras tanto los gobiernos no han hecho nada. Ni han llevado fe o esperanza alguna al corazón español. España padece una parálisis tremenda que ni un gobierno de médicos puede curar. Ya no se cree en la política ni en nuestro futuro. Es como prepararse a bien morir, sólo faltan unos pequeños signos en la tierra o en el cielo para que llegue el juicio final. La desmoralización española es total. Tenemos casi todos los males, de modo que el juicio habrá que hacerlo como acostumbran los egipcios: «En la religión egipcia las almas de los muertos no se justifican ante el tribunal de los dioses refiriendo los pecados que han cometido, sino, al contrario, especificando cuáles pecados no cometieron. Más humildes que los cristianos, suponen los egipcios que en esto de pecar es el hombre enciclopédico por naturaleza, y lo más que puede pretender es librarse de algunas clases de faltas. Yo recuerdo haber asistido en

---

113. X 325; «Ideas políticas. I», *España* (25.6.1915).

114. X 331; «¡Libertad, divino tesoro!», *España* (16.7.1915).

115. X 336; «Una manera de pensar. I», *España* (7.10.1915).

116. X 339; «Una manera de pensar. I», *España* (16.12.1915).

Canillejas al tránsito de una pobre vieja que había sido torera en los tiempos dorados de 'Lagartijo' y 'Frascuero', y al acercarse el confesor hizo declaración sumaria de su existencia con estas palabras: 'menos robar y matar, *too*, padre, *too*'»<sup>117</sup>.

Ortega aspira a claridad en las cosas españolas, desea verter ante los demás sus esperanzas españolas para que haya una vida ciudadana fecunda, más rica, más bella, más noble: «Esta España mejor no nos puede caer de la luna, ni siquiera de *El Sol*. Para lograrla es menester que nos hagamos todos un poco mejores en todo; que un afán de vida poderosa, limpia y clara despierte en la raza entera; que cada español se resuelva a elevar unas cuantas atmósferas de presión sus potencias espirituales»<sup>118</sup>.

No basta dar gritos. Ortega era 'incompatible' con los gritos. Hay que llegar a acuerdos, el poder con los ciudadanos corrientes, con aquellos que son 'poco más que nadie' y también, con el hombre real de la calle. Hay que suscitar el entusiasmo por una España mejor. Sobre todo hay que ponerse en serio en inteligencia y ciencia. En otro caso: «Seguirá siendo España lo que ha solido ser durante tres siglos: un aldeón torpe y oscuro que Europa arrastraba en uno de sus bordes. Tenemos que ensancharnos las cabezas para dar a nuestras ideas dimensiones de mundialidad»<sup>119</sup>. No hace falta para ello suponer que todos son idiotas como hacen algunos políticos con aires faraónicos y de caciques. Hay que exigir ideas políticas más claras, más serenas, eficaces y menos patéticas.

Es necesario revitalizar los organismos políticos inertes, hacer funcionar las instituciones, integrar a los radicales y renovar a los conservadores. Ver la manera de que el funcionario funcione realmente. De lo contrario los nuevos gobernantes tardan un año en enterarse de los problemas: «Llegado este momento de iluminación, de Ministerial Pentecostés en que el señor ministro aprende las lenguas de sus negociados, sobreviene la crisis política. Otros siete ciudadanos, bajo un nuevo octavo, ascienden, frescos, radiantes, primaverales, por las laderas del Gobierno: dicen las mismas palabras de salutación y promesa, y se disponen nuevamente a flotar sobre el caos de sus negociados alícuotos, como el espíritu de Dios sobre la nebulosa genesiaca. Y así una vez, y otra, y un siglo»<sup>120</sup>. Algunos llaman a esto democracia.

Hay que descartar la grandilocuencia y la megalomanía de la política. La política no puede llevarnos a la felicidad. Tampoco puede sustituir a la reli-

117. X 345; «El gobierno que se ha ido», *España* (14.10.1915).

118. X 368; «Hacia una mejor política», *El Sol* (7.12.1917).

119. X 369; «Hacia una mejor política», *El Sol* (7.12.1917).

120. X 394; «Hacia una mejor política», *El Sol* (22.2.1917).



gión ni pedirnos la misma consideración: «El siglo XIX que es nuestro más próximo enemigo, cometió el monstruoso error de aplicar a la política los mismos sentimientos radicales que antes se apacentaban en la religión. Nos prometía ésta salvarnos, poniéndonos en trato con poderes soberanos capaces de resolver nuestros últimos problemas. La religión administra las postrimerías, y por tanto, será erróneo, pero no absurdo, que le dediquemos las más profundas emociones»<sup>121</sup>. El hombre de la calle no quiere recaer en aberraciones pretéritas. «Por eso no está dispuesto a entregar al político la libertad que ha conquistado del sacerdote»<sup>122</sup>. El político tiene su puesto en el concierto humano y no debe anteponerse al hombre de cada día: labrador, profesor, el obrero, el industrial; ni dividirlo todo con posturas extremas. Sobre todo, primero es el educador y luego que venga el político. En otro caso la democracia se convierte en una mística patética. El alma española, sin ideas ni posturas claras, se entregaría al vértigo electoral. Y como la realidad bursátil y la mística económica son más fáciles de entender que el ideal democrático pronto habría que empezar a hablar de la simonía política con la misma exaltación con que se habló en otro tiempo contra la simonía católica romana. «Porque, en efecto, la democracia ha recabado para sí todo el patetismo supersticioso que quiere rehusar a la religión. Para un demócrata, es el voto cosa tan santa como para el católico la comunión, y dispara en él análogos sentimientos.

Contra este misticismo democrático deben combatir todos los hombres verdaderamente liberales y liberados. La aspiración de la democracia es el imperio del buen sentido y del aniquilamiento de toda superstición y pasión turbia en las relaciones políticas de los hombres. La democracia renuncia, como al milagro, al éxtasis»<sup>123</sup>. Ortega ha conocido la simonía política: Un obrero al que solía dar algunos trabajos en su casa ha vendido su voto para que comieran sus hijos. Y Ortega sentencia: es más repugnante el que compra que el que vende, afirma que sólo cuando la riqueza crezca desaparecerá la venta de votos.<sup>124</sup>

No hay que fiarse de la fuerza armada o partidista. Hay que fortalecer la vida política general, las instituciones, la integración nacional. La desunión lleva a la destrucción y a la pulverización de la nación. Hay que salvar España. Dar lugar a la esperanza y a la alegría nacional. Cuando esto ocurre se desborda de nuevo la fraternidad y la fruición general. Y aunque nuestro pueblo se había olvidado ya de aplaudir, de nuevo: «Se aplaudió al Rey, a los ministros,

---

121. X 396-397; «Hacia una mejor política», *El Sol* (22.2.1917).

122. X 398; «Hacia una mejor política», *El Sol* (24.2.1917).

123. X 401; «Idea de estas elecciones. II», *El Sol* (3.3.1918).

124. X 402; «Idea de estas elecciones. II», *El Sol* (3.3.1918).

a los cartelones de los periódicos, al aire, a la luz, y es de presumir que los más reflexivos no olvidaron en sus aplausos a la Divina Providencia»<sup>125</sup>. Hay que hacer todo lo mejor posible. No hay que esperar un Gobierno o un Estado ideal. Leibniz no pretendía, al decir que éste es el mejor de los mundos posibles, corregir el pesimismo de Sancho Panza que lo considera un «valle de lágrimas» lleno de maldad<sup>126</sup>.

A pesar de todo, hay que ensayar el diálogo entre todos. Cultivemos la estima por lo diverso, por lo diferente y aun por lo adverso. Es la palabra y el diálogo lo que cimenta la unidad entre los hombres, es la conversación un don de Dios para la unidad de los pueblos: «¡Tiene usted razón, tiene usted razón! ¡Hay que conversar! San Juan dice en su Evangelio que ‘en el comienzo era el Verbo, el *Logos*’, que quiere decir: en el comienzo era la conversación»<sup>127</sup>.

Hay que salir de la siesta política. No se han de esperar soluciones sobrenaturales, ni milagros, de los gobiernos, pero sí se puede exigir una labor eficaz, noble, digna, elevada de propósitos, de amplios resultados. Desgraciadamente, con frecuencia, vemos lo contrario: desgobierno, irresponsabilidad, la extravagancia, y la falta de una política honda y descentralizada. Falta una gran política: «Los grandes problemas morales y políticos dejan fría el alma de los gobernantes españoles, acogidos a una incomprensible pacatez en el obrar y sujetos a la desdichada manía de apagar, como el sacristán apaga la llama de un cirio, la menor éxaltación de la personalidad española hacia los altos destinos»<sup>128</sup>.

Según Ortega, hay que modernizar la vida española y son los socialistas los que representan la modernización: «Ellos son el laboratorio y el taller, son la ciencia y el trabajo, son el creador y el obrero. Su política se resume así: libertad, justicia social, competencia, modernidad»<sup>129</sup>. Aun con buena intención, un gobierno de unidad nacional, formado por los de siempre, no significa el futuro sino la liquidación de un pretérito pluscuamperfecto formado por los partidos y grupos tradicionales: «Como suelen en un entierro los parientes mal avenidos, se habían juntado todos los familiares de la vieja España oficial, a fin de dar a ésta cristiana sepultura»<sup>130</sup>.

El miedo reina ahora en los conservadores que siempre habían dicho: ‘No pasará nada’. Ellos han humillado a todos, han pervertido la nación, han abochornado a una raza egregia y hay que decirles: «¡Atrás los esquiladores, los

125. X 412; «Albricias nacionales», *El Sol* (23.3.1918).

126. X 429; «Diálogos superfluos», *El Sol* (26.6.1918).

127. X 430; «Diálogos superfluos», *El Sol* (26.6.1918).

128. X 446; «Falta una gran política española», *El Sol* (4.10.1918) (sin firma).

129. X 456; «En el momento de la paz», *El Sol* (9.10.1918).

130. X 458; «Crisis resuelta», *El Sol* (11.10.1918) (sin firma).

aniquiladores de España! ¡Atrás los que hicisteis de España, raza egregia, un pasado bochornoso; atrás con vuestras oscuras huestes tonsuradas!»<sup>131</sup>. Hay que hacer otra España pero sin dar ocasión a los revolucionarios exaltados a perpetuar la ruina española, ni al regocijo cínico de las gentes de orden ante el desorden. Esas gentes de orden son las que han convertido en pura ficción la organización nacional, han desprestigiado las instituciones, las han vaciado del respeto y la elegancia ética. Fueron abogadetes de paso o periodistas livianos que llegaron al poder por osadía ignorante y aventurera. «Mal podrían ciudadanos de tal catadura realizar esa síntesis de generosidad, previsión, continuidad y competencia que es en serio el gobernar»<sup>132</sup>.

Hay que cambiar a los que deshicieron España, a los que llevaron al pueblo a la desesperanza y a España la convirtieron en una realidad paralítica. Sin una transformación radical puede que el desorden degeneren en caos. Quien ve que en muchos años no se ha hecho nada por España «ha de experimentar forzosamente odio sagrado hacia esas generaciones de pseudo-conservadores y pseudo-liberales, frívolas e ininteligentes, que veces y veces se han acercado al Poder privadas de aquella religiosidad histórica sin la cual no es posible guiar a un pueblo»<sup>133</sup>.

España vive en un 'anacronismo casi faraónico'. Fue una náusea patriótica la que sacó a la pluma de Ortega de su parsimonia. Se trataba de una decadencia trágica. Ortega se enardece contra el cinismo de Romanones. Una y otra vez clamó Ortega por una España más justa y moderna frente a la caduca y envilecida, por unas instituciones dignificadas para evitar el revolucionarismo. De nada sirvió. El Conde impulsaba la '*reconsagración de los perpetuos*', de los de siempre. «*Nulla est redemptio*. España parece condenada a rodar eternidades dentro de ese zodiaco...»<sup>134</sup>. No hubo arreglo. Ortega expone la necesidad de alejarse de la carroña oficial. Mientras, permanecen los problemas obreros de Barcelona, Andalucía y Asturias. Ortega escribe como una premonición: «Esperamos que no aparezcan en ninguna parte aquellos síntomas de demencia que Dios manda primero a los que quiere perder después»<sup>135</sup>. Según Ortega sólo podrían gobernar ya liberales democráticos que transformaran España. Creer en el Conde es taparse los ojos y cegarse. Así se atrae al radicalismo exacerbado.

---

131. X 467; «Los momentos supremos. III», *El Sol* (30.10.1918).

132. X 474; «Los señoritos de la regencia», *El Sol* (12.11.1918) (sin firma).

133. X 478; «La grave política de estos días», *El Sol* (25.11.1918) (sin firma).

134. X 494; «Por centésima vez», *El Sol* (13.1.1919).

135. X 480; «La grave política de estos días», *El Sol* (25.11.1918) (sin firma).

#### 4.1.5. *Modernización social y religión en España*

Hay que hacer una labor de liberalismo y modernidad para desaldeanizar España hacia la libertad y la justicia. La realidad española actual es de profunda insolidaridad de media España contra la otra mitad. Esto es ya un profundo desorden de por sí. Además hay muchas peleas y caciquismos que serían innecesarios si hubiera unos buenos técnicos. Hace tiempo que las derechas y las izquierdas desarrollan una profunda lucha entre sí. Las derechas han decidido dar la batalla hasta «en la penumbra de las sacristías»<sup>136</sup>. Ahora la izquierda puede dar la batalla en el Congreso y sólo debe pensar en ganarla pronto y bien. No deben dejarse llevar por su propensión ‘mística’ a escenas ruidosas y palabras barriobajeras: «Se comprende que la indignación contra los abusos del poder, sorprendiendo un momento al más alerta, provoque en él un vómito verbal con alguna participación del pupitre. Pero esta vez creemos que no deben las izquierdas permitirse ni siquiera esas sorpresas»<sup>137</sup>. Deben legislar para todos, como amigos de la vida, del entusiasmo, de la libertad, la justicia, la eficacia, el buen humor, el talento y la serenidad.

Por su parte el Sr. Maura debe acabar con su actitud de Jehová y darse cuenta que sus actos son de levadura terrena y de que es responsable de su gobierno en todos sus componentes: «Acabe ya la actitud de buen Dios en que está colocado el señor Maura, porque, con motivo de la discusión de actas, el barro está llenando la Cámara y llega ya hasta el tupé de su divinidad»<sup>138</sup>. El verdadero liberal no puede transigir con arbitrariedades. Es necesario respetar las leyes fundamentales y proceder con cortesía. «Muchos años lleva España de ser gobernada por sorpresa. Y ya está cansada de ese sistema»<sup>139</sup>. No se puede reducir, por ejemplo el Parlamento a los odios derivados de un señor que condena hoy lo que ayer le parecía excelente. No se pueden permitir gobiernos de estilo arrabalero, ni cerrar unas injusticias con otras mayores.

España es un puerto inmenso de arrebatacapas, nos dice Ortega. Aquí hay que luchar por cosas evidentes. No es posible llamar orden a aquel que sólo es propio de una clase social, ni hay que cubrir con el manto del patriotismo las vergüenzas políticas. El patriotismo es protestar contra la falta de derechos, contra la frivolidad moral y política. No se puede anular el derecho de huelga. Eso es absurdo. Y el absurdo, como la mula, «no pare y da coces»<sup>140</sup>. De la misma especie es el frenetismo de la extrema derecha.

---

136. X 554; «El momento político», *El Sol* (26.6.1919) (sin firma).

137. X 554-555; «El momento político», *El Sol* (26.6.1919) (sin firma).

138. X 559; «La discusión de actas en el Congreso», *El Sol* (4.7.1919) (sin firma).

139. X 572; «Los viejos partidos se van», *El Sol* (29.7.1919) (sin firma).

140. X 647; «Breves reflexiones», *El Sol* (23.5.1920) (sin firma).

En España la solidaridad no existe. Sólo se ve la injusticia cuando se la hacen a uno. Ortega protesta por una disposición sobre la prensa. «El negocio que el señor Dato quiere hacer me parece, sin embargo, mejor que el de Judas. Aquél se contentó con treinta pobres dineros, al paso que el jefe liberal-conservador, por trece mil centímetros de papel allana el camino para obtener los cientos de millones que importa el aumento en las tarifas ferroviarias y procura organizarse una escuadrilla con que asaltar en octubre el Palacio real y sustraer el derecho de disolución <sup>141</sup>. Algunos dirán que Ortega protesta porque le quitan privilegios: «Más difícil será hallar quien recuerde mis quince años de vida literaria, en los cuales apenas pasó día sin que rompiese una lanza por alguien que padecía violencia, necesidad o abandono. Ahora que soy yo el agredido, ¿dónde están aquellos por quienes yo me puse al margen de todas las suavidades? Me extraña no verlos ya formando en la primera fila de los enemigos» <sup>142</sup>.

En fin, la situación española es penosa y lamentable: «Vive España punzada por un haz de cuestiones agudas como espadas de Dolorosa» <sup>143</sup>. A veces hay un poco más de calma, por la mejora económica, pero los problemas de fondo no se plantean realmente. Sigue la división entre ricos y pobres. Los sucesivos gobiernos no atacan de frente el problema. «¿Cómo iba a hacer esto el señor Dato, que es el *homo missus a Deo*, el enviado por Dios, a los bienaventurados propietarios de la península Ibérica» <sup>144</sup>. Ortega no quiere proponer revoluciones pero el pueblo español se sumerge sin cesar en la corrupción y el desánimo: «Desánimo, desesperanza, asco y corrupción anegan al presente el alma española. Un periódico no puede entregarse al empeño de querer ser más papista que el Papa. En la batalla continua contra todos los poderes de aniquilamiento nacional, creemos haber rebasado los límites de cuanto el más exigente rigorismo puede pedir a la libertad, al sacrificio y a la independencia de un periódico. El cuerpo espiritual y aun el material del nuestro certifican nuestros fervores con la documentación de anchas y graves heridas. Ahora nos toca esperar y asistir a lo que se avecina con patriótico dolor, pero, a la vez, perfectamente libres de contaminación y responsabilidad» <sup>145</sup>.

España padece un *déficit* superlativo de valores nacionales. Hay en el extranjero interés por la inteligencia española que es hoy lo único positivo en España, aparte algún músico o pintor. La inteligencia es el futuro de España si

141. X 663; «Sobre la real orden», *El Sol* (7.8.1920).

142. X 665; «Sobre la real orden», *El Sol* (7.8.1920).

143. X 667; «La tintura de Llodio o el arcaísmo de un decreto», *El Sol* (7.10.1920) (sin firma).

144. X 680; «Del momento político», *El Sol* (21.11.1920) (sin firma).

145. X 681; «Del momento político», *El Sol* (21.11.1920) (sin firma).

esa inteligencia no está vendida. En efecto, la inteligencia no puede ser partidista, no se puede utilizar para provecho egoísta. Debe ser, como el pueblo, espontaneidad, nobleza, disciplina, honradez y régimen. No se puede instrumentalizar a ninguno de ellos, ni al pueblo ni a la inteligencia, ni para las cosas más santas, pues como decía Goethe:

*«Cuando se piensa  
todo es como regalado»*<sup>146</sup>.

Hay que resolver los problemas con inteligencia, con un diálogo parlamentario. Hay que poner cada cosa en su sitio sin confusiones, con esa autoridad auténtica que ‘como la gracia, se tiene o no’. Cada cosa ha de tener su lugar adecuado. En el Parlamento nacional no se pueden discutir minucias. Debe haber una política descentralizadora y cada problema debe tener sus instancias propias: «Se dirá que en el asunto más pequeño puede resplandecer la mayor virtud. Heráclito, en la cocina, grita a sus amigos, que no se deciden: ‘Entrad, entrad, que también aquí hay dioses’; y santa Teresa aseguraba que Dios anda entre los pucheros. Todo es posible, pero nada más. Lo seguro será tratar a los pucheros como tales y alejarnos de ellos cuando no nos convenga mancharnos»<sup>147</sup>.

Hay que volver constantemente a la legalidad y al ejercicio de las libertades. El liberalismo español aparece dejado de la mano de Dios, «tal vez porque el liberalismo es pecado»<sup>148</sup>. No tiene política nacional, su libertad es solitaria y vacía, pura tautología, es como si los chinos se ocuparan sólo de ser amarillos. Es necesario emprender reformas reales. Dejar la política de inercias que parece un diluvio universal de insolencias. No se trata de las pequeñas virtudes burguesas, hay que avanzar hacia una política de alta mar: «No son estas menudas virtudes secundarias —sosiego, mansedumbre y economía doméstica, fidelidad conyugal—, no son estas virtudes de pequeño burgués las más urgentes en España. Las empresas exteriores e interiores que tiene nuestra raza ante sí, hacen forzoso que contemos con un pueblo a alta tensión, con masas electrificadas y un sistema nervioso a máximo rendimiento»<sup>149</sup>.

Tampoco hay que irse por los cerros de Úbeda. La moderna teoría de la relatividad obliga a ser concreto, en el aquí y en el ahora, también en política. No se puede gobernar para todos y para nadie. Ni se debe pretender ir a la política, como hacían nuestros abuelos, con muchos tragos de aguardiente. Eso

---

146. XI 12; «Imperativo de intelectualidad», *Revista España*/ (14.1.1922).

147. XI 40; «Ideas políticas. III», *El Sol* (12.7.1924).

148. XI 53; «Vaguedades», *El Sol* (7.3.1925).

149. XI 56; «Hacia la reforma nacional», *El Sol* (12.3.1925).

era la política irreal romántica: «Romanticismo es embriaguez, y la política romántica empezaba por un deleitoso frenesí. Claro está que al llegar al Poder y ponerse a gobernar, les nacía una súbita cordura, y sus actos de gobernantes contradecían sus gesticulaciones de la oposición. Es el sino de todos los utopistas necesitar una doble política, según que estén en el Gobierno o en la oposición —como los escolásticos usaban una ‘doble verdad’, que les permitía sostener una cosa en filosofía y otra en teología»<sup>150</sup>.

Una política realista no quiere decir una ‘política de intereses’, ni de hechos consumados ni de contentarse con lo que hay a primera vista. El realismo es exigente, invita a transformar la realidad con nuestras ideas y a que pensemos desde la realidad, «*a que extraigamos el ideal, no subjetivamente de nuestras cabezas, sino objetivamente de las cosas*. Toda cosa concreta —una nación, por ejemplo— contiene, junto a lo que hoy es, el perfil ideal de su posible perfección. Y este ideal, el de la cosa, no el nuestro, es el verdaderamente respetable. El ideal subjetivo anda siempre cerca de ser un capricho o una manía»<sup>151</sup>. Al idealismo le ha llegado el momento de marcharse de la política, ese idealismo no es más que una ‘beatería’ en plan laico. Un pecado por exceso en vez de por defecto: «No es sólo inmoral faltar de hecho a la norma ideal, sino también establecer una norma ideal a la que luego es forzoso faltar. Como yo no trato con este recuerdo de vejar a nadie, añadiré, si es preciso, que fueron inmorales por exceso de bondad. Para mí es lo mismo quedarse corto que pasarse»<sup>152</sup>.

Hay que combatir la desviación idealista en nombre de una moral pública más rigurosa. No se puede creer en aquella idea de la política española que pone a los ‘alcaldes de cuadrilla’ inmediatamente a continuación de la aparición de Dios y del mundo dentro de la obra divina. «El idealismo es pecado. No hay *principios generales* honestos en política; en política sólo son honestos los *actos concretos*. Lo demás es cuadro plástico y gestos de santón suburbano»<sup>153</sup>.

Ortega se aparta del idealismo abstracto de las derechas y del utópico de las izquierdas. Y cree que esos términos ‘izquierdas’ y ‘derechas’ son fantasmas mancos del pasado. Así se ha enfrentado, a la vez, a todos: «Yo tengo legiones frente a mí. Hace poco quise dar una conferencia en Zaragoza y la autoridad me lo impidió. Semanas después fui a dar otra en la capital andaluza, y el obispo, en combinación con el rector de la Universidad, que es un neo

150. XI 63; «Entreacto polémico. II», *El Sol* (18.3.1925).

151. XI 64; «Entreacto polémico. II», *El Sol* (18.3.1925).

152. XI 64; «Entreacto polémico. II», *El Sol* (18.3.1925).

153. XI 65; «Entreacto polémico. II», *El Sol* (18.3.1925).

berroqueño, hicieron lo imposible para impedirlo. Ahora todos los liberales están irritados conmigo. ‘Derechas’ e ‘izquierdas’, las dos Iglesias, me excomulgan, cada cual desde su mano»<sup>154</sup>.

Las libertades y la democracia son necesarias. Pero es ilusorio pensar que las fuerzas conservadoras puedan establecer un régimen normal, firme y duradero: «es completamente un error suponer que la ‘reacción’ posee gran vigor en España. Las faldas de cuatro beatas y las haldas de seis jesuitas no juntan energía bastante para mandar cantar a un ciego»<sup>155</sup>. El mal de España es que nunca se han querido hacer reformas. La izquierda sólo se preocupa de la libertad, sin más. Eso es lamentable, pero Ortega advierte: «Todo antes que reinstalar la inercia nacional»<sup>156</sup>. Hay quienes hablan contra la censura y ni piensan ni tienen nada que decir. Es preciso renunciar a los tópicos.

Hay que hacer de España un pueblo sano. Meditar su realidad profunda. Es necesario decidirse por la claridad y renunciar a la inercia. Con motivo de la muerte de Maura, Ortega introduce una serie de reflexiones y orientaciones sobre la política española. Según Ortega, Maura era un pura sangre de la política, la ‘revolución desde arriba’, la salud por el conflicto. Se dio cuenta, Maura, de que nadie quería reformas; por eso el Parlamento existía pero no funcionaba. También vio que cuando no hay fuerzas que gobiernen se recurre a gobernar por la fuerza. Ciertamente la Restauración fue una ‘pacificación’: «¡Voluptuosa palabra que resuena desde los collados de Belén! Pero todas las palabras del diccionario son equívocas y ésta también. Al decir ‘¡Paz!’, acuden los hombres de buena voluntad, pero también se sienten aludidos los muertos. Hay una paz mortal o poco menos, y esa fue la de la Restauración. Se procuró, ante todo, evitar conflictos, y para ello desinteresarse de la vida pública a los españoles, que de suyo procuran excusarla. En 1902 no encontraba Silvela el pulso de la Península»<sup>157</sup>. La política es física y no magia. Las instituciones deben mantenerse por un equilibrio dinámico de fuerzas emanadas del pueblo. De lo contrario la vida pública se mantiene mágicamente sobre la nada. El político debe suscitar esas fuerzas del pueblo no dejarlo de lado ni dedicarse a hacer magia. «En la Meca está el sepulcro de Mahoma suspendido en el aire. Los mágicos dicen: he ahí un cuerpo que no está sostenido por nada. El físico, en cambio, se pregunta al punto qué fuerzas mantienen en suspensión, quieto en la atmósfera, aquel objeto grave»<sup>158</sup>. El político es el físico del cuerpo social.

154. XI 65; «Entreacto polémico. II», *El Sol* (18.3.1925).

155. XI 66; «Entreacto polémico. III», *El Sol* (19.3.1925).

156. XI 69; «Entreacto polémico. III», *El Sol* (19.3.1925).

157. XI 75; «Maura o la política. II», *El Sol* (19.12.1925).

158. XI 74; «Maura o la política. II», *El Sol* (19.12.1925).



La quietud definitiva sólo se encuentra tras la puerta de la muerte: «He aquí a don Antonio Maura 'tal como en sí mismo la Eternidad lo cambia'. ¡Mágico poder el de la muerte que elevando al hombre sobre la vida nos descubre su verdadera realidad! La muerte, como toda cima, tiene su gracia de Tabor: transfigura y alquitara la personalidad»<sup>159</sup>. Esa quietud no es la que vale para esta vida. Maura, como todos, mientras vivió, no fue lo que era en sí sino lo que era en nuestros odios y entusiasmos. Con su muerte se escapa a nuestros ardores de amigos o enemigos y vuelve a la quietud, retorna a sí mismo, y su figura histórica: «El paso de lo uno a lo otro ha sido esta vez literalmente un paso —un último escalón que no se ve aquí porque se ve el primero de allá—. Este hombre, nunca enfermo, muere fulminado como los favorecidos, sin tránsito; de la vida apasionada se ha evadido a la claridad del mito. Más que morir, simplemente ha dejado de vivir»<sup>160</sup>.

Maura y Costa atribuyen todos los males de España al caciquismo. Es importante que el pueblo se pueda sublevar contra el cacique. Maura sólo rehizo el nivel municipal y queda el provincial y regional; pero no fue poco. Poco a poco España estará en nueva forma. Una nueva coyuntura para una gran restauración en España se hace presente. Es una nueva ocasión. Hay que colaborar cada uno desde su oficio. Los griegos hacían un Dios del momento oportuno, el *kairós*. Los jóvenes deben aprovechar este momento: «Necesitamos jóvenes instituciones dotadas de intacto prestigio; pero, a la vez, conviene que desaparezcan las camillas y las zapatillas de orillo, que se afeiten a diario los canónigos de los cabildos y no den chasquidos con la lengua los viajeros de comercio cuando comen en las fonditas horripilantes de provincia. *Halalí, halalí* jóvenes: dad caza al pequeño burgués! Él es el lastre fatal que impide la ascensión de España en la Historia»<sup>161</sup>.

El pueblo debe estar alerta, hay que salvaguardar la democracia y volver a la medida. Hay que pedir libertad pero también conseguir los bienes, los bienes concretos. No se vive de utopías ni sólo de libertad: «La utopía es la política de Onan»<sup>162</sup>. Tampoco sirve la manía del orden. El orden no es todo. Hay que integrar unos aspectos y otros en vez de excluir: «En vez de 'o lo uno o lo otro', aspira a 'lo uno y lo otro'. Política de muchas dimensiones, cada una de las cuales regula y modera las demás»<sup>163</sup>. No se trata de tener libertad ante todo, o todo menos libertad sino 'Libertad y todo'

Lo que viene es una nueva etapa en que casi hay que inventarlo todo. Or-

159. XI 71; «Maura o la política. I», *El Sol* (18.12.1925).

160. XI 71; «Maura o la política. I», *El Sol* (18.12.1925).

161. XI 94; «Dislocación y restauración de España», *El Sol* (14.7.1926).

162. XI 96; «Dislocación y restauración de España», *El Sol* (17.7.1926).

163. XI 97; «Dislocación y restauración de España», *El Sol* (17.7.1926).

tega no puede dedicarse a dirigir porque ahora precisamente necesita más independencia que nunca para orientar según le diga su sereno entender y no en función de un grupo u otro. Hay que organizarse con espontaneidad, el llamado a dirigir lo dará la misma organización al desarrollarse. Se necesitan hombres nuevos, no volver al pasado. Hacer un liberalismo en libertad pero sin fantasmas ni sangre. Hay que pensar en grande, no dramatizar no ser reactivos, ni parásitos ni enemigos. «Paralelamente eviten ustedes confundir a sus amigos con España. Política, es actuar sobre los que no son nuestros amigos y ni piensan ni sienten como nosotros. Porque no tuvo esto en cuenta ningún grupo, la política nacional y el Estado han sufrido tan grave colapso» <sup>164</sup>.

El político es pastor del pueblo y el pueblo español es dócil. No obstante Romanones narra en sus memorias, la indisciplina que se ve de 1901 a 1920 en la gente y el Estado, incluidas las 'Damas de Acción Católica'. La arquía practica la anarquía. En eso es Romanones, por primera vez, sincero. Ortega no es amigo del político pero sí del cazador; «el conde es, tal vez, el más perfecto cazador de codornices que Dios ha modelado» <sup>165</sup>. El conde, era de una viveza ratonil, nada innovador, pero hizo cosas importantes en Instrucción Pública. Vista a una mayor distancia y con mayor serenidad, la España que describe Romanones es bien distinta, según el juicio de Ortega: no hay tal indisciplina sino en las clases altas. «Así que, visto a distancia, en las páginas muy veraces de este libro sólo llegan a nosotros balidos temblorosos, campanillitas de oveja o de ermita, fuerzas públicas que pasan armas asegurando un orden que nadie pensaba quebrar, y de cuando en cuando, para que se vea la inevitabilidad del símil pecuario, báculos de obispos-pastores, que se alzan y agitan nerviosos y rebeldes» <sup>166</sup>.

El pueblo español carece, a la sazón, de opinión pública. Esto es lógico en el pastor de ovejas pero no en el banquero, en el 'obispo', o 'provincial de frailes', o en el 'ingeniero' o en el médico. En éstos es un pecado mortal. Estas clases superiores dejan el pueblo a merced de los dictadores. Ellas: «Son las eternas ausentes de los destinos nacionales» <sup>167</sup>. No se hace un esfuerzo de reflexión sobre los problemas para tratarlos en profundidad más allá de las primeras e individuales impresiones. Esto ocurre en política como en religión o en arte y en ciencia: «Porque no es cosa fácil hallar en nuestra tierra gente resuelta a enfrentar un tema, sea el que sea, artístico o científico, religioso o po-

---

164. XI 105; «Señor Don...», Madrid (4.1929) (texto transcrito de una comunicación de Ortega).

165. XI 108, «Memorias de un político», *El Sol* (12.9.1929).

166. XI 107; «Memorias de un político», *El Sol* (12.9.1929).

167. XI 113; «Ligero comentario», *El Sol* (1.1.1930) (firmado X).

lítico, con el esfuerzo de la reflexión. Se prefiere juzgar por impresión. Pero la impresión es sólo la reacción intelectual ante lo que se ve, ante la apariencia. Con ella no es posible abordar ninguna verdad repuesta y de trastierra, cuya pesquisa requiere precisamente desasirse de lo aparente, negar su importancia y poner la proa a ultranza»<sup>168</sup>.

El Estado arbitrario es indecente y se deshace a sí mismo. No se puede censurar a unos ciudadanos, por unos mismos hechos, y a otros no. La desigualdad sólo es lícita en una democracia tan madura que «a nadie se le ocurra ni de lejos desigualar a los hombres en sus derechos mínimos como este de opinar»<sup>169</sup>. Ortega no busca privilegios, quiere que se respete la prensa porque es hoy uno de los grandes poderes de la opinión pública. Eso no quiere decir que él no considere que tenía que influir mucho más en la sociedad la Universidad que la prensa. Pero las cosas son como son y hay que proteger, al menos, lo que hay. «Hace trescientos años, por ejemplo, coexistían en Francia las influencias o *presiones* de espíritu siguientes: la Iglesia, el Estado, la Universidad, la literatura (*belles lettres*). Pues bien, yo pienso, acaso con error, que hoy no posee plena vivacidad más que un solo ‘poder espiritual’ —el de la Prensa—. Ahora bien: éste es, por la naturaleza misma de la Prensa, el menos elevado de los ‘poderes espirituales’. Situación tal me parece funestísima»<sup>170</sup>.

La penuria de la realidad política exige que muchos intelectuales, incluido Ortega, se pongan al servicio de la necesidad pública. Al no haber otros mejores se lanzan ellos porque son tiempos de urgencia, de descomposición del Estado, con una Monarquía parasitaria (ya hacía tiempo que Ortega había lanzado el ‘delenda est Monarchia’) que fomenta los defectos y desorienta las buenas inspiraciones. Además el bolchevismo y el fascismo no tienen salida. Es necesaria una profunda renovación de España en técnica, en economía y, vitalmente, en cada español. Hay que levantar el país entre todos: ingenieros, intelectuales, y sobre todo con los jóvenes. Hay que organizarse a todos los niveles. «De corazón ampliaríamos a los sacerdotes y religiosos este llamamiento, que a fuer de nacional preferiría no excluir a nadie; pero nos cohibe la presunción de que nuestras personas carecen de influjo suficiente sobre esas respetables fuerzas sociales»<sup>171</sup>. Hay que actuar con serenidad cada uno según sus posibilidades.

Hay que reconstruir la España deshecha, con seriedad, serenidad y disciplina. Que cada uno tome su vida y vaya creando su destino para contribuir al

168. XI 80-81; «Maura o la política. IV», *El Sol* (31.12.1925).

169. XI 114; «Notas» (hacia 29.4.1930).

170. XI 120; «Sobre el poder de la Prensa», *El Sol* (13.11.1930).

171. XI 127; «Agrupación al servicio de la República. Manifiesto», *El Sol* (10.2.1931).

destino común, en los días de fiesta y en los de trabajo, en los grandes días y en los momentos oscuros y grises. Es necesario acabar con el abandono en que ha caído la vida en las provincias pues esa es la única posibilidad de revitalizar toda la nación de verdad. «Por eso, aunque estoy enfermo y cansado, yo caminaré todos los caminitos venerables de nuestra España, dando al viento este grito de fe: ¡eh, las provincias, de pie!

Comprendéis que en la vida pública contemporánea son la representación y las elecciones que la crean el sacramento radical de la vida civil. Abusar de él, burlarlo, suplantarle, envilecerlo, es, pues el sacrilegio mayor que dentro de la esfera humana se puede cometer»<sup>172</sup>. Eso y más ha hecho la Monarquía y sobre ella gravita «una gigantesca responsabilidad que no suele ser perdonada por el Poder misterioso y excelso que rige el sino de la historia»<sup>173</sup>.

Hay que hacer una España magnífica, modificar las instituciones, en especial que las provincias no sean comparsa de Madrid y nada más. Para ello las profesiones liberales deben despertar y no seguir siendo comparsa: «Tenéis que dejar de ser provincianos y decidiros a ser provinciales —tal vez, providenciales»<sup>174</sup>. El problema no es de izquierdas o derechas sino de vida auténtica y de honradez. El mal radical de España es la falta de decencia en la vida pública española. Cada persona y cada pueblo tiene su angustia y su alegría intrasferible y de ellas hay que vivir como de la propia raíz. Hay que adaptar el Estado a la vida esencial de los españoles. Y no basta tratar de resolver sólo los problemas económicos. «El Estado español de hoy es la anarquía con la *Gaceta* en la mano.

Es ello tan evidente, que resulta bastante ridículo escuchar cómo ahora se quiere oponer a un hecho tan enorme este tópico jubilado: ‘La política consiste en ocuparse de problemas concretos’...»<sup>175</sup>. Ortega no admite este planteamiento de Cambó que supone que el Estado no tiene ninguna importancia. Sin reconstruir el Estado, no se arregla la economía, lo monetario, porque la confianza en una nación es fundamental para su sistema monetario pues todo está relacionado: «Lo más importante que hay en una nación es su Estado, su Poder público, o lo que es igual, la cuestión de quién manda en ella. Cuando arrastra una conciencia sucia en esta sacra cuestión del mando —el Mando, el *imperio*, es siempre *sacro imperio*— colectiva o individualmente se desmorali-

---

172. XI 134; «Discurso en Segovia. (Primer Acto público de la Agrupación al Servicio de la República)», Segovia (14.2.1931) (Manuscrito de Ortega).

173. XI 134; «Discurso en Segovia. (Primer Acto público de la Agrupación al Servicio de la República)», Segovia (14.2.1931) (Manuscrito de Ortega).

174. XI 135; «Discurso en Segovia. (Primer Acto público de la Agrupación al Servicio de la República)», Segovia (14.2.1931) (Manuscrito de Ortega).

175. XI 148; «Antitópicos», *El Sol* (13.3.1931).

za. Se desmoraliza el ciudadano y se desmoraliza la moneda, sin que haya otro medio de restaurar la moral de ambos que purificar la conciencia pública en la gran cuestión de Mando y Obediencia (véase *La rebelión de las masas*, capítulo XIV)»<sup>176</sup>.

La política es afrontar los problemas que hay y no los que uno se inventa. Afrontar el destino propio es lo contrario de la frivolidad y el señoritismo. Todas las naciones tienen que reconstruir su Estado, lo han hecho ya o lo tendrán que hacer; se trata de una reforma a fondo, en nuestro caso, de la vida española. «Y he aquí que estos señores o señoritos reunidos en el partido del centro resuelven prescindir sencillamente de la cuestión radical que mueve toda la historia de España desde 1900: la reorganización del Poder público. Así, sin más ni más. Según ellos, es una cuestión ‘abstracta’, fantasmagórica, taumaturgica... Ellos quieren sólo ‘problemas concretos’»<sup>177</sup>. Hay hombres que no se dan cuenta de los problemas. Y cuando esos hombres son hombres de negocios y gobiernan nos hacen pensar mal, en cuestiones delicadas, si no prescinden con nitidez de sus particulares intereses. Cambó ataca a Ortega y le califica de contradictorio y tornadizo, diletante en política; Ortega replica que casi siempre se interesó por el problema español pero no por la política, a no ser por necesidad. Además ha sido pertinaz «en rechazar carteras, una de las cuales me ofrecía el señor Cambó»<sup>178</sup>. Ortega considera a Cambó uno de los personajes políticos auténticos de ese tiempo por su regionalismo y por sus dotes políticas. Podría haber sido un conductor de España pero tuvo demasiada urgencia por ocupar el poder<sup>179</sup>.

Ortega desea reconstruir el Estado y contar con el pueblo sin halagarlo. Los señoritos no cuentan con el pueblo, no tienen un espíritu noble, ni hacen juego limpio, ni tienen voluntad de Estado, de *sacro imperio* y de auténtico orden: «Todo esto fingen ahora olvidar esos señores, cuya única posibilidad de triunfo es que las realidades queden mágicamente borradas. Pero el verdadero aristocratismo, a diferencia del ‘señoritismo’, siente siempre al ‘pueblo’ como su elemento recíproco. Por eso, tal vez, una de las damas más auténticamente aristócratas que ha habido en el último período español fue aquella ricahebra de Toledo que quiso morir y murió —simbólicamente— en brazos de uno de sus pastores, como su antepasado el Conde de Orgaz en brazos del santo africano»<sup>180</sup>.

Para Ortega el gran asunto español es crear un nuevo Estado; no se trata

176. XI 150; «Antitópicos», *El Sol* (13.3.1931).

177. XI 153; «Antitópicos», *El Sol* (14.3.1931).

178. XI 161; «Siguen ‘Los problemas concretos’», *El Sol* (9.3.1931).

179. XI 162; «Siguen ‘Los problemas concretos’», *El Sol* (9.3.1931).

180. XI 164; «Sobre la ‘frase huera’», *El Sol* (12.3.1931).

de distinguir entre problemas materiales y espirituales como si fueran muy independientes. Ortega nunca ha hablado de eso ni en ese tono. Para Ortega ni siquiera lo económico es solamente material. No se trata, por tanto, de distinciones idealistas. Él quiere evitar lo que precisamente algunos querrían conseguir, a saber, «producir la ‘desmaterialización’, el escamoteo, del gran asunto español a la hora presente; la necesidad de crear un nuevo Estado»<sup>181</sup>. Esto es, para Ortega, perder lo fundamental; como dijo el romance: «*Con la grande polvareda / perdimos a Don Beltrane*»<sup>182</sup>.

El Estado supone también una burocracia independiente, ajena a las presiones de los negocios concretos, «una burocracia con su moral específica y admirable, con su independencia profesional, es el supuesto del Estado contemporáneo»<sup>183</sup>. Ortega luchará siempre por una burocracia digna desde su puesto de escritor del ‘barrio Salamanca’. Porque primero la dictadura y luego los negocios la han humillado y presionado sin cesar. Hay que defender la conciencia limpia y no hablar solamente de ella. «La conciencia está impresa en la vida de cada cual con letras mayúsculas y va gritada en el repertorio de nuestros actos visibles y tangibles. Por tanto, inútil hacer aspavientos de otra y andar verbificando sobre la conciencia»<sup>184</sup>. Ortega escribe bajo el ‘silencio violento’ de la Dictadura; quiere tratar las grandes cuestiones, incluida la Iglesia, la intimidación del hombre medio, las instituciones del Estado y otras cosas importantes pero le censuran el tema de la región.

Cuando remiten las grandes presiones del poder dominador y autoritario hay que aprovechar para hacer la gran reforma. Esa gran reforma es casi como ‘la inauguración de un pueblo’, otra España nueva. Sin esta gran reforma, lo demás es pura carrocería que decía Baroja. Hay que hacer la reforma del Estado, de la sociedad y su vitalidad. Mientras no cambie el tipo medio español intentar cambiar España es pura magia indecente. Hay que modificar los defectos nacionales. Pero, con frecuencia, ni los políticos ni la gente han querido de verdad la gran reforma, ‘no tienen perdón de Dios’. Sigue vigente el vicio inveterado que ha tenido la historia de España: «el terror a lo nuevo»<sup>185</sup>. España está frenada en creación, en ‘creencia’, en ambición, hay demasiado temor al ridículo. Falta una auténtica revolución y sobran las revolucioncitas.

Hay que reconstruir el Estado. Establecer la normalidad por los cauces

---

181. XI 166-167; «Siguen ‘Los problemas concretos’», *El Sol* (24.3.1931). Ortega, como Furgot, considera fundamental la reforma del Estado así como la reforma agraria y la atención a los desfavorecidos por la fortuna, pero no sólo caritativamente.

182. XI 167; «Siguen ‘Los problemas concretos’», *El Sol* (24.4.1931).

183. XI 170; «Siguen ‘Los problemas concretos’», *El Sol* (24.4.1931).

184. XI 171; «Siguen ‘Los problemas concretos’», *El Sol* (24.4.1931).

185. XI 189; RPDN (26.3.1931); *El Sol* (25.11.1927).

institucionales ordinarios. El pueblo español es mansurrón en política y algunos se han aprovechado. La Monarquía se ha hecho 'responsable ante el Altísimo' con la simonía de las elecciones. Hay que nacionalizar las instituciones del Estado porque todo está desnacionalizado a causa de los intereses particulares. Se necesita un partido nacional para instaurar la plena decencia en la vida pública que imponga la voluntad de convivir a todos sea a quien sea: «el fraile al ateo y el ateo al fraile, el militar al civil y el civil al militar, el patrono al obrero y el obrero al patrono»<sup>186</sup>. Esto es la decencia pública la voluntad radical de convivir con el prójimo y compatriota en medio de todas las luchas permanentes de la vida. Éste es el secreto inglés. «Pero mientras el obispo o el militar aspiren en el fondo de su alma, no sólo a vencerme, deseo respetable, sino a suprimirme de la vida pública, o yo aspire a lo mismo con respecto a ellos, nuestra existencia nacional ni será decente ni será nacional»<sup>187</sup>.

El Estado y la Iglesia también deben convivir, cada uno en su puesto, sin privilegios: «El Estado es laico. La Iglesia católica debe vivir separada del Estado. Éste conservará la tutela económica sobre el clero y servicios religiosos, tutela que irá progresivamente menguado (*sic*) hasta concluir en un período de diez años. Durante él, el Estado tendrá sobre la Iglesia el derecho de patronato. Consideramos un error de óptica histórica, pero muy generalizado en las izquierdas españolas, suponer que la Iglesia y las órdenes religiosas tienen en España un gran poder social. A nuestro juicio este error óptico procede de que se confundía el poder social que la Iglesia pudiese tener por sí misma con el que le llegaba a través del Estado, cuyos organismos ella en buena parte manejaba. Suprimido a la Iglesia este favor del Poder público y reducida a su exclusivo Poder social, creemos que representará una fuerza en España bastante menor que la que tenga en el país europeo más laico»<sup>188</sup>.

Hay que exigir también una decencia jurídica suficiente. La dictadura ha sido siempre el resto del antiguo régimen. Éste fue un estorbo para la organización nacional de todos. Pero al que quería cambiar y dar validez a las instituciones se le declaraba «orate nacional, lunático mayor del reino»<sup>189</sup>. Hay que acabar con la astucia y la fuerza del matonismo de 'villorio'. Es preciso hacer claridad frente al barullo de derechas o de izquierdas, o ante la extrema izquierda y sus ataques de 'radicalismo infantil' que decía Lenin, según Besteir-

---

186. XI 273; RPDN (26.3.1931); *El Sol* (5.2.1930).

187. XI 273; RPDN (26.3.1931); *El Sol* (5.2.1930).

188. XI 141-142; «Puntos esenciales», (Texto a ciclostil que decía 'no debe ser publicado'), (Febrero? 1931).

189. XI 271; RPDN (26.3.1931); «Organización de la decencia nacional», *El Sol* (5.2.1930).

ro. Y esto no es 'buendiosear' sobre los partidos sino exigir simplemente la altura de los tiempos <sup>190</sup>.

El Estado debe ser cosa de todos y no de unos cuantos egoístas. Sin un buen Estado no hay buena economía. Para organizar este Estado hay que organizar primero una magna asamblea educativa que lleve el nuevo espíritu a todo el pueblo. Así vendrá una nueva Constitución y un nuevo Estado firme e inatacable. Se trata de una verdadera revolución pero no de conspiradores sino de exuberantes colaboradores. Así el Estado se configurará como una realidad histórica al servicio de todos. Y a una realidad así no la destruye ni la puede fusilar nadie. Es todo el pueblo quien la anima; «en cierto modo y a fuer de destino y no capricho humano particular, es Dios mismo, que de pronto intercepta con sus hombros el influjo de vileza cotidiana en que un pueblo sin dignidad ha caído. (Se dirá claro esta (*sic*) —y por los más piadosos—, que Dios sobra; pero yo no encuentro vocablo más noble y con menos letras para nombrar esas situaciones tremendas que, aniquilando todas nuestras astucias y nuestro humano albedrío, se nos plantan delante con ceño fatídico)» <sup>191</sup>.

Los cambios por la fuerza bruta y sin más no arreglan nada. Un orden por la fuerza se tambalea a cada momento. Los fusilamientos y la represión sin más no consiguen nada que valga la pena. «Entre el 'angelus' matinal y el vespertino, sin que se sepa cómo, ha triunfado la revolución, a pesar de innumerables fusilamientos» <sup>192</sup>. La incompetencia embozada en la audacia ha resultado muy negativa para nuestra nación. Se ha producido una barbarización en la vida española y una simonía electoral que compraba las conciencias. No se ha permitido nunca la resurrección del pueblo español tantas veces intentada en este siglo. La vida política se redujo a «una sociedad de socorros mutuos formada por los altos dignatarios eclesiásticos —no el clero humilde ni de las órdenes religiosas populares—, por la alta banca —no el comerciante y el pequeño industrial—, por los jefes militares, por los 'aristócratas'. Esos pocos centenares de personas pretenden que entera una raza antigua e ilustre viva supeditada a su arbitrio, el cual, sobre ser agoísta, ha demostrado ser todo menos genial» <sup>193</sup>.

Cada grupo debe ocupar el lugar que le corresponde. Ningún grupo debe aspirar a ser más España que los demás. Cada cual tiene su puesto y nada más. «Extirpados sus privilegios y mano a mano con los otros grupos sociales, las

190. XI 282; RPDN (26.3.1931): «Un proyecto», *El Sol* (6.12.1930).

191. XI 283; RPDN (26.3.1931): «Un proyecto», *El Sol* (6.12.1930).

192. XI 287; RPDN (26.3.1931): «Un proyecto», *El Sol* (6.12.1930).

193. XI 291; «¡A los electores de Madrid!». (Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Jose Ortega y Gasset. De la Agrupación al Servicio de la República). (Se transcribe según una copia mecanografiada) (11.4.1931).



órdenes religiosas significan en España poco más que nada. Su influencia era grande, pero prestada: procedía del Estado. Creer otra cosa es ignorar por completo la verdadera realidad de nuestra vida colectiva»<sup>194</sup>. Cada cosa, pues, en su sitio. En el nuevo régimen nadie está excluido ni privilegiado. Por tanto nada de organizar el mundo por la fuerza de la violencia. Hay que acabar con los tumultos. España es un pueblo de trabajadores no una república burguesa. No hay que alimentar fantasmas revolucionarios y menos para estudiantes. «Quemar, pues, conventos e iglesias no demuestra ni verdadero celo republicano ni espíritu de avanzada, sino más bien un fetichismo primitivo y criminal [...] El hecho repugnante avisa del único peligro grande y efectivo que para la República existe: que no acierte a desprenderse de las formas y las retóricas de una arcaica democracia en vez de asentarse desde luego e inexorablemente en un estilo de nueva democracia. Inspirados por ésta, no hubieran quemado los edificios, sino que más bien se habrían propuesto utilizarlos para fines sociales. La imagen de la España incendiaria, la España del fuego inquisitorial les habría impedido, si fuesen de verdad hombres de esta hora, recaer en esos estúpidos usos crematorios»<sup>195</sup>.

Como se ve Ortega ha entrado ya en pleno discurso político concreto. Su etapa de diputado se hace ya presente. Prieto acusa a Ortega, en ese momento, de 'inaguantables pretensiones' y de querer dirigir el gobierno como un Espíritu Santo a distancia. Ortega dice que nunca ha rechazado la agresión injusta pero que ahora representa a un partido y responde al ataque. Ortega, dice, que nunca esperaba tan buena acogida de las Cortes ni ha aconsejado nunca con grandes pretensiones. Y continúa: «Déjese, pues, el señor Prieto de complicar al Espíritu Santo en los menesteres de humilde y afanosa humanidad que nos ocupan. Aquí se trata de auxiliarnos lealmente unos a otros —y muy especialmente, todos al señor Prieto— para hacer una República española robusta, fecunda y garbosa»<sup>196</sup>.

Ortega defiende su identidad de intelectual en la política de este modo: «Todo lo auténtico es real y todo lo real debe gozar plenitud de derechos. Mas, por lo mismo, recabo yo íntegramente el mío de manifestarme como soy. Ingreso en la política, pero sin abandonar un átomo de mi sustancia. No me las doy de nada. Pero literato, ideador, teorizador y curioso de ciencia no son cosas que yo pretenda ser, sino que —¡diablo!— las soy, las soy hasta la raíz. Y es un poco ridículo que el señor Prieto parezca ahora imputármelas como afectaciones y arrequives. La imagen y la melodía en la frase son tenden-

194. XI 297; «Agrupación al Servicio de la República», *El Sol* (14.5.1931).

195. XI 298; «Agrupación al Servicio de la República», *El Sol* (14.5.1931).

196. XI 361; RR (18.12.1931) VI; *Crisol* (5 y 6.8.1931).

cias incoercibles de mi ser, las he llevado a la cátedra, a la ciencia, a la conversación del café, como, viceversa, he llevado la filosofía al periódico. ¡Qué le voy a hacer! Eso que el señor Prieto considera como una corbata vistosa que me he puesto, resulta ser mi misma columna vertebral que se transparenta»<sup>197</sup>.

Piensa Ortega que hay que intentar, entre todos, no decir tonterías. Hay que hacer las cosas bien, a fondo, sin reducir lo nacional a tal o cual grupo. Los socialistas están trabajando por todos, pero en el momento que intentan llevar a cabo un plan y un orden económico empiezan los problemas. «Éste es siempre el origen del pánico: el minuto de rostro invisible que va a llegar. La selva se estremece de angustia porque Pan ha dado su grito cósmico, que anuncia el misterio inminente. Los griegos llamaron a esta contracción de la vida la emoción pánica. La política consiste en descifrar por anticipado ese grito tremebundo del gran dios cabrío. Por eso yo decía en el Parlamento que la política tiene que comenzar por anticipar a un pueblo su porvenir y permitirle de antemano instalarse en él»<sup>198</sup>. Es necesario establecer una democracia eficaz y una doctrina económica lo más perfecta posible.

El problema Iglesia-Estado es también decisivo. La política que 'lo decide todo' se disfraza con frecuencia de luchas de raza, religión o economía. Pero lo que rige la historia es el 'instinto de Poder', y eso también afecta a la Iglesia. Es menester hacer las cosas con serenidad. «La separación de la Iglesia y el Estado es un fruto que el tiempo ha hecho madurar y se cae solo del árbol. No pocos católicos lo postulan también, y espero que sobre ello no se levante disputa mayor. Pero el artículo donde la Constitución legisla sobre la Iglesia me parece de gran improcedencia, y es un ejemplo de aquellos cartuchos detonantes a que yo me refería en el comienzo de mis palabras. Se habla allí de disolver las Órdenes religiosas, y, aparte de si es o no discreta tal operación, yo encuentro que hay que hacer a ese artículo una advertencia previa»<sup>199</sup>.

El pasado Iglesia-Estado no se evita al dominarlo por la fuerza sino al dirigirlo bien. Ortega coincide, en gran parte, con el discurso del señor Zulueta y propone una solución: «El Estado, en efecto, no se puede quedar con la Iglesia ante sí, convertida en una asociación privada como cualquiera otra. Así, no tendrá, por un lado, el respeto debido a esa unidad histórica, que es la Iglesia española; pero, por otro, tampoco las defensas suficientes frente a ella el Estado español.

La Iglesia es un poder muy complejo, es una organización internacional. Puede decirse de ella lo que de una orden religiosa decía en el siglo XVIII el

---

197. XI 361-362; RR (18.12.1931) VI; *Crisol* (5 y 6.8.1931).

198. XI 364-365; RR (18.12.1931) VI; *Crisol* (5 y 6.8.1931).

199. XI 382; RR (18.12.1931) VI; *Crisol* (5 y 6.8.1931).

abate Galiani: 'La Iglesia católica es una espada que tiene el puño en Roma y la punta en todas partes'. Con una fuerza así hay que actuar con nobleza, por las fuerzas del pasado que representa; pero, además, con cautela. Por eso nosotros propondríamos que la Iglesia, en la Constitución, aparezca situada en una forma algo parecida a lo que los juristas llaman una Corporación de Derecho público, que permita al Estado conservar jurisdicción sobre su temporalidad. (*Muy bien*)»<sup>200</sup>.

Es preciso organizar una sociedad solidaria que levante el clima moral triste que vivimos. Ha habido una ascensión obrera que debía haber llevado a la entrega del poder y los bienes a todos los españoles. Esto no se ha hecho y ha producido la caída del entusiasmo y la esperanza. El pueblo español no ha llegado, así, a ser pueblo verdaderamente para todos, se ha segado su destino y su historia que es sagrada y debe ser respetada sin falsificaciones. Los altos estamentos no han colaborado. «Dicho en otra forma: los grandes capitales, el alto Ejército, la vieja aristocracia, la Iglesia, no se sentían nunca supeditados a la nación, fundidos con ella en radical comunidad de destinos, sino que era la nación quien en la hora decisiva tenía que concluir por supeditarse a sus intereses particulares»<sup>201</sup>.

De este modo se desfiguraba la nación. «El caso más claro de esta desfiguración a que era sometida la realidad española nos lo ofrece la Iglesia. Colocada por el Estado en situación de superlativo favor, gozando de extemporáneos privilegios, aparecía poseyendo un enorme poder social sobre nuestro pueblo; pero ese poderío no era, en verdad, suyo, suscitado y mantenido exclusivamente por sus fuerzas, que entonces sería absolutamente respetable, sino que le venía del Estado como un regalo que el Poder público le hacía, puesto a su servicio. Con lo cual se falsificaba la efectiva ecuación de las fuerzas sociales en España, y de paso, la Iglesia, viviendo en falso, y esto es lo triste, viviendo en falso se desmoralizaba ella misma gravemente. (*Grandes aplausos*). No concibo que ningún católico consciente pueda desear la perduración de régimen parejo en que el uso mismo era ya un abuso, con lo cual no está dicho, ni mucho menos, que la situación recientemente creada me parezca, en su detalle, ni perfecta ni deseable. Mas por lo pronto hay que acatarla sin más. El Estado tiene que ser perfectamente y rigurosamente laico; tal vez ha debido detenerse en esto y no hacer ningún gesto de agresión. Yo, señores, no soy católico y desde mi mocedad he procurado que hasta los humildes detalles oficiales de mi vida privada queden formalizados acatólicamente; pero no estoy

200. XI 383; RR (18.12.1931) VI; *Crisol* (5 y 6.8.1931).

201. XI 408; «Rectificación de la República», Conferencia pronunciada en el Cinema de la Ópera de Madrid (6.12.1931).

dispuesto a dejarme imponer por los mascarones de proa de un arcaico anticlericalismo (*Aplausos*)»<sup>202</sup>.

La Iglesia debe tener el lugar que le corresponde. Así será si se construye de verdad el nuevo Estado. Mientras eso no se haga viviremos en revoluciones o contrarrevoluciones. Hay que respetar la realidad. Entonces ganarán también los más débiles. No se puede machacar hoy a los de un lado y mañana a los del otro. Lo mismo vale y ha de decirse respecto a la religión. No hay que dar privilegios pero hay que defender un respeto en todo. «En este sentido, el Estado tiene que ser rigurosamente laico. Laico, no significa ateo sino simplemente nacional. Roma y la mayor parte de los católicos reconocían la necesidad de ese estricto laicismo. Se ha podido, sin herir ni vejar a nadie, instaurar en España el Estado más laico del mundo, que es el que nosotros postulamos. Pero el atropellamiento, la irreflexión y el deseo de no servir a una nueva democracia sino imitar deplorablemente la de hace cien años no ha permitido a los legisladores quedarse en el punto feliz y han dado a su política eclesiástica, que podía haber sido perfecta, un aspecto de agresión a los grupos católicos de España. Con esto se ha suscitado una cuestión falsa en vez de dejar limpio el horizonte para la grande obra de construcción histórica que es la hora de emprender. A nuestro juicio las leyes complementarias de la Constitución deben interpretar esta en forma que quede indiscutible e íntegro el más riguroso laicismo del Estado, pero evitando todo cariz agresivo. En todo país que no sea bárbaro las guerras de religión acabaron hace mucho tiempo. El predominio de la enseñanza estatal —que nosotros deseamos y que casi por entero se ha logrado en los principales países— no es efecto de fáciles fulminaciones legales contra la enseñanza privada sino de la perfección y ampliación que se consiga dar a la enseñanza del Estado. De hecho y frente a todos los privilegios de que la Iglesia gozaba, el Estado venía ganando terreno a las órdenes religiosas en el orden pedagógico. No hay sino proseguir en grande y a fuerza de limpia eficacia la victoria del Estado docente»<sup>203</sup>.

Ortega se encuentra muy atareado y piensa en dimitir de la comisión de Estado. Insiste en que hay que hacer la revolución técnica con un cuerpo de trabajadores. Insiste en el trabajo como salvación única del hombre y no como condena que es como aparece en la Biblia. Una vez más advierte que hay que ir despacio pero con energía y disciplina. En especial en el problema de las órdenes religiosas y la enseñanza hay que poner un cuidado exquisito. Cuando

---

202. XI 408-409; «Rectificación de la República», Conferencia pronunciada en el Cinema de la Ópera de Madrid (6.12.1931).

203. XI 430-431; «Circular», de Agrupación al Servicio de la República, Minoría Parlamentaria, bajo la presidencia de Ortega y Gasset 'y recogiendo las ideas de éste'; la firma J. Azcárate, Secretario. (Se transcribe conforme a un ejemplar impreso).

en una ciudad, como Barcelona, que tenía un millón de habitantes, no había más que un Instituto estatal es lógico que se incubase la subversión. Ortega continúa: «Uno de los senderos que parten ahora de nuestra planta es el hacer caer en la cuenta de que cuando discutáis los problemas de las órdenes religiosas y de la enseñanza, tengáis la generosidad y la profundidad de plantearlos en toda su complejidad, porque cuando un Estado se ha comportado de esta suerte ante una urbe de un millón de habitantes, en una de las instituciones más características de las clases que, al fin y al cabo, tenían el poder en aquel régimen; cuando un Estado se ha comportado así, cuando el resto del país lo ha tolerado y tal vez ni lo ha sabido, lo cual quiere decir que no la ha atendido, no hay derecho a quejarse de que los pobres chicos tengan que ir a recibir enseñanza donde se la den; y las órdenes religiosas se la daban, no porque tuvieran una excepcional, fantástica y espectral fuerza insólita sobre la vida española, sino simplemente porque el Estado español y la democracia constitucional española hacían dejación de sus deberes de atender a la enseñanza nacional. (Muy bien)»<sup>204</sup>.

La aglomeración de poblaciones sin educación engendra inmediatamente el revolucionismo. «¡Es natural! ¡Si el aire era subversivo, porque no se le había enseñado a ser otra cosa! Se juntan allí los militares y brotan las Juntas de Defensa, si un día se juntan allí los obispos, ya veréis cómo los báculos se vuelven lanzas. (*Risas*)»<sup>205</sup>.

#### 4.1.5.1. *Más sobre religión y política en España*

Por lo demás no basta que no haya revoluciones violentas. El poder del Estado debe ser limitado independientemente de cuál sea el origen de ese poder, sea Dios mismo o sea el pueblo. No se puede mantener el absolutismo, sea cual sea la fuente del poder. «En la Edad Media y en los siglos XVI y XVII se daba esta respuesta: ‘El soberano auténtico es Dios, origen y fuente de todo y, por lo tanto, origen y fuente de todo Poder’. Dios unge, directamente o valiéndose, como intermediario, de la elección popular, a un hombre con la soberanía. Esa soberanía de origen divino es la del rey, y ésta es la soberanía por la gracia de Dios. Pero toda la edad contemporánea ha dado otra respuesta y ha dicho: el soberano, el que en última instancia manda, es el mismo que tiene

---

204. XI 469; EC (14.6.1932): «Discurso sobre el Estatuto de Cataluña», (*Diario de Sesiones*, Legislatura 1931-1933, IX, 3574-3582).

205. XI 470; EC (14.6.1932): «Discurso sobre el Estatuto de Cataluña», (*Diario de Sesiones*, Legislatura 1931-1933, IX, 3574-3582).

que obedecer y, por tanto, el pueblo; y esto es lo que se ha llamado democracia»<sup>206</sup>. En ambos casos queda todavía por ver el problema de los límites.

En la política se ha utilizado excesivamente la religión. Se ha utilizado de todo: «Por cierto que una de las formas de lucha era a fuerza de procesiones, porque los tudescos tienen como representante y patrono de su raza en aquella región al protestante Juan Huss; los checos, que son católicos, tienen como representante a San Juan Nepomuceno, a San Juan Nepomús; y en cuanto salía una procesión en honor de Juan Huss, se preparaba otra en honor de San Juan Nepomús»<sup>207</sup>.

En el último acto de la vida política española, en la época de la República y momentos afines, esta utilización de la religión en la política fue particularmente visible y especialmente lamentable. Gil Robles se ponía a representar que no tenía nada que ver con *El Debate*. Lerroux hace de buen Dios de la República. Además «consideró inexcusable sacar en procesión el cuerpo de San Isidro de la República, tocar a rebato y pedir que se formase el cuadro republicano»<sup>208</sup>. El 13 de mayo, al mes de llegar la República, nos refiere Ortega, «protesté airadamente, junto a Marañón y Pérez de Ayala, contra la quema de conventos, que fue una faena aún más que repugnante, estúpida»<sup>209</sup>. Ortega se opuso siempre a las arengas electorales aun cuando fue, 'contra todo mi deseo', candidato y diputado por León. Los años de la República fueron tremendos para Ortega tanto como lo fueron, 'para el labrador andaluz y para el cura de aldea'. La política en esos años se ha movido por intereses vergonzosos ya fueran llamados espirituales o materiales. Y así se votaba: «Todavía no han votado por y para la nación, sino movidos reactivamente por intereses particulares, de orden material o de orden espiritual, la propiedad o la religión —para el caso da lo mismo, porque ambos son intereses, aunque sean respetables, son particulares, no son la Nación—. Mas por ahí se empieza: es el aprendizaje de la política que termina descubriendo la Nación como el más auténtico, más concreto y más decisivo interés político, porque es el interés de todos»<sup>210</sup>.

Hay que dejar intereses de izquierdas o de derechas para que suba España. Se necesitan hombres de gobierno, hay que prepararlos pero lo más necesario es la 'moral'. Pero los hombres de la República, dice Ortega, ni eran re-

---

206. XI 479; «Discurso de rectificación (2.6.1932), (*Diario de Sesiones*», Legislatura 1931-1933, IX, 5.569-5.974).

207. XI 487; «Discurso de rectificación (2.6.1932)», (*Diario de Sesiones*, Legislatura 1931-1933, IX, 5969-5974).

208. XI 490; «Estos republicanos no son la República», *Luz* (16.6.1932).

209. XI 525; «¡Viva la República!», *El Sol* (3.12.1933).

210. XI 527; «¡Viva la República!», *El Sol* (3.12.1933).

publicanos ni creían en los bienes de la República, por eso necesitaban espectáculos bochornosos y dramáticos: «Por eso necesitaban con perentoriedad otras cosas, además de la República, cosas livianas, espectaculares, superficiales y de una política ridículamente arcaica, como la expulsión de los jesuitas, la descrucifixión de las escuelas y demás cosas que por muchas razones y en muchos sentidos —conste, en muchos sentidos— han quedado ya bajo el nivel de lo propiamente político. Es decir, que no son siquiera cuestión. Otras, que son más auténticas, y que, quiérase o no, habrá que hacer, como la reforma agraria, tenían que haber sido acometidas bajo un signo inverso, sin desplantes revolucionarios, bajo el signo riguroso de la más alta seriedad y competencia»<sup>211</sup>.

Además está la falta de ética profesional del Ejército. Ésta es la mayor desmoralización de España pues siempre se puede 'contar' con llamar al Ejército, así nunca seremos una nación civilizada. «Esta profunda moral profesional de los Institutos armados tiene que ser el punto de Arquímedes sobre el que se apoye la remoralización de toda la vida española. Yo estoy seguro —porque ello va con los tiempos— que las nuevas generaciones de oficiales sienten asco ético hacia aquel militar con 'ideas políticas' que durante un siglo ha balcanizado a España»<sup>212</sup>.

Sobre la demagogia obrera y la mano militar, se ha utilizado el 'tolle, tolle' mujeril y la 'demagogia de las beatas'. Gil Robles es bravo y ha tenido éxito pero ha utilizado esa demagogia de las beatas. Además ha raído hasta el fondo del arca de los votos de derechas, ha sacado hasta las monjas del convento. «Ya no hay más. Se ha sacado de la cama a los enfermos. Se ha extraído de las buhardillas a las ancianas de clases pasivas. Se ha conducido hasta la urnas a las monjas vistiéndolas con falda corta y la melena al viento. No censura nada de esto, ni siquiera lo último que es más discutible. Quiero sólo hacer constar que ya no hay más. Y esto es decisivo para poner mesura y continencia en las ilusiones futuras de las 'derechas'. Se trata de una advertencia leal que no pretende estirarse hasta la impertinencia de un consejo»<sup>213</sup>.

Ortega pide claridad y diafanidad moral en nombre de la nación para que cada cosa esté en su sitio y dar una nueva alma al pueblo español como corresponde a su 'alma eterna'. Hay que dejar las astucias y abrazar la nobleza del león que figura en nuestro escudo nacional. España debe agarrarse bien a su destino y cada uno cumplir honradamente su misión. La religión y la Iglesia no pueden mantener equívocos partidistas que no corresponden a su misión:

211. XI 529; «¡Viva la República!», *El Sol* (3.12.1933).

212. XI 537; «En nombre de la Nación, claridad», *El Sol* (9.12.1933).

213. XI 538; «En nombre de la Nación, claridad», *El Sol* (9.12.1933).

«Por otra parte, no se puede olvidar que detrás del señor Gil Robles está la figura de la Iglesia. Y en esta hora de nuestro camino nacional —camino de ventura o camino de amargura, pero nuestro— no puede haber equívocos en la actitud de un poder como el romano; poder, sin duda, muy elevado, mas también poder extranacional. Tiene un cierto derecho a decir esto quien hizo cuanto pudo, aun cuando pudo muy poco, en la hora más difícil para que la Iglesia quedase exactamente en el lugar debido»<sup>214</sup>.

Cuando se producen equívocos político-religiosos, no mejora la posición de la Iglesia sino que se oscurece el sentido de lo divino y se lleva a la gente a la pérdida de la fe en el Dios verdadero Padre de todos los hombres sin distinción. Él solo es el Santo y el Absoluto no las políticas de ciertos grupos que se llaman religiosos y utilizan tranquilamente a Dios para sus particulares intereses. Así se fabrica la anarquía porque no se respetan los principios, ni lo más sagrado. Y conviene no olvidar que la última realidad se aprende o no se aprende en el cotidiano vivir. Además, la Iglesia, en el fondo, es la caridad socializada<sup>215</sup> y si falta a esta su misión fundamental deja de ser la Iglesia que tiene que ser. Hay que denunciar a los que parecen trabajar por Cristo pero actúan en contra de él<sup>216</sup>. En otro caso los hombres activos abandonan al cristianismo; los más serenos sólo pueden aceptar lo fundamental de la fe pero no el cristianismo corriente en la sociedad porque ese cristianismo corriente es la eutanasia del cristianismo<sup>217</sup>; esas cosas no deben ocurrir para que la religión no pierda 'el valor de seria humanidad' que tiene.

El asunto es especialmente delicado por lo que hace a la enseñanza y la cuestión religiosa. Ortega lo abordó muy pronto en sus escritos. Estos son sus principios. En primer lugar, «la escuela laica ni teóricamente pretende excluir, ni en la mayor parte de los casos excluye, la enseñanza religiosa. La escuela laica se limita a negar el derecho a que se eduque a los niños en una enseñanza religiosa según la dogmática de una escuela determinada»<sup>218</sup>. También admite Ortega la enseñanza de la teodicea, como la de Kant, Hegel, Renan, Lessing, Voltaire. Ahora bien, hay que contar «con que las más sabias y nobles teodiceas modernas son Teodiceas sin Dios, como las más ciertas psicologías son psicologías sin alma»<sup>219</sup>. Ciertamente que hay un sentido de escuela laica propia del jacobinismo francés o la que propusieron los maestros de Bremen cuando de-

214. XI 538; «En nombre de la Nación, claridad, *El Sol* (9.12.1933).

215. SERTILLANGES, A.D., *L'Amour chrétien*, Gabalda, Paris 1919, 115. BO.

216. LUCHAIRE, A., *Innocent III. La question d'Orient*, Hachette, Paris 1907, 64. BO.

217. NIETZSCHE, F., *Aurore. Réflexions sur les préjugés moraux*, traduit par H. Albert, Mercure de France, Paris 1930, 101-102.

218. X 135-136; «Catecismo para la lectura de una carta», *El Imparcial* (10.2.1910).

219. X 136; «Catecismo para la lectura de una carta», *El Imparcial* (10.2.1910).



clararon que la enseñanza religiosa holgaba en las escuelas y se lanzaron a una pedagogía según el materialismo de Haeckel <sup>220</sup>.

Ortega resume el asunto de esta manera: «Hay, con respecto a la escuela laica, dos cuestiones de orden muy diverso: una cuestión de credo religioso y otra cuestión puramente pedagógica. Ésta es la que conviene poner en claro primero y la que exige una respuesta inequívoca cuando se conjura nuestra conciencia científica. Yo diría así: ¿cabe dentro de una pedagogía científica la exclusión del elemento religioso? Por mi parte la respuesta no ofrecerá equívoco alguno. Respondo: no. Pero la viceversa ha de ser también verdad. ¿Cabe dentro de la pedagogía científica otro elemento religioso que el determinado científicamente por ella? No; cien veces no.

Había que gravitar sobre nosotros toda la pesadumbre de la filología castellana y no lograría convencernos de que escuela laica quiere decir irreligiosa: jamás laico se opuso a religioso, sino a eclesiástico. Escuela laica es la escuela sin Iglesia. Tampoco admitiríamos, ni en broma y como burlando, que se pretendiese declarar anticientífica la escuela laica. Posee ésta un fundador que pesa él solo más en la historia de la pedagogía científica que todos los restantes pedagogos juntos, ¿no hemos de sonreír tranquilamente ante esa carta excesiva, escríbala quien la vaya a escribir? ¿No hemos de sonreír ante una carta, según la cual quedaría excluido de la ciencia pedagógica... ¡Pestalozzi!?

¿Se contentarían, por otra parte, los oyentes del *meeting* con una escuela en que Dios fuera sólo la emoción de la humana moralidad, no un ser, sino el mero sentimiento de relación ética entre los hombres? Pues esta es la Teodicea de Pestalozzi. ¡Palabras divinas del divino educador! ‘Dios es para los hombres sólo a través de los hombres, el Dios de los hombres’» <sup>221</sup>.

Según Ortega no se puede hacer una pedagogía dependiente directamente de la teología. La ciencia no es un ornamento de la fe. Esto es lo que hacía Menéndez Pelayo según Ortega. Y esta vía, aunque la respeta Ortega, en la medida en que sea respetable, no la comparte: «No se venga, pues, con aparentes fervores científicos cuando se es radicalmente teólogo: dígame que no se va contra la escuela laica, sino contra la pedagogía entera. La ciencia no es un ornamento que, para mayor elegancia de argumentación, pueda agregarse a la

---

220. X 137; «Catecismo para la lectura de una carta», *El Imparcial* (10.2.1910).

221. X 137-138; «Catecismo para la lectura de una carta», *El Imparcial* (10.2.1910). Es lo mismo lo que dice Pestalozzi que lo que dice Ortega: Dios habla en la vida a través de los hombres y a través de la ciencia. Se trata de un planteamiento típicamente kantiano: Dios habla por la inmensidad del cielo y por la conciencia moral del hombre. No hay teléfono directo con Dios. Dios no está separado, su religión es la de los hombres. Cfr. NATORP, P., *Religion innerhalb der Grenzen der Humanitaet*, J.C.B. Mohr, Tübingen 1908, BO.

fe»<sup>222</sup>. Estamos en la edad moderna, la teología ya no es origen de todas las ciencias y saberes como en la época medieval. Estamos en un mundo después de Kant: Dios no habla directamente, como por teléfono, a nadie, a no ser que conste lo contrario; habla sólo desde la vida, desde la conciencia, desde el hombre. Ni siquiera a los profetas habló Dios directamente. Les habló desde la vida, no al oído ni al dictado. Dios nos descubre su secreto y el secreto del mundo especialmente por la ciencia no por la revelación. No se puede preguntar a la Biblia cómo fue la creación del mundo. Ese camino se ha terminado y está cerrado. La vida es la retama ardiente al borde del camino donde Dios da sus voces, no podemos preguntarle directamente. (MDI, Leyhausen): La conciencia insobornable y el mundo son ahora la voz de Dios, no Dios. A Dios nadie le ha visto jamás...

#### 4.2. *La religión en una España invertebrada*

##### 4.2.1 *La reconstrucción de la vida en una España invertebrada*

Ante la situación más arriba descrita en la que triunfan los intereses individualistas, la insolidaridad y la inercia, la prepotencia de los grupos corporativos, la acción directa, las masas desconcertadas por la miseria y el hambre, la falta de sentido común, la ausencia de honradez y justicia plasmadas en instituciones, era necesario poner manos a la obra con tenacidad y constancia. Se trata de una lucha íntima frente a los males sociales persistentes. Era necesario crear una nueva moralidad, si es que había alguna; tomar posesión juntos de la realidad arisca y poco tratable.

Había que recoger la poca atención que quedaba entre los escombros de la conciencia nacional<sup>223</sup>. Había que crear el fermento de la nueva España, despertar con arte, y no con moralina, una nueva conciencia nacional. El sentido cívico necesitaba nuevos horizontes. Había que pasar de la amargura a una honradez activa para mejorar. Ortega siente el amargo pasado que es España y trata de emprender con optimismo el camino hacia la alegría de la patria nueva aunque sea por el dolor. «España es un dolor enorme, profundo, difuso: España no existe como nación»<sup>224</sup>. Pero hay que hacerla, reconstruirla. Hay que dejar el patriotismo inactivo, el de las grandes palabras y el del pilar de la virgen aragonesa. La patria no es el folklore insustancial. La patria es

222. V 138; «Catecismo para la lectura de una carta», *El Imparcial* (10.2.1910).

223. I 468; POC (1916): «Al margen del libro 'Colette Bauduche' de Maurice Barrès».

224. I 504; POC (1916); «La pedagogía social como programa político», Conferencia, Bilbao (12.3.1910).

lo que 'tenemos que ser' para no quedarnos sin mapa. «La patria es una tarea a cumplir, un problema a resolver, un deber»... «El patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos»<sup>225</sup>.

Según Ortega, por los años 1870 del siglo pasado, intentaron los krausistas españoles, por una vez, un 'refuerzo medular' de la realidad española al procurar someter el corazón y el pensamiento hispano a la disciplina académica y al sentido social germánico. Pero el esfuerzo no llegó a su fin: «Mas el empeño no fructificó porque nuestro catolicismo, que asume la representación y la responsabilidad de la historia de España ante la historia universal, acertó a ver en él la declaración del fracaso de la cultura hispánica y, por tanto, del catolicismo como poder constructor de pueblos. Ambos fanatismos, el religioso y el casticista, reunidos pusieron en campaña aquella hueste de almogávares eruditos que tenía plantados sus castros ante los desvanes de la memoria étnica. Entonces se publicaron volúmenes famosos donde se decía que España había poseído y aún poseía todas las ciencias en grado análogo a las demás naciones; se contaba el cuento, harto repetido, de supuestos inventos nuestros aprovechados y poco menos que robados por otros pueblos»<sup>226</sup>. No hacía falta que nadie y menos desde fuera trajera novedad alguna... España era perfecta como era...

La Iglesia no quería novedades, ni en cuanto a la renovación doctrinal ni en cuanto al sentido social profundo y declarado del cristianismo. Se prefería la tranquilidad a la ética y a la capacidad auténtica de mensaje. No se quería ver el sentido social de la religión. La Iglesia aparecía como antisocial a los ojos de muchos. Las iglesias particulares daban la impresión de un medio más de división del enemigo como había acostumbrado a hacer Napoleón que llevaba la Biblia y el Corán pero no para hacer mejores a los hombres sino para dividirlos, romperlos y vencerlos. En este sentido podía decir Ortega: «La religión es una comunidad religiosa. ¿Será, asimismo, una idea social? Dejemos pendiente esta cuestión: la marcha que ha llevado la historia nos obliga a reconocer grandes poderes de socialización en la idea religiosa; mas, a la par, ¡cuántas veces no ha perturbado la paz en la tierra?

Lo que ciertamente es antisocial es la iglesia, la religión particularista»<sup>227</sup>.

---

225. I 506; POC (1916): «La pedagogía social como programa político», Conferencia, Bilbao (12.3.1910).

226. I 212; «Una respuesta a una pregunta», *El Imparcial* (13.9.1911).

227. I 519; POC (1916): «La pedagogía social como programa político», Conferencia, Bilbao (12.3.1910).

Como ya quedó dicho, el oficio básico de Cristo fue buscar a los hombres que eran por naturaleza enemigos, como dijo Spinoza, y reunirlos en la unidad. Pero no siempre su Iglesia tuvo el mismo papel. Aquel Dios, cemento último de los hombres, su reconciliador, fue convertido por los egoístas religiosos en la piedra de escándalo y de división de los hombres. El Jesús que invita a la comunidad ha sido olvidado. No se recuerda ya que, una vez que Dios se hizo hombre, ser hombre es la mayor dignidad, y ni que él supera la división de los hombres: su clase, ingenio o valía moral; «al encarnarse Dios la categoría del hombre se eleva a un precio insuperable; si Dios se hace hombre, hombre es lo más que se puede ser. ¿Qué añade a mi riqueza este dije de lo individual por bella orfebrería que lleve, si poseo la infinita herencia democrática de lo general humano? De este modo Jesús parece amonestarnos suavemente: no te contentes con que sea ancho, alto y profundo tu *yo*: busca la cuarta dimensión de tu *yo*, la cual es el prójimo, el *tú*, la comunidad»<sup>228</sup>.

Para Ortega la España futura ha de ser esto: 'comunidad, o no será'. Comunió n en el trabajo y en la cultura, un solo cuerpo y una sola alma, democracia, humanidad. Es el ideal europeo. La regeneración es inseparable de la europeización: «Regeneración es el deseo; europeización es el medio de satisfacerlo. Verdaderamente se vio claro desde un principio que España era el problema y Europa la solución»<sup>229</sup>. Esa no fue la trayectoria que se acostumbró a seguir entre los españoles. Se prefirió una mezcla de sinceridad y de histerismo, una postura más bien africana ante la vida que quizá sea un histerismo: «El chulismo, el flamenquismo, la bravuconería, la exageración, el retruécano y otras muchas formas de expresión que se ha creado de una manera predilecta nuestra raza»<sup>230</sup>. En ese sentido, Baroja sería un síntoma nacional del buen humor y malhumor, cada palabra es una fiera en él, sus novelas son como ametralladoras. Y todos nos parecemos bastante a él. Es como un histerismo nacional que ha impedido hacer las cosas como deben ser, con respeto, de modo que el *yo* no fusile constantemente al *tú*.

Todo se resuelve aquí a base de insultar y no de razonar, falta racionalidad y sobra bravuconería. Todó ello indica una falta general de energía para resolver los problemas pacífica y ordenadamente. Sobran interjecciones. Las almas y los pueblos inarticulados, sin vertebración y comunidad profunda, se expresan principalmente por interjecciones. «Para este uso normal ha puesto

---

228. I 520-521; POC (1916): «La pedagogía social como programa político», Conferencia, Bilbao (12.3.1910).

229. I 521; POC (1916): «La pedagogía social como programa político», Conferencia, Bilbao (12.3.1910).

230. II 111; E I (1916): «Una primera vista sobre Baroja. Apéndice» (1910).

Dios en la tierra esas cosas llamadas interjecciones»<sup>231</sup>. No es su uso normal el histérico, tan frecuente entre los españoles. Baroja es un tratado completo de la indignidad del hombre, de la acción por la fuerza, del anarquismo sin sentido, tan persistente entre nosotros. No quiere decir que Baroja sea así personalmente. Literariamente es un tigre, personalmente es «un asceta calvo, lleno de bondad y de ternura, que deambula calle de Alcalá arriba, calle de Alcalá abajo, aspira a completarse construyendo personajes que se parezcan a su ambición»<sup>232</sup>.

La dureza española, cuyo ejemplo vemos en la literatura de Baroja, supone falta de profundidad y de sentido, positivo, de las cosas. Así, «cada español es un centro de fiereza que irradia en torno odio y desprecio»<sup>233</sup>. Según Ortega, esto no es el carácter nacional español, ni una predisposición definitiva sino que viene de la situación económica que vive el pueblo español. Por ello el español es pícaro, no es héroe. El pícaro demuestra la miseria de las personas y de las instituciones, es corrosivo; no se atreve a dar el paso último hacia la heroicidad. Se queda a medio camino, como el personaje barojiano la *Salvadora*. Don Pío no se atreve a verla como heroína, «la deja, borrosa, moverse al fondo como esas Martas que en las pinturas evangélicas entrevemos allá en el último plano vacar hacendosas a sus menesteres. Diríase que el autor siente algún rubor de contarnos que hay gentes en la tierra que cumplen con su deber»<sup>234</sup>.

Todo ocurre como si nuestra vida hubiera perdido el blanco. Todo va a medias. Nuestros héroes son los vagabundos, no sabemos nunca muy bien a dónde van. No se atreven a ser lo que son de verdad. Siempre son medio pícaros y medio idealistas, no se están a lo que están, van siempre como a otras cosas. No cumplen su misión. Ortega quiere tomar posición frente a la flecha que ha perdido su blanco, frente a los españoles que hemos olvidado nuestra tarea nacional y nos recuerda el buen dicho aristotélico de que seamos en nuestras vidas buenos arqueros que tienen un blanco. Se aprecia entre nosotros un pueblo como cansado, olor a violetas viejas, hay que luchar a veces con la brutalidad. Y Ortega, ante todo, advierte que hay que dejar el provincianismo, tener una meta y darse cuenta que una raza no es nada si no es una «comunidad de modulaciones espirituales»<sup>235</sup>. Hay que olvidar, por tanto, la democracia morbosa que es 'resentimiento' y preferencia de lo agraz a lo madu-

---

231. II 109; E I (1916): «Una primera vista sobre Baroja. Apéndice» (1910).

232. II 113; E I (1916): «Una primera vista sobre Baroja. Apéndice» (1910).

233. II 117; E I (1916): «Una primera vista sobre Baroja. Apéndice» (1910).

234. II 124; E I (1916): «Una primera vista sobre Baroja. Apéndice», *La Lectura* (1915).

235. II 131; «Palabras a los suscriptores» (5.1917).

ro; los resentidos quieren que todos sean tan malos como ellos, igualan a todos en lo peor. Así el panorama nacional está configurado por la envidia macilenta. Y así está España: «Periodistas, profesores y políticos sin talento componen, por tal razón, el Estado Mayor de la envidia, que, como dice Quevedo, va tan flaca y amarilla porque muerde y no come. Lo que hoy llamamos ‘opinión pública’ y ‘democracia’ no es en grande parte sino la purulenta secreción de esas almas rencorosas»<sup>236</sup>. Con este panorama humano hablar de religión y caridad fuera locura. Los hombres endurecidos por el odio se crean un Dios duro y cruel.

#### 4.2.2. *Unidad y diversidad del alma española*

El alma española oscila de forma constante entre el heroísmo, la picaresca y la crimosidad. Le falta serenidad y sabia proporción de lo bueno y de lo malo. Todo se exagera y toma dimensiones excesivas. El alma española es como la de aquel caballero que la simboliza: Don Quijote el ‘extremado’. Tal es el perfil del alma castellana, médula del alma española. Así es su paisaje, así es su humanidad y así es su religión. Será difícil pedir otra cosa: «Acaso sea injusto pedirnos otra cosa que obras excesivas y actos de exaltación para la mayor gloria de Dios, el dios terrible de Castilla, se entiende, que pasa a horcajadas sobre el sol, recorriendo sus dominios. Bajo sus atroces miradas de déspota los caminos se pulverizan, las hojas en el soto se abarquillan y ahogan, las riberas se evaporan y las almas se consumen en unos furioso ardores. Dicen algunos que merced a eso tenemos los castellanos cierta gloriosa propensión al heroísmo. No falta por otra parte, quien atribuya a la atmósfera de altiplanicie nuestro coeficiente de crímenes apasionados»<sup>237</sup>.

La meseta es áspera. Ortega necesita por ello evadirse hacia el mar, hacia las costas para reblandecerse y suavizarse su carácter español; vuelve tras unos días como nuevo, con sus nervios a tono, para seguir la tarea entre tanto desaliento y sinsabor por esta España dura y tenebrosa. También trae entonces su alma como nueva: «Tal vez vuelven curadas nuestras esperanzas, que iban con siete llagas cada una y angustiadas como nazarenos»<sup>238</sup>.

El burgués privilegia el paisaje verde por su utilidad. En cambio Castilla es inútil, tierra de cereales, poco fecunda, muchas veces hosca y de cosecha triste. No obstante un hombre como «don Francisco Giner, para quien sólo lo inútil era necesario, solía insistir sobre la superior belleza del paisaje castella-

236. II 139; E II (1917): «Democracia morbosa» (1917).

237. II 252; E III (1921): «De Madrid a Asturias o los dos paisajes», *Revista España* (1915).

238. II 252; E III (1921): «De Madrid a Asturias o los dos paisajes», *Revista España* (1915).

no»<sup>239</sup>. Castilla 'dispara la flecha visual al infinito'; sentida como irrealidad Castilla es una de las cosas más bellas del mundo. En ella la mirada es una saeta espiritual hacia el cielo inmenso. En estas tierras se ve bien pero se come mal. Y en cuanto a sus cualidades psicológicas: «No hay en ellas dulce amor, ni blanda amistad, ni verde esperanza, ni azul veneración. Hay en Castilla grandes virtudes; durante siglos, los poetas las han cantado»<sup>240</sup>. Son valores secos y tórridos como son estas tierras en el estío. Castilla es hostil, indiferente. Mientras Asturias es un pueblo sensual, amante de la vida y exuberante. No se contenta con lo necesario, vive un cierto lujo de vida y de cosecha. El hórreo mismo es como un templo toscano, pero «donde lo fuera todo el Dios que asegura las cosechas»<sup>241</sup>.

En fin, la región hace al pueblo y sus costumbres, las genialidades particulares son sólo un adorno que le dan plenitud. En cada pueblo encontramos su genialidad y sus realidades medulares diversas y complementarias. Algunos hablan mucho, otros dicen las cosas casi sin palabras. Así, por ejemplo, los vascos, según Ortega, rezuman el espíritu latente de las cosas y viven de su impulso ético y honrado: «A la vez místicos y sensuales, refrescan los euskalduna la oración con la jarra de sidra y forman procesiones que se deshacen en bailes de primitiva coreografía. No hay tierra en España más cuidadosamente labrada, ni más limpias aldeas, ni ciudades mejor urbanizadas. El vasco acepta rápidamente los inventos mecánicos de la moderna civilización; pero, a la vez, conserva irreductible en su pecho el tesoro de viejísimas normas religiosas y políticas. Yo no creo que exista en Europa un pueblo de más acendrada moralidad. Rectilíneo de alma como de rostro, el vasco es una de las más nobles variaciones que en Occidente ha dejado la voluble planta de Adán»<sup>242</sup>.

En general, ha tomado allí la vida, como en el ambiente europeo, un aire jovial y triunfador. Es una vida fecunda y jocunda con aire exultante. En cambio la meseta es austera, desconfía de los triunfadores. Tiene simpatía por los débiles y un desamor a los vencedores. El Quijote es la historia del gran hombre vencido. «A primera vista parece simpático en nuestro pueblo este desamor a los potentes y este fervor hacia los renunciadores. Mas después de analizarlo y, sobre todo, de advertir que es típico en las razas débiles el odio a los temperamentos creadores y la veneración por los 'santones', empieza a perder atractivo. El 'santón' es un héroe cuya heroicidad, puramente negativa, consiste en renunciar a vivir. El ser debilitado, cuando se pone a escoger

239. II 253; E III (1921): «De Madrid a Asturias o los dos paisajes», *Revista España* (1915).

240. II 255; E III (1921): «De Madrid a Asturias o los dos paisajes», *Revista España* (1915).

241. II 258; E III (1921): «De Madrid a Asturias o los dos paisajes», *Revista España* (1915).

242. II 269; E III (1921): «Los hermanos Zubiaurre» (10.1920).

normas de heroísmo, suele preferir ésta, porque a la postre, halaga su flojera»<sup>243</sup>.

En el fondo, la religión y la literatura de la meseta española quizá tengan mucho de adulación picaresca del santón mientras está rodeado por el sentido festival, de hogar, perfume y fado de las otras regiones: «En medio de esta varia delicia, Castilla, recluida en su desierto, toma el aire de un enjuto San Antonio asediado por una periferia de tentaciones»<sup>244</sup>. Ahora bien, la religiosidad Oriental es siempre mucho más del otro mundo que la nuestra. El europeo, aunque menos el español, se entusiasma completamente con este mundo; es imperialista y práctico y de 'capacidad religiosa' muy pobre. Por contra el Oriental parece vivir del otro mundo: «Siente el indio la vida como un incesante afán de fuga ultraterrena; para atender a las cosas de este mundo necesita violentarse, corrigiendo por un doloroso esfuerzo de la voluntad la ruta espontánea de su alma que gravita por sí misma hacia un trasmundo místico. El desdén del hombre bengalí por los asuntos planetarios es de tal modo intenso que, emparejado con él, nuestro sobrio gesto despectivo ante las delicias terrenales parecerá más bien un melindre que oculta la plena aceptación de aquéllas»<sup>245</sup>.

Entre la austeridad ascética y la alegría de vivir, los caminos de España son sus venas y su espiritualidad. Desde los distintos lugares se aportan diversos talentos vitales y estilos variopintos de seres humanos y religiosos. A veces el camino es encrucijada y perplejidad por eso Maimónides nos dejó escrito su *Guía de los perplejos*, por si llegase el caso de necesitarla. Es la vida humana no pocas veces perplejidad y duda, entonces la razón descubre su íntimo 'fondo de asno de Buridán'. Y la vida se convierte en apuesta que hay que jugar a una carta con todo su riesgo: «Así, en nuestra existencia, nos ha acaecido varias veces. Es preciso un golpe cordial de aventura, la 'apuesta' de Pascal, y ponerse en la encrucijada a jugar a cara o cruz»<sup>246</sup>.

La vida es un conjunto de contrastes y acontecimientos, desde las piedras de Ávila injustificadas como maldiciones hasta los accidentes de coche o los títulos de devoción como el de *Nuestra Señora del Desprecio*, patrona del pueblo de Martín Muñoz. Entre toda la barahúnda, los españoles avanzan como niños que juegan náufragos en el horizonte de la meseta. Viven en el fangal pantanoso de la vida y corren hacia la solidez comunitaria de las plazas mientras las nubes airadas por un 'Dios bárbaro' amenazan sus cosechas trabaja-

---

243. II 375; E IV (1925): «Temas de viaje» (7.1922).

244. II 377; E IV (1925): «Temas de viaje» (7.1922).

245. II 376; E IV (1925): «Temas de viaje» (7.1922).

246. II 414; E V (1926): «Notas del vago estío» (8 y 9.1925).



das. Es la España de la religión y de la vida, tan unida y tan diversa, la que Ortega adora en una moza de Romanillos, la del amor brujo y la fe alucinada: «Es tan bella y tan virgen, que yo resuelvo adorarla bajo la advocación de Nuestra Señora del Harnero»<sup>247</sup>.

Es la España de las catedrales, como la de Segovia, que parece un 'enorme trasatlántico místico'. Es el pueblo que persigue sus altos ideales religiosos o simplemente un enjambre de abejas que ha volado hacia su iglesia, como en la aldea de Barahona de las Brujas: «En su cúspide la iglesia otea el contorno, y bajo ella, arrebujando el cerro, se agarra el caserío. Al entrar en él me sorprende hallar su vecindario demente. En un tropel apretado corre de acá para allá, mirando a lo alto. Es un pueblo alucinado y alucinante. ¿Qué poder elemental lo ha sobrecogido? Va como siguiendo una aparición aérea, una lengua de fuego como las de Pentecostés»<sup>248</sup>.

O es el castillo e iglesia que unen naturaleza e historia, piedra espiritualizada por el desequilibrio místico del pueblo o geometría urbana y administrada, toda previsible, sin niebla ni misterio, sin valor cósmico y con demasiado sentido común. O son las vírgenes fuertes, vigorosas, y llenas a rebosar del Espíritu como las monjas que Ortega sorprendió en el castillo de Berlanga en un día de descanso y recreo: «Corrían unas tras otras locamente, exhalando su aprisionada vitalidad de dulce serrallo dispuesto para las bodas espirituales»<sup>249</sup>.

O es la familia que predomina sobre la aldea o ésta que suplanta a la ciudad como en la cultura del Norte español. Es la España rural, tan difícil de definir, en su variedad regional, pero no difícil de encontrar en los cuatro puntos cardinales al igual que en el centro. Es la España provinciana sometida a la gran capital y a los centros comerciales que un día llegaron a grandes urbes. O es la España caliza, desértica y desolada, o la otra España de piedra granítica presidida por el Escorial, guía Espiritual de España, luz de Castilla, monumento a una gran fe quizá más imperial que cristiana, quizá más monolítica que dinámica, reunida en torno a San Lorenzo que tal vez no tuvo mucho que ver con nuestro pueblo<sup>250</sup>. Es un poco la confusión de todo, del reino de Dios y el imperio de Felipe II con su particular interpretación de lo divino.

Ese Escorial, símbolo de la historia española, es el culto a lo grande por ser grande, a lo bello por ser hercúleo, al esfuerzo por el esfuerzo y la grandeza, al voluntarismo ciego, brutal, adusto, con pocas ideas y demasiado ímpe-

---

247. II 418; E V (1926): «Notas del vago estío» (8 y 9.1925).

248. II 418; E V (1926): «Notas del vago estío» (8 y 9.1925).

249. II 420; E V (1926): «Notas del vago estío» (8 y 9.1925).

250. II 554; E VI (1927); «Meditación del Escorial» (9.4.1915).

tu, es un comentario voluminoso al Dios de Felipe II y al espíritu del tiempo de nuestro pueblo. «Carlos V, Felipe II han oído a su pueblo en confesión, y éste les ha dicho en un delirio de franqueza: ‘Nosotros no entendemos claramente esas preocupaciones a cuyo servicio se dedican otras razas; no queremos ser sabios, ni ser íntimamente religiosos; no queremos ser justos, y menos que nada nos pide el corazón prudencia. Sólo queremos ser grandes’. Un amigo mío que visitó en Weimar a la hermana de Nietzsche, preguntó a ésta qué opinión tuvo el genial pensador sobre los españoles. La señora Förster-Nietzsche, que hablaba español, por haber residido en Paraguay, recordaba que un día Nietzsche dijo: ‘¡Los españoles! ¡Los españoles! ¡He ahí hombres que han querido ser demasiado!’»<sup>251</sup>. Tal vez sea este el manantial subterráneo del pueblo ‘más anormal de Europa’.

Pero la grandeza humana no puede ser eterna, pasado un tiempo no solamente surge la melancolía de las ruinas, del campo abandonado y al aislamiento, de la caída y la destrucción de la ciudad o de todo un imperio, se presenta también la tristeza nostálgica de las grandes construcciones humanas que se convierten poco a poco en sepulcros de sus artífices. El Escorial resume toda la melancolía de la vida española, de lo que intentamos ser y no somos: «Si hay la melancolía de las ruinas, existe también lo que Nietzsche llamaba la melancolía de las construcciones eternas que se apoderaba del provincial cuando iba a Roma y contemplaba los edificios imperiales. Un mundo en que nada puede cambiar ni nada cabe emprender sería un sepulcro»<sup>252</sup>.

Es la decadencia y la pérdida del ideal que nos habitaba. Comienza la vida de los temores. Hay que defenderse de todo: de los otros, de los enemigos interiores, de los propios defensores incluso como decía Schopenhauer. La vida social queda reducida a su mínima expresión, el sentido de futuro y de pueblo se apaga poco a poco con un aire mortecino. Hasta el más allá se convierte en un pálido reflejo de lo que verdaderamente deberíamos ser. «Ya sólo cabe la supervivencia abstracta que la fe religiosa propone al creyente: una inmortalidad trasmundana y etérea, que para sustentarse tiene que soltar el lastre de nuestra figura histórica»<sup>253</sup>.

Son los vientos de la vida como lucha y guerra. La disciplina bélica dirige todo lo demás, es el amor al mando y al poder por la fuerza. Es el culto a la guerra, a la destrucción y a las armas. Entonces el pueblo se deriva de *populari* en el sentido clásico de devastar. Es la razón de la violencia y la ilegitimidad. Es el culto a la fuerza de los hechos actuales. Es el culto a la guerra del señor

251. II 557; E VI (1927): «Meditación del Escorial» (9.4.1915).

252. II 538; E VI (1927): «Sobre la muerte de Roma» (8.1926).

253. II 537; E VI (1927): «Sobre la muerte de Roma» (8.1926).

medieval: «En tanto que el místico, cuyo afán es triunfar en el otro mundo, pide morir de rodillas, el bárbaro Siguardo el Fuerte, anglodanés, canta en la agonía: ‘¡Levantadme! Quiero morir como un soldado, y no tumbado como una vaca. Vestidme la cota, cubridme con mi casco, poned mi escudo en el brazo izquierdo y mi hacha dorada en mi diestra, a fin de que expire bajo las armas»<sup>254</sup>.

Toda la vida queda transida del discurso de la guerra. Hasta la vida espiritual queda marcada por este impulso guerrero. También la vida religiosa se convierte en lucha y sobre todo combate. Hasta en la industria y las grandes transformaciones sociales se siente la potencia bélica que avanza en escuadrones uniformados: «La disciplina bélica ha sido una de las máximas potencias de la historia. Toda otra disciplina, muy especialmente la que es supuesto de cualquier industria complicada, viene de este orden espiritual inventado por el hombre para combatir. Cuando un español genial intenta detener la desbandada mística que significó el Protestantismo, encuentra en sus hábitos de guerrero el remedio y funda una ‘compañía’, cuya educación y régimen proviene de unas ‘ordenanzas’ morales, que llamó, con vocabulario de capitán, ‘Ejercicios espirituales’. Allí está la famosa meditación de ‘Las dos banderas’, que parece pensada junto a la tienda de campaña en un alborear rojizo de cuenta jornada. (A los ‘Ejercicios espirituales’ ha sucedido otro tremendo librito de ‘ordenanzas’ donde se organizan nuevas fuerzas históricas en escuadrones formidables: el *Manifiesto comunista*. No se pueden leer sus páginas sin escuchar alucinatoriamente la marcha rítmica de una multitud interminable que avanza)»<sup>255</sup>.

También la política se organiza como batalla. Es el mismo talante pero con diferentes medios. Y eso ni siquiera significa que los instrumentos de la guerra no vayan a reaparecer de cuando en cuando. Ortega decía en otro tiempo, sin duda llevado por su optimismo, que al *ethos* español le repugna la tragedia política, la violencia pública, el Estado sobre los ciudadanos, la libertad sólo en las instituciones. Y se atrevía a vaticinar, por eso, así: «a mi juicio, es poco verosímil un fascismo español»<sup>256</sup>. No parece que la profecía haya sido demasiado certera.

254. II 532; E VI (1927): «La interpretación bélica de la historia» (10.1925).

255. II 533; E VI (1927): «La interpretación bélica de la historia» (10.1925).

256. II 508; E VI (1927): «Destinos diferentes» (7.1926).

#### 4.2.2.1. *La vida española entre lo clásico y lo popular: serenidad o/y anarquía.*

Tal vez fuera acertado recordar el talante español como el propio de un pueblo con más corazón que cabeza, con más voluntad que inteligencia serena, con más ímpetu que razón: «He aquí la genuina potencia española. Sobre el fondo anchísimo de la historia universal fuimos los españoles un ademán de coraje. Ésta es toda nuestra grandeza, ésta es toda nuestra miseria»<sup>257</sup>. Ha sido nuestra marcha conducida por un bravío poder de impulsión, bastante ciego, sin dirección ni descanso. Sin cálculo ni fin estudiado, sin interés ni utilidad predeterminada avanzamos en la historia, sin un blanco ni una dirección clara, más bien guiados por el espíritu de aventura y el deseo de acción o hazaña.

Ya en los tiempos más recientes, los tiempos modernos, nos ha faltado la conveniente educación. Así seguimos con el adobe celtibérico aunque la vida ciudadana se acercara al pie de la Iglesia consagrada a Dios, y hayamos recibido su cultura. Pero a España le faltó el siglo XVIII que fue el siglo educador, por excelencia, en los nuevos usos ciudadanos. Esa ha sido una desastrosa ausencia para España. «Es el magnífico instante para la concepción de claras normas cultas. Con todo su saber y perfeccionamiento técnico y administrativo, el siglo XIX no podía ser educador como el precedente. La Revolución había escindido la unidad cordial de cada pueblo»<sup>258</sup>. En el siglo XVIII había calma y civilización acumulada. «Éste ha sido el triste sino de España, la nación europea que se ha saltado un siglo insustituible»<sup>259</sup>. Quizá ello explique muchas cosas de lo que se llamó después nuestro carácter. La falta de esta tarea educadora nos hace pensar en nuestro espíritu pobre e inerte, en el poco sentido de ciudadanía que nos caracteriza; en fin, en la falta de sentido social de España. Sustituir esta deficiencia es la gran tarea o empresa española en el siglo actual. Fue particularmente la misión de Ortega que nunca pudo alcanzar del todo pero sí al menos comenzar a intentar que los ideales de la revolución francesa en igualdad, libertad y fraternidad, llegasen a conseguirse *por la educación*, en vez de por las armas, como decían Natorp y Pestalozzi. Se echó, al menos, a andar el carro. Como dijo Dionisio Ridruejo «en Ortega está la razón de que haya habido siglo XX sin haber siglo XIX»<sup>260</sup>.

Los españoles hemos sido excesivos, románticos que buscaron siempre en la vida la embriaguez. Falta de serenidad, ha sido el aguardiente que pone al hombre fuera de sí el motor permanente de nuestra vida. «De aquí su afición a

257. II 558; E VI (1927): «Meditación del Escorial» (9.4.1915).

258. II 601; E VII (1930): «Cuaderno de Bitácora» (10.1927).

259. II 601; E VII (1930): «Cuaderno de Bitácora» (10.1927).

260. FARTOS, M., *Una aproximación a Ortega*, en *Revista Castilla* 6-7 (1983-4) 17.

lo sublime. Lo de menos es que este vocablo signifique 'lo que está en lo alto'. Su verdadero valor está en designar un superlativo extremo, lo que los gramáticos llaman un *excessivus*. Ahora comprendemos más de cerca su favor entre los románticos. Lo sublime es lo excesivo, lo que pasa toda medida, lo que nos arrolla, nos aniquila, nos aplasta. Es la copa más allá de las que un hombre puede beber sin perder la cordura» <sup>261</sup>.

El romántico utiliza todo para entrar en frenesí y embriaguez; se sirve del paisaje para envolverse en sí mismo y embeberse de sí. Es Petrarca que inventa el alpinismo contemplativo, amaba el monte alto pero no para mirar al monte sino para ensimismarse: «Subió, en efecto, al monte Ventoso, y cuando llegó a lo alto su impresión fue tal, que —ingenuamente nos lo refiere— no se le ocurrió sino ponerse a leer las 'Confesiones' de San Agustín, que llevaba en la faltriquera, y caer en profunda meditación sobre su destino. La anécdota es simbólica. El panorama, apenas entrevisto, obtura la visión misma, rechaza al hombre hacia dentro de sí y le incita a sumirse más que nunca en su íntimo elemento. Esto es, en rigor, lo que el romántico busca al rozarse con los paisajes: más que verlos a ellos, contemplar los remolinos que en su alma apasionada y líquida forma la piedra que cae de fuera» <sup>262</sup>.

Hay pues un romanticismo que tiende a lo sublime y otro que parece que va a dirigirse hacia él y se queda en agua de borrajas. Es una pura apariencia *cursi* que resume la España de 1850 a 1900. La vida carece de profundidad tanto como de consistencia. Socialmente es la falta de una burguesía fuerte, moral y económicamente: Un factor decisivo del futuro de España, no se crea un nuevo orden espiritual moderno; todo se queda en chulería insulsa y vacía. Cada uno vive para sí, embargado en graves cuestiones bizantinas. El pueblo vive de impresiones momentáneas sin problemas trascendentes ni reales. La masa gravita en su peso bruto sin orientación y a la deriva. Son épocas decadentes, se vive para que nadie mande nada serio que valga la pena, sin sensibilidad ni cordura, alimentados por la vana curiosidad y sumidos en el tren de la inercia. El mundo oficial está ausente de cualquier proyecto noble.

Esa es la España que huele a hospital. Parece que sólo tuviera pasado. No se ve futuro. Es una vida enferma sin vida ni mañana. Es necesario para curarse 'definir la grave enfermedad que España sufre': «Antes de discutir sobre las causas de lo que está pasando en España, convendría fijar un poco qué es verdaderamente lo que está pasando» <sup>263</sup>. Entre otros síntomas podemos observar éstos, por lo demás, ya conocidos: «Desde hace mucho tiempo, mucho, si-

261. II 603; E VII (1930): «Cuaderno de Bitácora» (10.1927).

262. II 604; E VII (1930): «Cuaderno de Bitácora» (10.1927).

263. II 398; «Las dos grandes metáforas» (1924).

glos, pretende el Poder público que los españoles existamos no más que para que él se dé el gusto de existir. Como el pretexto es excesivamente menguado, España se va deshaciendo, deshaciendo... Hoy ya es, más bien que un pueblo, la polvareda que queda cuando por la gran ruta histórica ha pasado galopando un gran pueblo...»<sup>264</sup>. Los separatismos son síntomas de esta situación del poder público egoísta.

Lo mismo podría decirse de las grandes instituciones de la nación. «Empezando por la Monarquía y siguiendo por la Iglesia, ningún poder nacional ha pensado más que en sí mismo. ¿Cuándo ha latido el corazón, al fin y al cabo extranjero, de un monarca español o de la Iglesia española por los destinos hondamente nacionales? Que se sepa, jamás. Han hecho todo lo contrario: *Monarquía e Iglesia se han obstinado en hacer adoptar sus destinos propios como los verdaderamente nacionales* \*; han fomentado, generación tras generación, una selección inversa de la raza española»<sup>265</sup>. Se promueve a los tontos, a los envilecidos, no se quiere hacer nada que valga la pena.

Hay mucha fuerza para deshacer y muy poca para hacer, es necesario aunar fuerzas y excluir toda exclusión. Es necesario establecer una competencia leal, no querer simplemente vencer con una soberbia arisca y triunfalista. «Es penoso observar que desde hace muchos años, en el periódico, en el sermón y en el mitin, se renuncia desde luego a convencer al infiel, y se habla sólo al parroquiano ya convicto. A esto se debe el progresivo encanijamiento de los grupos de opinión. Ninguno crece; todos se contraen y disminuyen. Los 'drusos' del Líbano son enemigos del proselitismo por creer que el que es 'drusita' ha de serlo desde toda la eternidad. En tal sentido, somos bastante drusos todos los españoles»<sup>266</sup>.

Por otra parte se ha llegado en España a un nivel de vida ampliamente chabacano y profundamente trivial. Se trata de un atroz filisteísmo. Es el imperio de la vulgaridad. Si se quiere que nuestro pueblo salga adelante hay que despertar en él un deseo absoluto de todas las perfecciones. No hay que creer en santos advenimientos revolucionarios si no se cultiva el pueblo. Tampoco vale echar la culpa a los políticos; eso sería desviar la atención del problema de nuestra decadencia multiseccular: «¡Bueno fuera que siendo lo que somos los españoles, nuestros representantes fuesen genios y santos!»<sup>267</sup>. Se trata de un problema social, de renovación moral y cívica, no política, que podríamos re-

264. III 71; *España invertebrada*, EIN (1921).

\* El caso de Carlos III es una excepción que confirma la regla. Y en muchos aspectos también fue particularista.

265. III 70; *España invertebrada*, EIN (1921).

266. III 84; *España invertebrada*, EIN (1921).

267. III 140; «Nueva fe de erratas», *El Sol* (25.4.1923).

montar a los visigodos. La política solamente no puede arreglar nada. El hombre moderno puso su esperanza de salvación en la política. A ella entregó su vida y por ella se expuso en las barricadas pero pasado ese fervor revolucionario posturas tan radicales nos parecerán una aberración: «La política no es cosa que pueda ser exaltada a tan alto rango de esperanzas y respetos. El alma racionalista la ha sacado de quicio esperando demasiado de ella. Cuando este pensamiento comienza a generalizarse, concluye la era de las revoluciones, la política de ideas y la lucha por el derecho»<sup>268</sup>. La vida española necesita serenarse y construirse sin algarabía ni tumultos.

Al pueblo español le ha faltado capacidad de diálogo y pensamiento honesto. No hemos tenido auténtica dialéctica, verdadera discusión y colaboración. Ha faltado espíritu de verdad y sentido de sociedad para dialogar. En fin es necesario un espíritu deportivo propio de los hombres libres y los caballeros; con moral, disciplina, aprender el sentido deportivo de la vida. «El propio Platón no sabe encomiar más altamente la filosofía que llamándola 'la ciencia de los hombres libres, de los nobles, de los caballeros' —*he episteme tôn eleutherôn*— y es como si la llamase el Gran Deporte»<sup>269</sup>.

La manía de atacar es síntoma de debilidad y de estar a la defensiva. El hombre libre no ataca, se afirma simplemente. La serenidad le invade como su ser natural. En España se ha perdido demasiado tiempo en polemizar. Señal infalible: «El escritor que propende demasiado a la polémica es que no tiene nada que decir por su cuenta. Para mí ha llegado a ser esto una señal infalible. Me parecía un heroísmo inverosímil que un hombre repleto de nuevas ideas sobre las cosas en vez de exponer éstas se ocupase en combatir las ideas de otros. La auténtica ofensiva intelectual es la expresión de nuevas doctrinas positivas»<sup>270</sup>. Aquí todo es nueva aventura, no nueva doctrina, nos falta continuidad. Se quiere ser todo a la vez, y eso es imposible: «Hay gentes que quieren serlo todo. ¡No contentos con pretender ser artistas, quieren ser políticos, mandar y dirigir muchedumbres, o quieren ser profetas, administrar la divinidad e imperar sobre las conciencias! Que ellos tengan tan ubérrima pretensión para sus personas no sería ilícito; mas tal ambición les mueve a querer que las cosas contengan también ese multiforme destino. Y esto es lo que parece imposible»<sup>271</sup>.

España ha sido el país donde se ha querido ser a la vez filósofo y torero,

268. III 220; «Apéndices: El ocaso de las revoluciones» (1923?).

269. III 257; «El deber de la nueva generación argentina», *La Nación* (Buenos Aires 6.4.1924).

270. III 259; «El deber de la nueva generación argentina», *La Nación* (Buenos Aires 6.4.1924).

271. III 412; DAIN (1925).

matemático y adivino, noble y plebeyo, rey y mendigo. Ciertamente algunas veces hasta se consiguió. Pero, por lo general, esas mezclas suelen conducir a que no sea ni una cosa ni la otra. Y eso ha pasado con frecuencia al hombre español: querer serlo todo y no ser realmente nada. El noble envidiaba al plebeyo y el pintor de la corte era un bravo mozo campestre. El español ha vivido desnortado, reducido al provincialismo o elevado a la aristocracia sin valores que vivía para sí misma sin preocupación de mejorar con el pueblo. Falta generosidad y sentido de fraterna convivencia y de empresa común: «Se trata, pues, de una estructura social morbosa, porque hace de España una sociedad de disociados. Este es el mal profundo que late y subsiste cien codos más hondo que todos los conflictos, luchas y desórdenes políticos o religiosos»<sup>272</sup>.

#### 4.2.3. *Nación y religión: un descuido lamentable para todos*

Esa sociedad española disociada ha impuesto su estilo en todas las cosas. Su sentido de las cosas es provinciano, no se entera de lo que pasa en otros países. Se pierde el tiempo hablando 'del alcalde, del hijo del alcalde y de las poesías de su sobrino'. Es bien cierto que se ha mejorado, tiende ya el espíritu del microcosmos hispano a integrarse en el macrocosmos universal. Hay motivos de optimismo pero también de preocupación. En cuestiones decisivas, como los orígenes e historia del cristianismo, no se encuentra entre nosotros gran curiosidad. «Sería injusto culpar de esto, como de tantas otras cosas, a la Iglesia católica»<sup>273</sup>. Hoy la investigación católica está al nivel de las demás. Es incomprensible el descuido en que se encontraba el catolicismo español: no se trataba de temas tan sugestivos como los tocados por Rudolf Bulmann en su *Investigación de los Evangelios Sinópticos*<sup>274</sup>. El catolicismo español no se da por enterado; «No se impute, pues, al catolicismo lo que es un defecto de curiosidad espontáneamente ibérico. En este ejemplo podemos ver con claridad que el *catolicismo* español está pagando deudas que no son suyas, sino del *catolicismo español*»<sup>275</sup>.

Ortega no comprende este gran descuido español. Lamenta profundamente que se mezclen los vicios nacionales con el catolicismo y que se llame catolicismo a todos los vicios españoles. Pide que un grupo de católicos entu-

---

272. III 502-503; «El poder social», *El Sol* (20.11.1927). Ya decía J. de Maistre que «avant de faire des lois pour un peuple, il faut faire un peuple pour les lois»; MAISTRE, J. de, *Du Pape*, E. Vitte, Paris 1928, 95. BO.

273. III 522; «La forma como método histórico»; EL (1927).

274. III 521; «La forma como método histórico»; EL (1927).

275. III 522; «La forma como método histórico»; EL (1927).



siastas traten de liberar al catolicismo español de estas lacras: «Nunca he comprendido cómo falta en España un núcleo de católicos entusiastas resueltos a libertar el catolicismo de todas las protuberaciones, lacras y rémoras exclusivamente españolas que en aquél se han alojado y deforman su claro perfil. Ese núcleo de católicos podía dar cima a una doble y magnífica empresa: la depuración fecunda del catolicismo y la perfección de España. Pues tal y como hoy están las cosas, mutuamente se dañan: el catolicismo va lastrado con vicios españoles, y, viceversa, los vicios españoles se amparan y fortifican con frecuencia tras una máscara insincera de catolicismo»<sup>276</sup>.

Ortega piensa que España no puede salir adelante sin esa aportación católica y pide que se ponga manos a la obra, como se ha hecho ya en otros países, en una línea de vanguardia. Sin esto la religión será una rémora para el progreso nacional. Ortega lo dice así: «Como yo no creo que España pueda salir decisivamente al alta mar de la historia si no ayudan con entusiasmo y pureza a la maniobra los católicos nacionales, deploro sobremanera la ausencia de ese enérgico fermento en nuestra Iglesia oficial. Y el caso es que el catolicismo significa hoy, dondequiera, una fuerza de vanguardia, donde combaten mentes clarísimas, plenamente actuales y creadoras. Señor ¿por qué no ha de acaecer lo mismo en nuestro país? ¿Por qué en España ha de ser admisible que muchas gentes usen el título de católicos como una patente que les excusa de refinar su intelecto y su sensibilidad y los convierte en rémora y estorbo para todo perfeccionamiento nacional? (Así se da el caso, verdaderamente grotesco, de que ciertas damas —atribuyéndose una representación de la Iglesia que está vedada a su sexo por San Pablo— intervienen en los asuntos más complicados, de que no entienden una sola palabra). Viene a los labios, una y otra vez, la vieja plegaria patriótica del viejísimo poema sobre Fernán-González:

*Señor, ¿por qué nos tienes a todos fuerte sanna?  
¡Por los nuestros pecados, non destruyas Espanna!»<sup>277</sup>.*

Piensa Ortega que hay que construir España entre todos y dejarse de andar motejando unos a otros: «Se trata de construir España, de pulirla y dotarla magníficamente para el inmediato porvenir. Y es preciso que los católicos sientan el orgullo de su catolicismo y sepan hacer de él lo que fue en otras horas: un instrumento exquisito, rico de todas las gracias y destrezas actuales, apto para poner a España 'en forma' ante la vida presente. Dejen, pues, de ser aldeanos y pónganse a trabajar en las cosas, y no a decir previamente si *Fula-*

276. III 522; «La forma como método histórico»; EL (1927).

277. III 522-523; «La forma como método histórico»; EL (1927).

no es de la *derecha* o de la *izquierda* (cuando no usan de una triste frase tomada al lenguaje presidiario: 'Ése es de la otra cuerda')»<sup>278</sup>.

Es necesario reeducar al español desde su yo íntimo pues la insolidaridad nacional es un reflejo de la insolidaridad del individuo consigo mismo. «El yo español es plural, tiene un carácter colectivo y designa la horda íntima»<sup>279</sup>. Carece este español de orientación vital y de misión personal, no hace nada sino que todo español de orientación vital y de misión personal, no hace nada sino que todo lo recibe hecho. Falto de toda ética social puede justificar una dictadura por las carreteras arregladas y las obras hechas. Este carácter sólo se pone de acuerdo para cosas un poco tontas y bellacas. No tiene veracidad ni resistencia alguna ante la mentira y el aplauso social.

Con este talante todo parece destinado al fracaso y la religión se reduce a la triste mirada inútil de un Dios 'torvo y vengativo'. La vida marcha sobre las ruedas de la demagogia, con una irresponsabilidad lamentable ante las ideas y las personas. Las masas predominan y su falta de nobleza la llevan a la política, a la religión, a la economía y a la moral. La masa es el hombre medio, no es sólo ni principalmente la masa obrera. Las minorías selectas no son tampoco los petulantes que se creen superiores a los demás sin exigirse nada a sí mismos. El hombre noble es el que se exige mucho; la masa no se obliga a nada y anda siempre a la deriva. «Esto me recuerda que el budismo ortodoxo se compone de dos religiones distintas: una, más rigurosa y difícil; otra, más laxa y trivial: el Mahayana —'gran vehículo' o 'gran carril'— y el Hinayana —'pequeño vehículo', 'camino menor'. Lo decisivo es si ponemos nuestra vida a uno u otro vehículo, a un máximo de exigencia o a un mínimo»<sup>280</sup>.

La masa no se pone ley, impone la vulgaridad, la acción directa y la igualdad en la zafiedad. La masa no es lo mismo que la clase social ni se identifica con la clase obrera. Por el contrario hay muchos pseudos-intelectuales que son masa y, en cambio, «no es raro encontrar hoy entre los obreros, que antes podían valer como el ejemplo más puro de esto que llamamos 'masa' almas egregiamente disciplinadas»<sup>281</sup>.

Por tanto ahora todo es posible, en cualquier nivel social, lo mejor y lo peor. Otra cosa es que nos sintamos satisfechos con el presente y pensemos que lo que es posible ya es real. Por otra parte no hay que confundir la plenitud de los tiempos con el mero sentirse bien. A veces el esfuerzo es más cierto

278. III 523; «La forma como método histórico»; EL (1927).

279. IV 41; «Kant. Reflexiones de un centenario (1724-1924)», en *Revista de Occidente* (1924).

280. IV 146; RM (1930).

281. IV 147; RM (1930).

que la creencia falsa en haber conseguido lo que se intentaba, el camino perfecciona más que la posada. En la peregrinación hacia lo mejor no parece que podamos decir que 'por fin hemos llegado' sino que estamos aún más bien en el 'todavía no'. En todos los casos hay actitudes que deben ser desterradas de los comportamientos propios de la modernidad, por ejemplo la descalificación de los otros y la creencia absoluta en uno mismo y en las propias ideas. Estas cosas ya no son apropiadas a la altura de los tiempos en que vivimos. Por mucha fe que tengamos en nuestros proyectos o en nuestra falta de ideas el tiempo del insulto y la persecución han pasado. Como decía Trajano a Plinio al recomendarle que no persiguiera a los cristianos por denuncias anónimas, estas cosas ya no tienen sentido, ni son propias de estos tiempos: «*Nec nostri saeculi est*»<sup>282</sup>.

Hay que corregir la barbarie y la ausencia de normas que ha caracterizado la vida española. No es posible seguir con el modelo mental fascista o anarquista en el que no se dan razones ni se quieren tener, donde se vive de 'la razón de la sinrazón'. Hay que pasar de una convivencia de la barbarie y de la acción directa a una convivencia de la cultura y del diálogo. No se puede vivir sin contar con los demás, de un sentido aldeano de la vida, aislados y prepotentes. Hay que superar aquello que describía Ortega hace años: «Seguimos siendo el eterno cura de aldea que rebate triunfante al maniqueo, sin haberse preocupado antes de averiguar lo que piensa el maniqueo»<sup>283</sup>. No se puede seguir en un señoritismo nacional en el cual no hay responsabilidad, nadie es lo que tiene que ser, ni hace lo que tiene que hacer. No es posible salir a flote si se continúa con la rebelión como único programa de vida, es decir, con la falta de programa personal y nacional, sin sentido de la responsabilidad concreta y con un estilo de vida agitanado, en el mal sentido de la palabra. Eso sería una nación masa sin norte ni mandamiento, como el gitano de la anécdota: «El gitano se fue a confesar; pero el cura, precavido, comenzó por preguntarle si sabía los mandamientos de la ley de Dios. A lo que el gitano respondió: *'misté padre, yo loh iba a aprendé, pero he oído un runrún de que loh iban a quitá*»<sup>284</sup>. Hemos vivido en España demasiado del 'runrún', en religión y en ciudadanía; un descuido lamentable y de muy tristes, a veces trágicas, consecuencias.

Muchas veces parece que el español no va a ninguna parte, sin proyecto ni misión, sale a la vida a ver si los otros le llenan un poco la suya. Es necesario recuperar la dignidad. Salir de la irresponsabilidad y de la frivolidad. Que el

---

282. IV 158; RM (1930).

283. IV 189; RM (1930).

284. IV 238; RM (1930).

pueblo encuentre de nuevo su intimidad y su autenticidad, que la dignidad y la honradez no queden asesinadas ni arrojadas de nuestra tierra. Hay que abandonar la soberbia nacional, ponerse a trabajar y a dialogar juntos, dejar la cerrazón hacia los demás, la autosuficiencia de la soberbia independiente, lejana a todo prójimo. Hace falta transformar ese carácter español insolidario y absoluto: «La soberbia es nuestra pasión nacional, nuestro pecado capital. El hombre español no es avariento como el francés, ni borracho y lerdo como el anglosajón, ni sensual e histriónico como el italiano. Es soberbio, infinitamente soberbio»<sup>285</sup>.

Este talante soberbio lleva a no admitir lo nuevo, no se cree que lo que haya inventado otro pueda tener importancia. El soberbio sólo ve lo egregio en él. En España no se admira nada, es una soberbia cerril, no hay una ética sana: «Cuando yo sostengó que el siglo XX posee ya un tesoro de nuevas ideas y nuevos sentimientos, sé que casi nadie se parará a meditar con alguna precisión sobre el contenido concreto de mis afirmaciones; en vez de esto se produce en torno a mis palabras una sublevación de irritadas soberbias que me divierte mucho contemplar»<sup>286</sup>.

El español se cree que por el hecho de existir ya es una realidad óptima indiscutible. Por su realidad más ínfima, la raza, se cree lo mejor del mundo. Un ejemplo españolísimo de esto es el vasco; parecido a él, fuera, es el ruso aunque con un fondo más religioso y oriental. Se trata de una democracia metafísica de igualitarismo trascendental. Por el hecho de haber nacido, uno cree serlo todo y que se le debe todo. «La religión de Tolstoi no es sino eso. Lo mejor del hombre es lo ínfimo; por esto, entre las clases sociales lo más perfecto, lo más 'evangélico' es el mujik. Sólo es digno de saberse lo que el mujik es capaz de saber. En una novela de Andreiev, el mozo virtuoso se siente avergonzado de serlo ante una prostituta y cree obligado descender hasta su nivel, precisamente para elevarse verdaderamente»<sup>287</sup>. El carácter absoluto es un crustáceo espiritual, superior y único a su parecer, reserva absoluta y salvador de todo el pueblo. Aquí todavía cabe un alma limpia, honrada y fuerte; en el resto de España la soberbia es envidiosa, vanidosa, embadurnada y rota, se trata de almas enfermas, resabiadas y, a veces, rencorosas.

A esas almas encogidas les irrita que se hable de hombres selectos y vida sana, alegre y positiva. Su gran interés se cifra en enturbiar las aguas. Por con-

---

285. IV 459; GD (1932): «Para una topografía de la soberbia española. (Breve análisis de una pasión)», en *Revista de Occidente* (1923).

286. IV 464; GD (1932): «Para una topografía de la soberbia española. (Breve análisis de una pasión)», en *Revista de Occidente* (1923).

287. IV 465; GD (1932): «Para una topografía de la soberbia española. (Breve análisis de una pasión)», en *Revista de Occidente* (1923).

tra, el hombre noble se siente impulsado hacia arriba fuera de las aguas confusas de la inercia. Esos hombres: «Han menester de esa presión, de esa incitación hacia lo alto. Por su parte, la masa propensa a la inercia, al sospechar ese apetito de fuga cenital, de incansable exigencia hacia lo óptimo, se fatiga, se inquieta, se irrita y prefiere desentenderse de quien no se ocupa de ella ni siquiera para dominarla»<sup>288</sup>.

Hay que formar una solidaridad entre los que aspiran a la mejoría. No se trata del orgullo trasnochado de 'pretender conducir a las masas y hacer feliz a la humanidad'. Se trata de mejorarse todos lo más posible, no de una selección aristocrática: «Selecto es todo el que desde un nivel de perfección y de exigencias aspira a una altitud mayor de exigencias y perfecciones. Es un hombre para quien la vida es *entrenamiento*, palabra que, como he hecho notar en recientes conferencias, traduce exactamente lo que en griego se decía *ascetismo*. (El *ascetismo*, *áskesis*, es el régimen de vida que seguía el atleta, lleno de ejercicios y privaciones constantes para mantenerse *en forma*. Este vocablo tan puramente deportivo es acaparado luego por los cenobitas y monjes y pasa a significar la dieta del hombre religioso resuelto a mantenerse en estado de gracia, esto es, *en forma*, para lograr el premio de la beatitud)»<sup>289</sup>.

Se necesita en España de una fuerte conversión. Hay que crear un hombre nuevo alejado del extremismo. Todo extremismo fracasa inevitablemente porque consiste en excluir, eliminar toda la realidad vital menos el propio punto de vista. Esto es un fraude vital. Por la conversión se abandonan las posiciones falsas y se reencuentra de nuevo el hombre consigo mismo. Deja de ser un mar de dudas vacilante para descubrir su misión vital. Hay que reconstruir el hombre destruido, hacer una nueva alma española. Dejar de una vez la vida de perdición y falsedad, de desorientación y sin sentido; eso es la conversión. «En ella el hombre perdido de sí mismo se encuentra de pronto con que se ha hallado, con que coincide consigo y está por completo en su verdad. La *metánoia* o conversión no es, por lo pronto, sino lo que yo he llamado 'ensimismamiento', volver a sí. A quien interese este punto, le sugiero que vea en la Epístola a los Corintios, I, 6, 5, y 15, 24 lo que significa la palabra *entropé*»<sup>290</sup>.

Han vivido los españoles por mucho tiempo alterados, dependientes de todo lo que no era ellos mismos. Es necesario que salgamos de la confusión actual y encontremos nuestra verdadera identidad. El pueblo español tiene que volver en sí, recobrar su conocimiento. «En este punto, tiene plena razón

288. IV 488; GD (1932): «Cosmopolitismo», en *Revista de Occidente* (1924).

289. IV 488; GD (1932): «Cosmopolitismo», en *Revista de Occidente* (1924).

290. V 116; EG (1933).

San Pablo. Y no hay duda que esa voz 'convertíos' o como yo prefiero decir 'ensimismaos', buscad vuestro verdadero yo, es la que hoy otra vez urgiría dar a los hombres —sobre todo a los jóvenes. (Hay demasiadas probabilidades para que la generación que ahora me escucha se deje arrebatar como las anteriores de aquí y de otros países por el vano vendaval de algún extremismo, es decir, de algo sustancialmente falso). Esas generaciones, temo que todavía la vuestra, pedían que se les engañase —no estaban dispuestas a entregarse sino a algo falso»<sup>291</sup>.

Ese temor a engañar y contribuir al fraude del hombre es el que ha paralizado a Ortega muchas veces, no ha querido opinar en ámbitos no científicos o no universitarios pues la gente quería que contribuyera a la mentira ambiental. «No se me oculta que podría tener detrás a casi toda la juventud española en veinticuatro horas, como un solo hombre, detrás de mí: bastaría que pronunciase una sola palabra. Pero esa palabra sería falsa y no estoy dispuesto a invitaros a que falsificuéis vuestras vidas. Sé y vosotros lo sabréis dentro de no muchos años, que todos los movimientos característicos de este momento son históricamente falsos y van a un terrible fracaso. Hubo un tiempo en que la repulsa del extremismo suponía inevitablemente que se era un conservador. Pero hoy ya aparece claro que no es así, porque se ha visto que el extremismo es indiferentemente avanzado o reaccionario. Mi repulsa de él no procede de que yo sea conservador, que no lo soy, sino de que he descubierto en él un sustantivo fraude vital»<sup>292</sup>.

El español ha sido, con frecuencia, extremista; es necesario comenzar a acostumbrarse a pactar con la realidad, tanto en las cuestiones religiosas como en las realidades políticas. Hay que superar el radicalismo estéril y colaborar en el desarrollo normal de la vida personal y social por cauces de serenidad y de mutuo entendimiento. Es necesario comenzar a trabajar juntos y a pensar juntos; crear un alma común, y dejar la dispersión en que vivimos actualmente. Como decía Ortega, «siempre me he quejado de que los españoles consabemos muy pocas cosas: por eso vivimos en atroz dispersión»<sup>293</sup>.

Hemos vivido demasiado del esperpento, de la comicidad y de la falta de serenidad en las cosas que la merecen. Nuestra vida española ha sido excesivamente retórica, llena de teatro y apariencias. Los españoles somos lo que somos y a la vez somos unos infelices que, como los personajes del *Don Juan*, al final se ve que no somos nada de eso, y se dejan tocar el corazón por cualquier cosa hasta el punto de cambiar del todo a última hora. Entonces «¿quiere de-

---

291. V 116; EG (1933).

292. V 116-117; EG (1933).

293. V 250; «La estrangulación de 'Don Juan'», *El Sol* (17.11.1935).

cirse que todo eso que eran —ateos, insolentes, preocupados sólo de sí mismos, imprevisores del porvenir— no lo eran ‘en realidad’, sino... metafóricamente —que su vida era retórica de sí misma? Yo no voy a responder hoy —me siento estos días muy poco pretencioso— a semejantes preguntas. ¡Allá el lector se las entienda con ellas, como los sevillanos con Don Juan! Sólo me atrevo a insinuar, esto: si en *Don Juan Tenorio* hubiera la dimensión de lo irrevocable, de auténtica tragedia, que hay en *El Convidado de Piedra* de Tirso de Molina, y aun en el *Don Álvaro*, del Duque de Rivas; en suma, si ‘Don Juan’ ‘acabase mal’, ¿iríamos los españoles tan a gusto todos los años, por estos días de melancólica otoñada, a oír y a ver a ‘Don Juan’? ¿Sería ‘Don Juan’ tan popular?»<sup>294</sup>.

Hay que poner de acuerdo, entonces, la vida real del español y su vida oficial. El español separa totalmente su vida personal de su vida social. En aquélla es ‘peregrino del ser’ y medita sus problemas íntimos, en ésta vive como en un mundo artificial al que hace poco caso. Mientras que para el alemán su vida oficial es lo que más cuenta, para el español apenas cuenta nada, y por eso envía al oficio su doble espectral; y ante la obligación echa a correr desde el café a ponerse su cargo de prisa y corriendo para cumplir y pasar. El alemán pierde la vida en el oficio, el español pierde el oficio en la vida. De ahí que en España la vida pública es un mero espectro carente de auténtica realidad. Llamarle vida es un decir. Se trata más bien de una danza de la muerte en la que más pronto o más tarde entran todos los españoles. Esta muerte, a veces, muestra más declaradamente sus armas en la guerra, es el ‘mal de España’. De él participan todos los españoles. En su momento describió Ortega cómo Unamuno había muerto de este ‘mal de España’: «Hace un par de semanas me visitó aquí mi traductor holandés, el Dr. Brouwer, que había estado por el mes de septiembre u octubre en Salamanca. Me refirió su conversación con Unamuno. Y al oírle yo, pensaba: Unamuno morirá de esto. Ha inscrito su muerte individual en la muerte innumerable que es hoy la vida española. Ha hecho bien. Su trayectoria estaba cumplida. Se ha puesto al frente de doscientos mil españoles y ha emigrado con ellos más allá de todo horizonte. Han muerto en estos meses tantos compatriotas que los supervivientes sentimos como una extraña vergüenza de no habernos muerto también. A algunos nos consuela un poco lo cerca que hemos estado de ejecutar esa sencilla operación de sucumbir»<sup>295</sup>.

Unamuno, gran meditador de la muerte, juega también al gran teatro del

---

294. V 245-246: «La estrangulación de ‘Don Juan’», *El Sol* (17.11.1935). ¿Es este también el talante de Ortega?...

295. V 264; «En la muerte de Unamuno», *La Nación* (Buenos Aires 4.1.1937).

mundo con su personalidad. No puede ocultarse, ni quiere hacerlo; hay una gran gigantomaquia en todas sus actividades, en sus virtudes y en sus defectos. Fue, no obstante, un gran luchador. «A esa idea del escritor como hombre que se da en espectáculo a los demás, hay que ponerla una espoleta de enorme dinamismo, y más aún de feroz dinamismo. Porque Unamuno era, como hombre, de un coraje sin límites. No había pelea nacional, lugar y escena de peligro, al medio de la cual no llevase el ornitorrinco de su yo, obligando a unos y a otros a oírle, y disparando golpes líricos contra los unos y contra los otros»<sup>296</sup>.

Unamuno era, pues, un gran espectáculo dentro del gran teatro del mundo español. No era el intelectual moderno oculto. Eso no quiere decir que fuera un hombre vacío; al contrario: «Unamuno sabía mucho, y mucho más de lo que aparentaba, y lo que sabía, lo sabía muy bien. Pero su pretensión de ser poeta le hacía evitar toda doctrina»<sup>297</sup>. A pesar de su personalidad excesiva cumplió también una misión de edificación y sobre todo de despertador de España. Sólo él comenzó a sacarla de la modorra inmemorial; no era fácil de suplir. Lo entendió bien Ortega cuando dijo: «La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio»<sup>298</sup>. Como es bien sabido esa etapa de silencio mortal duró bastante más de lo previsto, fue un largo 'tiempo de silencio'.

Saben muy bien los españoles que el hombre es a la vez social y antisocial. Se necesita, pues, un cierto humor para sobrellevar, sin destruirse, la convivencia social. Hay que llevar las cosas con filosofía en sus dos sentidos: Tener humor y una profunda teoría que vertebralmente toda la vida, incluida la social. Esto fue necesario hasta en la Edad Media en que todo lo soportaba la religión: «El escolasticismo fue durante muchos siglos el gendarme de las ideas occidentales, inclusive de las ideas teológicas»<sup>299</sup>. Se precisa también un cierto humor para arrostrar los enormes malentendidos que trae continuamente la vida. Ni siquiera el más sabio y respetado por todos se puede sustraer a la peste de los malentendidos. Ortega nos cuenta cómo él mismo sorprendió, con sus interpretaciones, a Einstein cuando el gran sabio vino a Madrid. Le decía que había hecho de la física una geometría. Por lo que hace a Ortega mismo, y las interpretaciones de su obra, veamos directamente su versión: «Estoy tan convencido que de hemos venido a este mundo para no entendernos los unos a los

---

296. V 265; «En la muerte de Unamuno», *La Nación* (Buenos Aires 4.1.1937).

297. V 266; «En la muerte de Unamuno», *La Nación* (Buenos Aires 4.1.1937).

298. V 266; «En la muerte de Unamuno», *La Nación* (Buenos Aires 4.1.1937).

299. V 287; «Bronca en la física», *La Nación* (Buenos Aires 7.11.1937).



otros, somos en la mutua incomprensión tan geniales y empleamos tal refinamiento, que se ha tornado para mí en regocijante diversión estudiar este arte de no entendernos, analizar sus diferentes formas y reconstruir en cada caso su mecanismo. La diversión llega al superlativo cuando el mal entendido soy yo y ante mí veo una persona convencida plenamente de que soy imbécil. En este alborozo entra el altruismo por más de lo que se sospecha, porque en la mayor parte de las ocasiones yo sé que el otro *necesita* creer que soy un imbécil, le conviene convencerse de ello para nutrir la fe en sí mismo que lleva herida o claudicante. Le hago, pues, un gran favor siendo yo un mentecato»<sup>300</sup>.

En esta confusión el hombre se vuelve sonámbulo, carece de la serenidad de las ideas claras, se combate por teorías grotescas, vagas y confusas. Nadie sabe qué es lo que cree ni 'qué es lo que no cree'. Sobre todo en sociología la confusión reinante ha sido enorme y en proporción parecida la vida social andaba llena de equívocos, sin altura apropiada a los tiempos, desgarrada y rota. Se perdió la paz en el torbellino de los problemas y es difícil recuperar la calma cuando falta el respeto debido a la cada cosa tanto en lo grande como en lo pequeño. La libertad se ha reducido a un conjunto de atropellos a la vida como libertad; la libertad ha degenerado en el derecho egoísta. La sociedad se ha convertido así en un verdadero infierno: «Yo no sé si hay otro en el más allá de las postrimerías, pero es indudable que hay un infierno cismundano —la sociedad. Con las delicias de que está cargado nos retiene para ocuparse tanto más y mejor en torturarnos»<sup>301</sup>.

La vida, por tanto, no es nunca libertad absoluta o caprichosa. Las libertades concretas las deciden un poco las circunstancias aunque el hombre siempre sigue libre en su condición fundamental. Según son los tiempos así son las libertades. Incluso a veces, transitoriamente, tienen que ser suprimidas ciertas libertades básicas. «Pero estas circunstancias, que eran excepcionales en una cierta etapa de la historia pueden ser las constitutivas en otras»<sup>302</sup>. Hay que saber vivir el momento concreto. La vida es libertad pero también es vida como adaptación. Ambas cosas han faltado sobremanera a los españoles con cierta frecuencia.

Y no basta echar la culpa a los dirigentes. El cambio de Estado es problema de todos. Cada uno tiene que insertarse en el destino de todos, crear sanas costumbres. Las instituciones funcionan por personas. Un pueblo bien educado crea un buen Estado, convierte el ideal en historia. Así ocurre en Roma, «una plebe cuyas firmes creencias religiosas y terrenales montaban dentro de

---

300. V 286; «Bronca en la física», *La Nación* (Buenos Aires 7.11.1937).

301. VI 72; «Del Imperio romano», *La Nación* (Buenos Aires, verano 1940).

302. VI 76; «Del Imperio romano», *La Nación* (Buenos Aires, verano 1940).

cada hombre los frenos de la disciplina y la obediencia, que respetaba y admiraba con espontáneo entusiasmo la nobleza, la riqueza y la destreza de sus nobles»<sup>303</sup>. La entrega de la vida, sin egoísmo, con todo y por todos es la base insustituible de toda ciudadanía. Tal es la vida del héroe que supera al frívolo siempre miedoso de perderse alguna buena cosa.

Un pueblo no se hace en un día, ni se fabrica con poca cosa, entre el altruismo y el egoísmo, una nación necesita arte, religión, política, y muchas otras cosas más: «Nuestro tiempo forma parte de un ciclo histórico más amplio que empieza con la formación de las actuales nacionalidades. La formación de una nacionalidad es una misma cosa con la elaboración de un sistema de tradiciones religiosas, políticas y artísticas»<sup>304</sup>. Ese altruismo surge al contacto vital con otras vidas que luchan unidas por salir a flote y sacar adelante la empresa común. El hombre necesita nutrirse de la vida de otros (egoísmo) y darles a su vez la suya (altruismo). Pero ante la vida vigorosa, el español, con frecuencia, se deprime, quiere ser el Robinson solipsista de antaño, no sabe transmigrar con espíritu deportivo hacia el prójimo. «Esta contradanza es la que no suele bailar el español. Cada cual se halla definitivamente surto en su centro vital y es inútil esperar de él aventuradas navegaciones por lo humano en torno a él»<sup>305</sup>.

Es muy fácil que el español considere a los demás como mera periferia suya, como cosas de las que se sirve. No se suele saber realmente nada del prójimo. Por ejemplo, es común desconocer la base económica que sustenta al vecino: «De mí sé decir que no hay cuatro personas entre mis más próximos amigos que hayan tenido nunca noción precisa del sostén financiero que soporta la fantasmagoría de mi destino público»<sup>306</sup>. Se ve a la gente sólo por si manda más o menos. Ortega pudo escribir con acierto: «Al español no le interesa el prójimo»<sup>307</sup>. El alma española es independiente, no acepta tampoco sin más ni más al triunfador del momento, resiste como los numantinos. En fin toda una larga historia. Es la obsesión orteguiana de la España como problema. Es la terrible pregunta que ya late en *El Quijote*: «Dios mío ¿qué es España? En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida entre el ayer ilimitado y el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa y cósmica del parpadeo astral, ¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, esta como

---

303. VI 106; «Del Imperio romano», *La Nación* (Buenos Aires, verano 1940).

304. VI 227; *Brindis* (1917-1939): «En un banquete en su honor en 'Pombo'», Madrid (1922).

305. VI 346; *Prólogos* (1914-1943): «A una edición de sus Obras», Espasa Calpe (1932).

306. VI 347; *Prólogos* (1914-1943): «A una edición de sus Obras», Espasa Calpe (1932).

307. VII 537; «Goya. Sobre la leyenda de Goya» (1946-1950).

proa del alma continental?»<sup>308</sup>. Ortega no encuentra en su tiempo una palabra sobre España. Y nos advierte: Desdichado el pueblo que no alumbra su destino y su misión. Entonces se sustituye el deber por la ilusión vacía y todo el horizonte se va cerrando en gris.

Ortega marchó al extranjero en busca de ese horizonte nuevo, se fue de joven, luchó por él, sufrió y anduvo errante. Todo fue un enorme calvario y cuando volvió de viejo pronunció estas enigmáticas palabras: «Por una vez, tras enormes angustias y tártagos, España tiene suerte. Pese a ciertas menudas apariencias, a breves nubarrones que no pasan de ser meteorológicas anécdotas, el horizonte histórico de España está despejado»<sup>309</sup>. Aunque España estaba en una situación problemática como todas las demás naciones, salió de los acontecimientos traumáticos de la guerra con una salud casi indecente; ahora se trataría de crear entre todos una nación nueva con justicia, legal y social, con alegría y esperanza. Pero hay que hacerla todos juntos, con inteligencia y 'con garbo'. Y llama a los jóvenes a la tarea y les promete hablarles especialmente. España estaría preparada para internarse en un nuevo y azaroso porvenir.

Pero algunos tuvieron la impresión de que Ortega ya no podía hacer más; venía a descansar. Se consideraba una persona pacífica 'hacedora de paz'. Y deseaba una evolución con continuidad, sin rupturas traumáticas ni intervenciones quirúrgicas. Es necesario dejar el camino de la alteración, las actitudes desequilibradas y anárquicas que tanto nos han caracterizado, pues cuando se diviniza la acción el 'espacio se puebla de crímenes'. Hay que centrarse de una vez por todas. Dejar el alma estrecha y resentida y caminar por la generosidad y la tolerancia. Pronto comprobaría Ortega que la historia es lenta e incluso tozuda, que los molinos de los dioses muelen despacio, y que mientras Europa se abría a la cordura, a la claridad y a la ciencia, la península ibérica seguía recluida en el 'tibetanismo' inmisericorde.

Aquí todo se ha hecho provinciano, la filosofía, la política y la religión. Al filósofo se lo rifan los partidos, todos quieren tener un intelectual que les cubra sus fechorías. Del mismo modo el cristianismo se ha convertido en cuestión de partido y de discusión de casino, un poco como pensaba Ortega que hizo Kierkegaard con el cristianismo: «No creo que exista un escritor que aparte del cristianismo tanto como Kierkegaard porque es éste en tal grado provinciano que ha conseguido hacer de esta religión un asunto que sólo puede interesar en los barrios de Conpenhague. Se las arregla para convertir la cuestión de Dios y del Diablo en cosa de semejante jaez a la cuestión de si es el león o el

---

308. VIII 58; PA (1934?)

309. VII 444; «Idea de teatro» (4.5.1946).

tigre el rey del desierto, cuestión que todas las tardes discuten en el casino las 'fuerzas vivas' del villorrio»<sup>310</sup>. El provincianismo está destruyendo Europa. Todo se reduce a aspavientos.

Es necesario un cristianismo y una filosofía que no sea mero panfleto revolucionario de periodista desalmado. No basta decir que no sirve lo que hay y perderse en el palabreo, hay que crear una alternativa. Es cierto: «El escolasticismo, el goticismo, la Iglesia medieval eran ya cadáveres.

Que hacía falta otra cosa era indudable. Pero el Humanismo no fue otra cosa»<sup>311</sup>. El español tiende demasiado al espaviento, a espantarse por cualquier cosa. Eso es más fácil que ponerse manos a la obra con tesón e inteligencia. Galileo y Descartes no hicieron espantadas, dedicaron su vida a crear otro futuro. Y lo crearon. Por el camino quedaron los que no hicieron más que aspavientos y con ellos se llevaron a la hoguera a los creadores y pensadores que les sacudían la modorra. La consigna secreta era: todos contra el pensador. «En el Renacimiento no había más que un verdadero filósofo: Giordano Bruno, el magnífico fraile. Por eso —los unos y los otros— estuvieron contra él \*»<sup>312</sup>.

En España hizo un daño enorme la contrarreforma porque reafirmó el vicio nacional de la 'tibetanización' que, como Ortega mismo reconoce, no tiene causa eclesiástica. Ello contribuyó a hermetizar todavía más la nación española y el carácter nacional. «España era el único país que no sólo no necesitaba Contrarreforma, sin que ésta le sobraba»<sup>313</sup>. De este modo se exacerbaban los problemas y los ideales. Y, como en toda exageración, no faltaron los asesinatos. Se multiplicaron los malentendidos, tan propios de nuestro genio; y a los grandes hombres de la fe y de la mística les pasó como a esos seres desventurados que tienen siempre la desgracia de reflejarse en los demás al revés como en espejos invertidos. Esto engendró en toda la espiritualidad española de la época un *quid pro quo* lamentable en el que a toda palabra de ternura se respondía con una estocada<sup>314</sup>. No se comprendió que la inquietud y el descontento forman parte importante de la vida humana y por buscar el mar de la tranquilidad se acabó en la paz del cementerio espiritual, moral y teórico.

Entonces se comenzó a ahogar la creatividad y el pensamiento, así co-

310. VIII 303-4; IL (1947).

311. VIII 354; IL (1947): «Apéndice: Renacimiento, Humanismo y Contrarreforma».

\* El papa León X confunde la fama de este mundo y su inmortalidad con la del otro y propone que debemos aspirar a ella pues así habría hecho Jesucristo. Ortega subraya: ¡agárrese el lector! Ortega aceptaba la inmortalidad en la otra vida aunque confiesa que no sin cierta angustia.

312. VIII 354; IL (1947): «Apéndice: Renacimiento, Humanismo y Contrarreforma».

313. VIII 356; IL (1947): «Apéndice: Renacimiento, Humanismo y Contrarreforma».

314. VIII 365; MPJ (1958): «Impresiones de un viajero», *Hebe*, V, Buenos Aires (1918).

menzaba el acoso de nuestro futuro y el agobio del alma española. Se creyó que todo seguiría milagrosamente hasta que nos hemos encontrado en la pura inercia estática. Se desmovilizaron todas las energías nacionales, se dejaron morir las fuerzas vivas. La religión y la fe quedaron reducidas a ritualismo sin sentido o a teorías de memoria, cuando no a un histerismo o un dogmatismo a ultranza. Se perdió la fe como confianza y esperanza dinámica que hace presente a Dios en la vida y trabaja para que el futuro común de todos se haga realidad. Esto fue un equívoco enorme que condicionó toda la historia española. La religión se volvió triste e ineficaz y el pueblo perdió la fe en sí mismo. «Porque esto es la fe cuando se dirige a un ser personal: confianza, esperanza. Esto es también la fe en Dios y no como ordinariamente creen los totalmente remotos de la teología que creer en Dios es simplemente creer en que existe, en que lo hay. Muchos hombres creen que existe y, sin embargo, no son religiosos ni tienen fe en Dios. La creencia o la fe en Dios, más aún, y no es una paradoja, que creer en que existe es confiar en Él y tener en Él esperanza; es la diferencia que ya troquelaba San Agustín cuando distinguía entre creer que hay Dios y creer a Dios. Y es muy posible que la única manera que tiene el hombre para poder creer de verdad en que Dios existe es, antes de creer esto, creerle a Él, confiar en Él aún, todavía para uno, inexistente. Esta extraña combinación es la auténtica fe. Yo no sé si con lo que he dicho (me escucha, creo, algún teólogo) he dicho alguna herejía, pero de lo que estoy cierto es que la idea más eficaz que cabe tener de la fe en Dios»<sup>315</sup>.

La España retraída sobre sí misma utilizaba la firmeza de la fe para afirmarse en su propia miseria y absorberse en sí misma totalmente. Lo mismo hacía el poder central: Como al creyente le parece igual su fe y la realidad, el poder se relamía a sí mismo. El poder no admitía duda alguna razonable sobre sí mismo, era firme como la fe absoluta que tenía de sí mismo. Al poder le pasaba como al creyente al que: «Su creencia ni siquiera le parece creencia, sino que le parece la realidad misma. Por eso la fe es tan firme, es lo firme, es el firmamento»<sup>316</sup>. Es el imperio absoluto sin razón alguna, pues la razón es duda, vacilación, titubeo y no firmeza incuestionable.

Todo el que es razonable se pone en cuestión a sí mismo. No se cree un santo, bonito y barato como algunos españoles embargados de chulería. Tales composturas son de una insipidez y de una ignorancia realmente grotescas. De este modo se dimite de la responsabilidad de actuar razonablemente, se deja de ser 'historiador ante el Altísimo' como lo fue Ranke y todos los que tratan la historia con delicadeza, y se pasa a ser un cabeza de cemento que arroja

---

315. IX 104; IHU (1948-1949).

316. IX 136; IHU (1948-1949).

contra los demás las propias posturas, religiosas o sociales, como un arma arrojadiza absoluta. Así no se comunica nada, no se establece diálogo ni comunión alguna entre las personas. «Decir nuestra fe a boca de jarro no es decirlo, es expectorarla y, con ello, degradarla, embellecerla, envilecerla y transformarla en insulto»<sup>317</sup>.

#### 4.2.4. *Por una nueva España en religión y en política*

Como es sabido cuando un sistema es malo se apoya en toda clase de sustitutos, incluida la religión. Y se aferra a ellos como tabla de salvación por lo cual el sistema queda a su vez embarrancado. Ha acostumbrado España a encerrarse en sí misma con una serie de disculpas geográficas e ideológicas. Se ha dicho, por ejemplo, que el castellano es seco porque el paisaje es árido. Así se ha hecho del medio social una fatalidad. Es lo contrario: «Castilla es tan terriblemente árida porque es árido el hombre castellano. Nuestra raza ha aceptado la sequía ambiente por sentirla afín con la estepa interior de su alma»<sup>318</sup>. De esta manera en vez de buscar en su medio vital la tierra prometida 'por Dios' a cada pueblo, ha ido el castellano y el español a buscarla a otra parte, ya en las costas de España o allende los mares. Por otro lado como era el español un hombre idealista, no se hacía problemas de nada, estaba siempre abierto a cualquier cosa, vivía como una especie de San Francisco que necesitaba poco para vivir y aun ese poco lo necesitaba muy poco. El español no necesitaba casi nada para vivir, ni siquiera necesitaba vivir, y eso le situaba en franquía y libertad para ser un señor en la vida. Pero eso le creó un carácter aventurero, de modo que no vivía propiamente, sino que pasaba la vida. No necesitaba enfrentarse con los problemas, y todo lo solucionaba con un poco de humor y otro poco de beatería. De esta forma se ha caminado a ciegas y de repente nos encontramos desorientados y desbordados por los problemas, pues 'no hay camino más seguro para no resolver un problema que ignorarlo, que darlo por inexistente. Es el inconveniente perpetuo de la beatería. La mirada beata mira hacia lo alto en constante arrobamiento —y por eso, no ve; es ciega para las cosas que tiene delante»<sup>319</sup>.

Con este talante siempre se llegaba tarde a los problemas, no había sentido de la anticipación al porvenir y no se supo afrontar el estado de depresión nacional ni su posible solución, con generosidad, ni se supo reponer el vigor de la unidad nacional con la fuerza viva del impulso regional. Faltaba valentía

---

317. IX 237; IHU (1948-1949): «Apéndices I; Nacionalismo».

318. IX 205; IHU (1948-1949).

319. IX 240; IHU (1948-1949): «Apéndice II: El hombre español».

para hacer lo que había que hacer, no había nobleza espiritual y faltaba sensibilidad para lo valioso. Todo lo que se difundía era vulgar, vil y enojoso. De eso modo se vivía en un ambiente de ficciones y de dispersión moral. Así los españoles vivimos muchas veces alucinados, creídos en que «somos ya lo que ni hemos sido ni somos»<sup>320</sup>.

Los grandes valores y los mejores ideales se utilizaron fundamentalmente para dividir. La república y la monarquía se esgrimieron como fuentes de división. Hasta la misma religión cumplió esta tarea de dispersión y de división: «El Dios único se partió en dioses y la humanidad quedó disgregada, separada por grietas hondísimas y cada aglomeración de hombres se sintió compacta y unificada por la creencia en uno de esos dioses y despegada, hostil hacia otra cualquiera que pensaba otro Dios. La duda del Dios común llevó a la invención de dioses particulares y en esta invención se hicieron los pueblos, estas invenciones son los pueblos»<sup>321</sup>. Cada uno hizo la divinidad a su manera y, como en el comienzo, la divinidad en vez de ser paso a la casa familiar común y universal se convirtió en ceremonia de confusión: «Schelling se deja ir a una etimología ingeniosa. La confusión bíblica de las lenguas partió de Babel. ¿Qué es esto de Babel? Se dice que Bad-Bel, puerta de Dios. Nada de eso. La significación verdadera la da la Biblia en el versículo 9 (2): ‘Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra»<sup>322</sup>.

Lo divino ha sido utilizado como un Dios particularista egoísta en provecho de sus fieles. No hay sentido universal nacional. La generación del 98 no puede ver claro los valores fundamentales que dieran base a la unidad nacional: «Un grupo de españoles duda de la mitología nacional, duda de España, de sus valores reconocidos, de sus virtudes, de sus glorias, de sus hombres ilustres»<sup>323</sup>. No se ve claro el porvenir de España, tampoco estaba claro su pasado. Andaba España ampliamente alucinada y dispersa, sin pasado ni presente ni futuro. España era un fantasma de España. Entonces irrumpen unos egregios héroes bárbaros en vertical y desde dentro. Son Unamuno, Benavente, Valle-Inclán, Maeztu, Martínez Ruiz y Baroja entre otros. Serían los creadores de un mundo nuevo desde una nueva sensibilidad: «Eran no-conformistas. Converrían heterogéneos, en la incapacitación de la España constituida: historia, arte, ética, política. Se trata de una nueva modalidad emergente: por lo pronto se trata de eso solo. Todo renacimiento supone una previa variación de

---

320. IX 483; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

321. IX 489; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

322. IX 489; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

323. IX 490; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

la sensibilidad radical. Yo no afirmo ni niego que trajeron muchos o pocos pensamientos nuevos, que inventaron muchas o pocas cosas nuevas. De venir todo esto, tenía que venir después. Para que en el mundo haya algo nuevo es forzoso que sobrevenga primero una nueva sensibilidad»<sup>324</sup>.

No se trataba de conservadores o de liberales, de religiosos o antirreligiosos, se trataba de algo distinto, como dice más adelante Ortega, más allá de los grandes bandos. «No eran conservadores que arremetieran con los liberales: liberales y conservadores los odiaban igualmente y siguen odiándolos. Ni porque fueran anticristianos que vinieran a aporrear los principios del catolicismo: alguno de ellos era, y tal vez siga siendo católico o al menos cristiano. En general, podía leerse entre las líneas de sus artículos que no era inspirada la acción agresiva por un abuso o error particular entre los muchos nacionales. De lo que eran enemigos irreconciliables era de lo que entonces se llamaba España, así en general, del *integrum* de la mitología peninsular»<sup>325</sup>.

Se trataba de una renovación desde los fundamentos incluida la religión. En esto coincidían todos absolutamente. Había que hacer otra España pero totalmente nueva que no podía salir de la que había: «En esto coincidían todos: todos poseían la conciencia de que una España fuerte no podía salir por evolución normal de la vieja España. Se imponía una peripecia cultural, una catástrofe psicológica: un nuevo Dios, un nuevo lenguaje, una *barbarie* redentora»<sup>326</sup>. Era pues también necesaria una nueva religión...

En todo este proceso Ortega considera a Valle-Inclán como 'nuestro hermano mayor en la nueva familia espiritual'. Del mismo modo consideraba a Maeztu. Valle era una conmoción nacional y no sólo por el pelo; decía que Echegaray era un pésimo escritor. Valle-Inclán era un escándalo en el Madrid modernista. Ortega lo describe así: «En fin, el tercer recuerdo... Imaginad un Cristo que sale del monte Olivete, lívido, ebrio de dolor que ha bebido en las heces de un cáliz amargo, un Cristo alargado, un Cristo gótico con la melenas nazarenas de un Cristo español. Pero no, no es propiamente parecido a un Cristo: camina resolute y agresivo como un caballero del Santo Grial, atraviesa sin pactos y heroico el denso achabacanamiento de la nación, lo hiende a estocadas y avanza intacto conservando la herencia de pureza del paterno Parsifal. Por la calle de Alcalá, en la diestra un bastoncito de hierro, en los labios un párrafo como una flor»<sup>327</sup>.

Para Ortega los que tienen algo que decir hoy deben mucho a los que parecían decir o hacer barbaridades. Estos fueron como un terremoto y un anhe-

324. IX 494; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

325. IX 495; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

326. IX 495; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

327. IX 492-493; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).



lo de nueva vida original. Su aparente cinismo, de ocasión, era solamente un compás de espera hacia el futuro. Ellos fueron los nuevos Hércules que se pusieron a limpiar los establos, de Augias, españoles a fin de que el futuro fuera limpio: «La nueva España tenía que ser creada *a nihilo*. Para esto era preciso antes dejar el campo libre, aniquilar la falsa construcción de España. Sobre la tierra había una hondísima costra de centenarias ineptias: la patria era como un establo de Augias...»<sup>328</sup>.

Se hacía necesaria una cura de sinceridad. Al principio puede parecer una fuerza destructiva, pero es una rebeldía cuyo origen es un instinto divino de mejora. La sinceridad perfecta es estado divino de gracia. Ortega lo describía así: «No dejaré de notar que esto de depender el valor de los actos de la sinceridad, esto de que todo lo sincero es bueno y todo lo insincero es malo coincide con el elemento quietista místico que constituyen el carácter decisivo del cristianismo. ‘Como el fruto del árbol’ nazca la acción del hombre, impera el Evangelio... «El Estado de gracia es la divina sinceridad del alma»<sup>329</sup>.

Esa sinceridad, por encima de la moralidad de los hechos, es la que salva, de alguna manera, al buen ladrón y a la moza de partido. Así ocurre con algunos personajes de Baroja: «La simpatía del novelista hacia ladrones y mozas del partido diríase asimismo completamente evangélica. El robo es un acto ejemplarmente sincero: por su medio expresamos nuestro deseo vehemente de un objeto»<sup>330</sup>. El cínico, el hombre sincero destructor del mundo corrompido de la época se desliza, según E. Schwartz \*, en una comunidad cristiana primitiva y triunfa en ella. Este talante, según Ortega es el que guía a Baroja y sus contemporáneos. Ciertamente que Baroja no quería ser cristiano para no ser semita. «Pero resulta que su filosofía de la sinceridad conduce hacia el cristianismo, y en consecuencia se halla propincuo a semitizarse»<sup>331</sup>.

Es preciso darse cuenta de que la vida humana es una mezcla de bien y de vileza; y lo primero es aclararse sinceramente sobre la situación presente y su futuro. Esto es especialmente importante en España donde se acostumbra a ver los valores de las personas sobre todo después de muertas. Faltan los modelos a imitar y fácilmente se buscan personas astutas o cínicas para salir, como sea, del paso. Nietzsche daba esta lista: «‘Cimas de la *probidad*: Maquiavelo, el Jesuitismo, Montaigne, la Rochefoucauld’»<sup>332</sup>.

328. IX 496; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

329. IX 499; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

330. IX 499; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

\* «E. Schwartz, *Charakterköpfe der antiken Literatur*, segunda serie, 1911, pág. 2». (Citado por Ortega).

331. X 602; «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa» (1914).

332. X 602; «Alrededor de Goethe», Conferencia, Madrid (24.11.1949).

No se puede caminar hacia atrás en la historia. Algunos quieren volver a la contrarreforma pero no es posible. La realidad es como es y no se puede volver a la predemocracia, no se puede apelar a los electores como en Roma cuando *populari* comenzó a significar devastación inhumana por obra de grupos extremados. En general, se nota una falta fundamental de coherencia entre los diversos aspectos de la vida. Ello lleva a entender la ética y la religión como pura moralina inerte. Entonces hay como un éxtasis de las buenas costumbres. Es como el Retablo de las maravillas: el que no aplaude no es virtuoso. Las autoridades quieren prohibir las malas costumbres, sin educación previa. Eso es como prohibir un terremoto. Es necesario llegar al pueblo con 'religioso temblor'. Es una inmoralidad tremenda que haya diversos tipos de enseñanza: para el rico y para el pobre. Y olvidar esto por la moralina son planteamientos monjiles. «Sea dicho sin otros ambages: *Un gobierno que no ha creado ni una sola escuela popular ni ha dictado una sola ley social, no tiene derecho a prohibir al pueblo una costumbre*»<sup>333</sup>. Esto crea una sociedad estólida sin pujos de sabiduría profunda. Entonces hay que recordar el dicho socrático de que 'virtus es ciencia'. Y Ortega recomienda imitar a Unamuno con su entusiasta 'misticismo liberal'.

El hombre digno debe ser armónico. El hombre moderno siente ansias de unidad, el medieval estaba dividido. La acción humana por excelencia es la unificación. «Y la Edad Media semeja un ejemplo que algún sabio artesano de mundos, pone al hombre para que conozca en qué consiste la incultura y busque ardorosamente el progreso en aquella armonía única que el fervor religioso de Pitágoras descubría, a un tiempo, en los giros majestuosos de las esferas y el temblor suave de las cuerdas de la lira»<sup>334</sup>. Al fin y al cabo la revolución no es más que el intento heroico de restaurar la 'armonía política rota'. Pero en España nos ha faltado ese tipo de empresa común que unifica al pueblo en la solidaridad, por eso somos una nación invertebrada. Así cada uno entiende la patria a su manera. Para muchos católicos es la tierra que se inicia más allá de los cielos. Para los obreros el jornal. Para los negociantes la utilidad bancaria. Cada uno acusa al otro de que no hace patria, es decir de que no le aumenta sus ingresos.

Se impone por tanto una revolución ética y religiosa para conseguir una verdadera transformación política. El ideal de solidaridad ética es la divisa auténtica del hombre moderno. Socialismo o liberalismo no son nada sin deberes morales y virtudes sociales. Para Ortega la cosa está clara: «Ni creo que

---

333. X 19-20; «Reforma del carácter, no reforma de costumbres», *El Imparcial* (5.10.1907).

334. X 23; «Las dos Alemanias», *El Imparcial* (19.1.1908).

quepa misión más perfecta y gloriosa en la tierra; porque si hay algo cierto es que este gigantesco alambique del Universo está puesto aquí para que tú, señor lector, y yo, y nuestros hijos, vayamos destilando del temblor de nuestros nervios unas gotas de virtud»<sup>335</sup>. Entonces poco a poco el *Logos* se hace carne y habita entre nosotros. Será así España un pueblo salubre, inteligente. No se puede querer un pueblo fuerte y prohibirle ser bueno. Así al revolucionario se le castiga al paro porque ya no vale la anarquía inmoral. Por tanto la revolución será ética y religiosa o no será. Este es el camino: «Como los peripatéticos tenían que buscar fuera del mundo y hallaban en un Dios invisible el primer motor inmóvil, impulsor de cuantas cosas vemos moverse, así el primer impulsor jurídico de las transformaciones constitucionales es ese derecho no escrito, ese derecho ideal, centro de la energía ética en la Historia. A ese derecho sobreconstitucional que es a su vez un sagrado deber, llamo revolución»<sup>336</sup>.

#### 4.2.5. *El mal español y los males de España*

España no tiene alma; por eso todo en ella se corrompe o resulta estéril. Aunque Ortega es optimista sabe que el español está inclinado hacia la muerte y a los muertos. Es el culto celtibérico de la muerte. Faltan ideas civiles ajenas al talante de la guerra. Falta cultura política, social, que es el alma, la esencia divina de la vida. Sin ella el cuerpo social se descompone. «Cicerón en el libro segundo *De la naturaleza de los dioses*, menta el decir de Crisipo, estoico: 'La Naturaleza dio al puerco (sic) = cuerpo), en lugar de sal, un alma, para que no se pudriera'. Yo no he hallado jamás una definición más bella y melancólica del alma que ésta; tampoco la conozco más exacta, aunque parecen estas palabras una facecia. El alma es el principio que defiende la materia de la corrupción. El alma es una guerra incesante contra la inercia»<sup>337</sup>.

Ortega propone, frente al anarquismo y el conservadurismo, el europeísmo y la confraternización solidaria. Sería la manera de superar el materialismo y llegar a verdaderos niveles de justicia. Tales ideales civiles son el verdadero capital de un pueblo: «Esto nos hubiera hecho posible a liberales y socialistas destacar inequívocamente sobre el fondo del materialismo conservador nuestra enérgica fisonomía idealista. De otro lado, se habría impuesto un movimiento favorable a las leyes sociales y de cultura, con lo que se elevaría un tanto la presión de la justicia»<sup>338</sup>.

335. X 38; «La reforma liberal», *El Faro* (23.2.1908).

336. X 35; «La reforma liberal», *El Faro* (23.6.1908).

337. X 47-8; «Sobre el proceso Rull», *Faro* (12.4.1908). Cfr. RUBIO, D., *The Mystic soul of Spain*, Cosmopolitan science & art service Co.Inc., New York 1946.

338. X 48-49; «Sobre el proceso Rull», *Faro* (12.4.1908).

No importa demasiado el método o el camino. «*No preguntes por qué puerta / a la ciudad de Dios entras*, dice una amonestación de Goethe, en el *Diván*»<sup>339</sup>. Pero España no tendrá vida íntima, auténtica, propia y nacional mientras no tenga una moral en la que se ame lo moralmente bueno, bello y justo para todos los hombres, para todo el mundo. Hasta ahora se ha vivido aquí con una moral especial, estrecha, puritana, extramundana, lejana a la vida, que identificaba inmoralidad y lujuria, carecía de humanidad y presentaba a las Iglesias como símbolos del culto a la ley del embudo. Esa era también la moral de nuestro Estado. Ortega la describía así: «La castidad es una divina virtud de la cual suelen burlarse los espíritus generosos. Las costumbres cristianas, al perseverar fuera de sazón, han contribuido no poco a arrebatar su encanto y a tergiversar su sentido. Hubo un tiempo en que la abstención completa de los placeres carnales era condición necesaria para elevarse a la única forma de espiritualidad entonces conocida: la espiritualidad religiosa, el misticismo. El Dios de la Edad Media era un Dios que, según la expresión de Goethe, empujaba el mundo desde fuera, una divinidad extramundana. Para sumirse en su ardiente seno, era menester salir de entre toda la escoria terrenal. De aquí el ascetismo nazareno de aquella edad, la cual, puesta en lo lejano, nos parece un arco tenso de ballesta puesto a disparar la flecha tremante del hombre hacia el corazón de la divinidad. No conoció aquella hora para resolver la tragedia de la vida sino un terrible dilema: o materia o dios.

Les faltó el término medio: humanidad. Y como les faltó, hubieron de afanarse en ir trasvasando el mundo en el cielo merced a las iglesias cuyas torres —decía Lichtenberg— son embudos invertidos.

Para la Edad Media, el pecado representativo es la concupiscencia: el diablo es más bien la diablesa Venus. La inmoralidad es la lujuria. La virtud central de aquella ética es la castidad. A esta moral llamo visigótica. Y ésta es la moral del señor fiscal de Supremo»<sup>340</sup>.

El español es insolidario de su pasado y por eso vive como hospiciano, no sabe a qué atenerse. No es ni comunitario ni institucional. Se dice que somos individualistas los españoles y es un tópico del que hasta nos enorgullecemos, es la adulación máxima de la vanidad española. «Frente a las virtudes modestas de otras naciones queremos justificar nuestros vicios dándoles tan noble origen que parezcan... virtudes. Es el individualismo la más gallarda y elegante virtud: por eso la hemos elegido y embozándonos en ella, como en una capa, intentamos truhanescamente celar con la arrogancia las lacerías interiores»<sup>341</sup>.

339. X 45; «La conservación de la cultura», *Faro* (8.3.1908).

340. X 57; «La moral visigótica», *Faro* (10.5.1908).

341. X 49; «El cabilismo, teoría conservadora», *El Imparcial* (20.5.1908).

No suele el español respetar la organización, nos falta sentido de la historia, tampoco hay aquí individuo auténtico, es un intermedio entre la persona y las banderías, es el cabilismo. Por esto no hay verdaderos grupos ni partidos políticos; en cada grupo hay un hombre solo. «Tiene razón Azorín: *hoy en España* no hay partidos políticos, sino bandos, cuadrillas. No hay ideas políticas; aquí se ha reído la gente cuando Costa confesó que, habiendo empezado monárquico un artículo, la lógica le llevó a concluirlo republicano. Larga y doliente tradición tiene el odio y el desdén hacia las ideas en esta tierra de sol, de énfasis y fatalismo. El señor Azorín hace bien en dirigir sus energías literarias a fomentar los bajos instintos de inercia moral en un público que no tiene otra cosa»<sup>342</sup>.

Ha sido nuestro país un país de banderías. Los mismos políticos, los representantes del pueblo casi no representaban a nadie. Al cerrar el Parlamento para algunos el mayor problema es que los políticos quedan sin 'iglesuca' u hogar para contar sus cuentos. «Weigel y otros místicos alemanes llaman al alma individual *spiraculum vitae*, respiradero de la vida, breve apertura por donde se manifiesta el borboteo soterráneo de corrientes colectivas, manadero en que hace sentir su pulso la oculta y metafísica voluntad vibrante del universo. Algo así corresponde ser al Parlamento: respiradero de la vida nacional, síntoma de la realidad pública, signo de cosas externas, vivas y orgánicas.

En España va aconteciendo todo lo contrario»<sup>343</sup>.

El Parlamento en España, con frecuencia, se ha reducido a sí mismo, no parece del pueblo, sino que se presenta como la única realidad política española. Mientras tanto el pueblo parece eternamente dormido, no está ni muerto ni vivo, es innumerable y sin forma, vive en 'santa incertidumbre', en un fondo oscuro que contiene a todos sobre el que destaca algunas figuras no se sabe si fantasmagóricas. Y a continuación Ortega se permite un arrebato lírico, del que pide disculpa: «Es el pueblo la divinidad moderna, Pan redivivo; y como los místicos panteístas —Spinoza, por ejemplo, o Boehme el zapatero— percibían dulcísimo deliquio al sentirse hundidos en el regazo inmenso de la naturaleza, para un demócrata tiene suavísimo encanto sentirse pueblo, mirar cómo nuestra silueta personal se pierde y se confunde en la personalidad innumerable del *demos* y unida fluye por el cauce sin edad de la historia. Pero no sólo nosotros: los grandes hombres también vienen del pueblo y pareciendo apartarse de él un punto acaban por volver a sumirse en la gloriosa y perenne corriente maternal»<sup>344</sup>.

342. X 61; «El cabilismo, teoría conservadora», *El Imparcial* (20.5.1908).

343. X 62; «De re política», *El Imparcial* (31.7.1908).

344. X 64-65; «De re política», *El Imparcial* (31.7.1908).

Pero ha sido lo más normal aislarse cada uno con sus fieles. Por ejemplo, los socialistas sólo aceptan a los suyos. Los intelectuales están prácticamente alejados del socialismo español. Todo lo han tenido que hacer los obreros, por eso tuvo el socialismo español un aire fundamentalmente proletario. El sentido partidista se hace muy frecuente ilusión de arreglar el mundo con las elecciones, no hay la paciencia de prepararse para un día gobernar bien. Así la política española está flaca y cadavérica. Y por eso, también, España es el país donde se ha dicho que 'todo se puede ganar con las elecciones'. Del mismo modo se aprecia mucho, la eficacia rápida, lo que vale poco. Incluso los devotos tienen una gran fe en la propaganda, no se sabe lo que es paciencia franciscana. Y a veces se complica la difusión del buen mensaje con el dinero poco limpio: «Si —como apunta *El Liberal*— los clericales hacen una propaganda más rápida y fructífera, no es ciertamente el partido obrero quien tiene la culpa de que los jesuitas y los obispos manejen rentas opimas. Sólo faltaba hacer a los socialistas responsables de toda la historia de España»<sup>345</sup>.

En fin, nada se arregla con lamentar ni tampoco con una alegría loca y sin sentido que desconoce la realidad. Ortega alaba a Unamuno por haber evitado ambos extremos. Y llama a todos a aceptar la herencia que hemos recibido, que más que una herencia es un capital enorme de cosas por hacer. Nuestros antepasados vivieron felices a su modo, tuvieron su propia cosecha de jocosidad. «No hay por qué decir mal de ellos: la piedad histórica, gran virtud que ha de sentir y ejercitar todo el que quiera renacer, nos obliga a bendecirles, pues que felices fueron a su manera y pues que nos legaron una irónica herencia dejándonos casi todo por hacer: el más espléndido patrimonio, un millón en trabajo. El campo por labrar, los libros por leer, las deudas por pagar y los pecados por arrepentir»<sup>346</sup>.

Es necesario poner manos a la obra, y hay que comenzar por la ciencia y la cultura. Unamuno marcó claramente el camino, según ya dejamos dicho, para salir de la modorra hacia la ciencia y el conocimiento del bien y del mal, para vivir una vida humana y arrancarle a Dios el secreto de la vida: Mejor dolor y ciencia que placer e ignorancia. La cultura es el medio básico de sacar a los hombres de la alienación y la ignorancia. Ese papel es el que atribuía Unamuno al socialismo hasta destruir la religión jesuítica de la piedad amasada con dinero: «Mejores o peores seremos socialistas.

Por caso admirable el estado moral de España obliga al socialismo —no al que hay hoy, sino al futuro— a erigirse en defensor de la cultura. En otros países, en Alemania, por ejemplo, sufre vacilaciones peligrosísimas, que a ve-

345. X 81; «El recato socialista», *El Imparcial* (2.9.1908).

346. X 86; «Nuevas glosas», *El Imparcial* (26.9.1908).

ces le inducen a fingir un gesto bárbaro y grosero. Los primeros enemigos que halla entre nosotros el socialismo son la ignorancia del ciudadano y la astucia del cura. Ésta se ejercita fecundamente sobre aquélla y procurará perpetuarla. Con sublime ternura predicó Jesús la belleza de los pobres de espíritu y les prometía el reino de los cielos azules: los jesuitas, siguiendo el consejo divino: *da mihi animas, coetera tolle tibi*, dame almas y quédate con los demás, van reduciendo a los españoles a la mendicidad espiritual y merced a una ligera desviación en las aspas han logrado hacer de la cruz un signo de multiplicar»<sup>347</sup>.

En España la política ha sido la unión de los egoístas anárquicos de Max Stirner. No se ha educado políticamente, los poderosos han sido anárquicos, no gente de orden: «No, no ha sido oligarquía la forma del régimen público en España; en la oligarquía los pocos hacen leyes imperialistas que les son beneficiosas, pero una vez dadas las cumplen. En España no se han cumplido las leyes; España es la tierra donde el señorito, al ser detenido por escandaloso, toma el número del guardia para que lo dejen cesante al otro día»<sup>348</sup>.

Paz y cultura deben ser las claves del futuro. Los hombres son por naturaleza hostiles pero la cultura está para hacerlos amigos. Esta tarea de la paz es la clave del futuro humano. Ciertamente se defiende la libertad como se defiende la novia y por eso el crimen político no se considera como tal. Pero la cultura es la labranza de la paz. Nuestros cuerpos manan agresividad, nuestra vida segrega división. «¡Qué importa! Alojada en el órgano material es cada alma una hilandera de ideal, productora de hilos sutilísimos que traspasan otras almas hermanas, como rayos de sol, y luego otras y otras. Lentamente los hilos se multiplican, el tejido de la cultura se va haciendo más prieto, más firme, más extenso, hasta que un día la humanidad entera se halle tramada y, como con un manto místico, cubra con ella sus lomos desnudos el Gran artífice, el promotor del bien.

*Pax hominibus!* La unidad de los hombres está en formación, no existe aún, no existirá mañana todavía, cierto; pero la vamos haciendo: la distancia entre los hombres disminuye progresivamente. *Pax hominibus!* La barbarie nos rodea: ¿qué importa? Sabremos aprovecharla como el ingeniero aprovecha la brutalidad de un salto de agua; para eso están sobre la tierra los hombres de buena voluntad a modo de fermento pacífico que va descomponiendo los enormes yacimientos de mala voluntad»<sup>349</sup>.

Para Ortega la inconsciencia ha sido el gran pecado de la burguesía, no se

347. X 87-88; «Nuevas glosas», *El Imparcial* (26.9.1908).

348. X 113; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

349. X 115; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

han dado cuenta que las revoluciones constatan la injusticia social y son su producto. A pesar de que a todos desde niños se les ha enseñado que las dos grandes claves de la historia son el nacimiento de Cristo y la revolución francesa no les han hecho caso alguno: «Desde hace casi un siglo, en todas las escuelas de Europa se enseña a los niños que los dos hechos culminantes de la Historia, los dos hechos que sirven como divinas espadas para tajarse en edades la evolución humana, son el nacimiento del Cristo, allá en una aldehuela de Siria, y la revolución francesa: ¿No es atroz que pesen igualmente para la gloria del hombre la mansedumbre infinita del que predicaba por las alquerías galileas y las matanzas del 93, de aquel año abierto en la Historia como un lago de sangre?

No sé si será esto un error; pero creo firmemente que ideas tan arraigadas y tan extendidas no pueden ser plenamente errores»<sup>350</sup>. En efecto, si bien los crímenes son siempre crímenes, dondequiera se cometan, eso no impide saber que la justicia es el más grave problema del hombre en la tierra, parejo, de alguna manera, al conocimiento de Dios. Y las revoluciones son el banco de prueba de la justicia, de lo tuyo y de lo mío, de la ética y el prójimo que tenemos o no tenemos. «¡Por eso Hermann Cohen, tal vez el más grande filósofo actual, escribe en su libro de *Ética* estas palabras aladas: ‘Las revoluciones son los períodos de la Ética experimental’. En ellas se intentan nuevas soluciones al grave problema de la justicia, a aquel problema, el más humano de todos, que elevó hasta la incandescencia el corazón reseco de Alonso Quijano el Bueno. Yo no pido a los jóvenes sino que al modo del santo orate manchego vengán a hablar entre los cabreros de este problema cruel del tuyo y el mío»<sup>351</sup>.

La solución a este gran problema no está en la energía del orden. Para decir eso, según Ortega, no hace falta ser profeta ni visionario, pero el que haya que decirlo demuestra que nuestra política anda desencaminada y marcha por los cerros de Úbeda. Aquí no se tratan los problemas, simplemente cada cual busca unos enemigos a los que echar a su tiempo las culpas, sean cuales sean: «En esta tierra, donde sinceramente somos cada uno enemigo de los demás, nadie encuentra su enemigo particular. Es curioso, que los jesuitas, para tener a quien combatir, y de ese modo agenciarse una aparente fisionomía, han tenido que galvanizar la fantasmagoría cadavérica del masonismo. Del mismo modo, los radicales españoles quisieran convencerse a sí mismos de que la causa de todo está en la superabundancia de las Órdenes religiosas. ¡Ojalá y fuera así! Pero hay una grave objeción: si así fuera, haría un siglo que hubiéramos

---

350. X 116; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).

351. X 117; «Los problemas nacionales y la juventud», Ateneo de Madrid (15.10.1909).



vomitado a los tres mares patrios el exceso monacal. ¡Vaya una dificultad!»<sup>352</sup>.

El problema es que cada español ha de darse la batalla a sí mismo, no a los demás, pero nadie quiere empezar. Todo el mundo espera a que otro comience la obra que nunca acaba de empezar. Por eso España está como muerta, no simplemente enferma. La política agresiva liberal y anticlerical es un engaño de interpretación y el remedio quirúrgico un asesinato. «Ésta es una política quirúrgica, de ablación, de oposición. Se oye decir a toda hora que es menester cercenar el excesivo desarrollo de las Órdenes monásticas: a decir esto, tal vez a hacerlo, llaman anticlericalismo. He aquí el mal de España intepretado como un absceso periférico, y la curación simplificada con el bisturí»<sup>353</sup>.

Más que un médico se necesita un padre, un suscitador. Costa decía que hacían falta Bismarcks y san Franciscos. Ortega prefiere san Franciscos. Y cree que los Bismarcks no son oportunos, aunque podrían venir al final y bastaría con uno. «Francisco de Asís es el vaso de amor que fecundiza los corazones; el amor es el afecto genuino de la fraternidad, de la creación. Vengan, pues San Franciscos»<sup>354</sup>. Primero hay que constituir la nación, hacerla comunidad, por medio de almas finas, educadoras, organizadoras, luego vendrá el buen orden. Ortega se siente llamado a trabajar en este primer paso fundamental. «Cada cual mueve su patriotismo a su manera, y el mío empieza en este grito de dolor: ¡La patria no existe! Precisamente por eso hay que ser patriota y traerla a existencia, hacerla, labrarla como una habitación sobre el desierto. Si España existiera podía desentenderme de ella; pero no la hay, y por eso tengo que ser español, para que, al menos, en forma de esfuerzo, de anhelo, de aspiración, de tensión del alma, exista»<sup>355</sup>.

Ser español es hoy doloroso. Como J. Costa, muchos españoles al oír la palabra ¡España! no recuerdan Lepanto, ni el esplendor, ni siquiera 'la victoria de la Cruz', solamente sienten dolor. A Ortega le duele España como le dolía a Costa. Es el patriotismo del dolor, el del alma quiijotesca: «Quiijotesca llamo a la sensibilidad para acontecimientos ideales, para las realidades abstractas, para las cosas transcendentales que ocurren en el seno de los valores eternos. Y lo que para Don Quijote era la justicia distributiva, era para Costa la decadencia de España»<sup>356</sup>. Dolerse de España era querer ser Europa; todo pesimismo noble es metódico, un medio de mejorar, de despertar de la vida

---

352. X 163-164; «Sencillas reflexiones», *El Imparcial* (22.8.1910).

353. X 166; «Sencillas reflexiones», *El Imparcial* (6.9.1910).

354. X 166; «Sencillas reflexiones», *El Imparcial* (6.9.1910).

355. X 167; «Sencillas reflexiones», *El Imparcial* (6.9.1910).

356. X 173; «La herencia viva de Costa», *El Imparcial* (20.2.1911).

inerte. Hay que recoger el dolor religiosamente para que dé un fruto de regeneración.

Para Ortega es muy distinto restauración y reacción progresista. Reacción es volver a lo viejo, a ser piedra, perder el espíritu y la cultura. Restauración es volver a lo nuevo aunque veamos que tenemos una España desierta de ideales y árida como un campo de 'aceldamas' traficada en treinta dineros de plata. El dolor del restaurador tiende a buscar una nueva fe viva en nuestro destino. Al reaccionario le basta con destruir, está muy seguro de sí mismo. El restaurador duda si acertará pero levanta poco a poco una nueva esperanza aunque viva en un mar de dudas. El restaurador trabaja por la organización de una nueva sociedad, no se dedica solamente a las grandes manifestaciones. No cree que todo sea cuestión de cuatro gritos estertóreos. Sabe que tiene que trabajar por la mejora de su pueblo, como profesional y como persona social. «En fórmula dogmática diría yo así: el que no se ocupa de política es un hombre inmoral; pero el que sólo se ocupa de política y todo lo ve políticamente, es un majadero»<sup>357</sup>.

La restauración es fácil hallarla en los obispados con una dirección de vuelta medieval, pero hay otra restauración sindicalista y socialista que quiere mejorar las cosas y sobre todo someter la razón a la vida y la vida a la razón. Ahí ha comenzado un movimiento renovador aunque dé la impresión de destructor. Se trata de espíritus generosos ajenos a la cicatería tradicional que desearían los mayores bienes para todos con una liberalidad universal que no es necesario comprar como contribuyentes. Es la generosidad divina de la naturaleza<sup>358</sup>.

España está como está; si se quiere restaurarla y no destruirla hay que proceder con paciencia. Puede ser cierto que la política española vive en 'pecado moral' permanente. Pero no se adelanta nada con pedir solamente orden externo e indignarse con poses de Monte Sinaí, como hizo Maura; lo más que podemos permitirnos, no siendo Dios, es entristecernos. Pero hay que organizar España, no sirve cultivar la histeria colectiva del alma española, la sacudida neurótica, como la que «llevó a unos desventurados a quemar unos conventos y, después de atravesar con vario efecto todas las capas sociales, ascendió hasta los gobernantes dementándolos unas semanas. Nadie estuvo libre de sus efectos. Cada cual, a su modo, se dejó arrebatar de la histeria básica que constituye la última realidad del alma española»<sup>359</sup>.

Los demagogos españoles no son los agitadores sino el hambre, la injusti-

357. X 209; «De puerta de tierra. II», *El Imparcial* (20.10.1912).

358. X 213; «De puerta de tierra. III», *El Imparcial* (20.10.1912).

359. X 219; «De puerta de tierra. I y II», *El Imparcial* (10.1.1913).

cia y la ignorancia. Los jóvenes no han encontrado en su educación almas enérgicas y generosas donde se refleje 'la divina armonía triunfante en el Cosmos'. Por el contrario se han encontrado con personas derruidas y chabacanas, almas putrefactas, sin serenidad ni solidaridad, a las que falta por completo el amor. La nación aparece como un montón de detritus históricos. Pablo Iglesias, Lerroux y Melquiades Álvarez son 'gentes apostólicas' que no quieren meterse con nadie. Entre tanto llevamos perdidos unos cuantos años: «Pasa el Poder de manos de los conservadores, que no tienen programa, a manos de los liberales, que tampoco lo tienen. Continúa el pueblo español crucificado entre dos vocablos»<sup>360</sup>. Esa política consiste en reunir unos cuantos intereses anárquicos y tapanlos con la palabra conservadores o liberales. Frente a ellos viven unos alucinados por la revolución y otros que no piensan en nada. Pero un pueblo no puede salir a flote sin hombres bien preparados, con orientación y sabiduría. De este modo la enfermedad de España, la incompetencia, progresa hacia la aniquilación histórica. La generación anterior ha sabido criticar pero no pudo construir: «La generación de 1898 se encontró sin una nación en que realizarse ni individualidades a quienes seguir. Se encontró sin casa y sin padres en el orden espiritual. Es una generación históricamente espúrea. No se le puede pedir mucho. Es una generación fantasma»<sup>361</sup>.

Ortega quiere reunir a todos los españoles, caminar hacia la claridad, vivir una vida digna con severidad y competencia, con sencillez a partir del dolor y de la penuria de pan, de ideas y de amor que ahora tenemos. Ese es el problema de España y no la cuestión religiosa. Según el liberalismo de Romanones en España no hay cuestión religiosa. Pero enseguida dice que el fanatismo y la intolerancia religiosa no dejan gobernar y que el proyecto sobre el Catecismo centra el programa y las ideas del partido conservador. Y Ortega remacha: «Nosotros los especulativos simpatizamos con esta idea del orador. No porque nos parezca verdadera, antes bien, formulada en redondo, nos parece deliberadamente absurda, sino porque es una idea original, nueva, que obliga a volver de arriba a abajo la historia de España íntegra. Quedamos, pues, en que en España —fíjese el lector que hablamos de España— no hay cuestión religiosa. Mas. ¿a qué viene entonces reconocer que el fanatismo y la intolerancia religiosa no dejan gobernar?»<sup>362</sup>.

Según Ortega el partido liberal, en este momento, no tiene ideas, no puede atacar ningún problema en serio, carece de entrañas morales, es la inercia frente a la España nueva. El partido liberal es inercia: «En él reside el Estado

360. X 221; «De puerta de tierra. I y II», *El Imparcial* (10.1.1913).

361. X 226-227; «Competencia. I», *El Imparcial* (8.2.1913).

362. X 234; «De un estorbo nacional», *El Imparcial* (22.4.1913).

Mayor de la incompetencia, del favoritismo y de la falta de religiosidad nacional. Cuando las convulsiones hondas del pobre pueblo anónimo hacen triunfar los principios democráticos, el partido liberal se interpone entre esas fuerzas positivas y el jefe del Estado, presentándose como el director de aquéllas»<sup>363</sup>.

Hay una contienda inapelable entre la 'España oficial y la España vital'. La destitución de Unamuno fue ya un primer signo de esa situación hace años. Según Ortega se aprovecha toda ocasión para alejar de la vida pública a los intelectuales, a los obreros, y a los productores. A la vez se les humilla y desatiende. Así no se puede hacer España. Como dijo Ganivet: No será posible España si los intelectuales no tienen el orgullo y la dignidad de serlo. Se vive entre crímenes de 'leso espíritu'. España es un país de distraídos que se sirven tanto de los pretextos como de las sospechas para sus tropelías. Así por ejemplo, no se ha escuchado al rector más rector de España; uno de sus más altos escritores: «un hombre de quien la firma ha reconquistado en América el respeto a nuestra raza, una figura intelectual que sobre el espectro de la viejísima Salamanca se levanta atrayendo la atención de los extraños que suelen ir allá en un como *turismo* de cultura..., y ningún periódico la ha tomado en consideración»<sup>364</sup>.

El abandono de Unamuno, de un hombre con una vida trabajadora, ascética, honrada, limpia y perfecta, que no tiene poder ni dinero es todo un símbolo de la indecencia nacional. Aunque varios intelectuales y obreros se han solidarizado, en varias ciudades, no es bastante. Y todo eso lo dice Ortega que no estaba de acuerdo con él. «No, no es juego de querellas personales. Personalmente no me unen al señor Unamuno, más que polémicas agrias, y a veces violentas. Se trata de que España, tiene muy pocos 'hombres adecuados en el lugar adecuado'. Y no habrá ningún patriota dispuesto a que por un necio capricho, ignore de quién, le falte uno más»<sup>365</sup>. Lo que ha sido hollado es aquello por lo que Unamuno y Ortega contendían: 'el triunfo del espíritu' y las 'altas esperanzas españolas'. Y termina Ortega: «Ya que, falte, pues, a mis palabras todo otro linaje de autoridad, tienen al menos en este caso la autoridad que da siempre hablar bien del enemigo»<sup>366</sup>.

Según Ortega, es preciso reorganizar la esperanza española, porque nos encontramos con un país enojado, lleno de rebeldía constructiva ante la inepcia presente y alucinada, «toda una España nueva que siente encono contra

---

363. X 243; «De un estorbo nacional», *El País* (12.5.1913).

364. X 259-260; «La destitución de Unamuno», *El País* (9.1914).

365. X 260; «La destitución de Unamuno», *El País* (9.1914).

366. X 264; «En defensa de Unamuno», Conferencia, Bilbao ('El Sitio' 11.10.1914).

otra España fermentada, podrida —ha hecho surgir en nosotros la esperanza»<sup>367</sup>. Todo el mundo ve que la España oficial en la que se vive no es la 'España nuestra'. Se necesita pues una nueva política que puede describirse así: «en toda ocasión, en todo momento estaremos al lado de la España humilde de las villas, los campos y las costas, frente a las instituciones carcomidas; nos haremos solidarios de toda intención noble, de toda persona benemérita, de toda queja justa, cualquiera que sea su origen y su nombre»<sup>368</sup>.

Hay que dejar la inercia política general. Esta es la que España vive gobernada por un 'alma del purgatorio', sin entusiasmo ni competencia. Ortega pide emprender obras de paz, escuelas, puestos, dejar de pagar un ejército que no existe, crear hermandad, y termina con un llamamiento: '—por los clavos de Cristo—' no dejemos pasar esta ocasión. No bastan discursos de resignación como los del partido reformista; más bien quien quiere a España la hará llorar, con sus críticas, para que cambie. Pero no hay que dejarse llevar por prejuicios ni intereses particulares.

En la crítica hay que mantener la unidad entre la utopía y la vida, dar preferencia a la España vital sobre la España legal. De lo contrario se corre el riesgo de atender sólo a la moral y olvidarse de la vida. «Esta enfermedad presenta síntomas como el que contienen estas palabras: '¡Perezcan las naciones y que se salven los principios!' ¡Tampoco, señores rigoristas, señores radicales, señores utopistas, tampoco! La moral vale más que la vida, es cierto; pero la moral no es sino la 'vida' buena, el 'buen' orden de la vida. Destruye usted la vida y destruye usted con el mismo gesto la posibilidad de la moral. Destruye usted la sociedad y aniquila usted a la par el 'buen' orden social»<sup>369</sup>. La política es realismo, el arte de acertar en concreto.

La gente rompe la ley que ya no lo es porque no vale para la vida. Hay que hacer unas leyes y una política que puedan llegar a las gentes más humildes y a los últimos rincones de España de modo que no se sientan como comparsa última de un inmenso rebaño. Ortega ha visto con vergüenza cómo se desprecia a los obreros: «Con sonrojo he tenido que oír este verano, yo 'antizquierdista' no menos que 'antidrechista', una expresión baja con la reproducción de la cual no quisiera mancillar mi texto. He oído a no pocos españoles complacerse porque 'se había arreado bien' a los obreros españoles. La plebeya frase ascendía plena a los labios, revelando el plebeyismo visceral de los que la pronuncian»<sup>370</sup>. El obrero es la clave del mundo moderno, ir contra

367. X 271; «'España' saluda al lector y dice», *Revista España* (29.1.1915).

368. X 271; «'España' saluda al lector y dice», *Revista España* (29.1.1915). Ortega quiere crear una rebeldía constructiva.

369. X 357; «Los votos van al presidio. I», *El Día* (15.11.1917).

370. X 361 nota 1; «Los votos van al presidio. I», *El Día* (15.11.1917).

él es ir contra el futuro. No se puede retroceder, aunque sea con dolor, hay que hacer otra España nueva, otra España mejor.

Si hay revolución es porque no ha habido reforma a tiempo, la tormenta revolucionaria avisa por las injusticias visibles ante todo el pueblo. Así surge la división nacional, los gobernantes se dedican a fabricar rencor y represión y se crea un ambiente agostador mezclado de inercia y cinismo. Un pueblo se crea con amor, sin él las piedras del edificio nacional no encajan y todo termina en ruina. Sin la colaboración de todos no se revoluciona nada. Entonces sobreviene la disgregación, los gobernantes pierden el crédito y hay que estar gritando todo el día como los profetas: '¡Ay de ti, Sión, que no vuelves sobre ti!'. O la nación se convierte en una Trapa donde cada día hay que recordar la 'certidumbre de la muerte'.

Un gran mal es que hay políticos ineptos que son como el diluvio pero no se reparan en ello. Ortega ejemplificaba en dos de su tiempo: «Cuando después de milenios volvamos a reunirnos en el valle de Josafat, veremos adelantarse a los señores Dato y García Prieto que, como si nada hubiese acontecido, propondrán al Gran Arquitecto la perduración del partido conservador y del partido liberal»<sup>371</sup>. En tal sentido España necesita recuperar la dignidad. La España inepta debe acabar. Deben desaparecer los que durante años se han reído de los muchos sin fortuna. Hay que hacer una España respetable. «Esta España existe, pero es justamente lo contrario que la España oficial y oficiosa. Y se hace imprescindible sepultar rápidamente toda esa España inepta, a fin de que, al preguntar por nuestra raza la Liga de los Pueblos, se encuentre con una España apta para el diálogo»<sup>372</sup>.

Hay que recuperar una nueva juventud española, la alejada de la aristocracia, del espíritu militar arcaico, de la Iglesia trasnochada y de la burocracia muerta: «Nuestro planeta tiene un poder divino de renovación y ahora que parecía irse a morir de viejo y desesperado, he aquí que se estremece de juventud»<sup>373</sup>. Hay que quitar la vergüenza nacional, los oligarcas sin pueblo, hay que evitar la repetición de la inercia nacional. Esa inercia que acontece como decía Campoamor: «*Pecar, hacer penitencia, / y luego, vuelta a pecar*»<sup>374</sup>.

Es necesario renunciar ya a las manías de izquierdas o de derechas, al catastrofismo y el dramatismo y la exageración de cualquier signo que sea. No se puede recurrir a la dictadura, porque en estos tiempos es lo mismo que la

---

371. X 443; «Política española», *El Sol* (25.9.1918).

372. X 461; «Los momentos supremos. I», *El Sol* (17.10.1918).

373. X 463; «Los momentos supremos. II», *El Sol* (29.10.1918).

374. X 505; «Feria de ambiciones», *El Sol* (25.2.1919) (sin firma).

anarquía. Del mismo modo hay un reclamo de la igualdad que es pura zafiedad, como decían los versos:

«¡Igualdad, oigo gritar al jorobado Torroba;  
¿se quitará la joroba o nos querrá jorobar?»<sup>375</sup>.

Hay que evitar tanto el caos obrero como el caos del pretendido orden gubernamental. Madrid tiene que enterarse bien de lo que pasa en provincias. No le pase como a Roma que es la cabeza del mundo pero no tiene en su cabeza nada de lo que en el mundo pasa. La realidad obrera es muy doliente y tiene una fuerza terrible, explosiva<sup>376</sup>. Es necesario organizar España para encauzar los brotes revolucionarios hacia la justicia. Sólo la justicia termina las revoluciones, los líderes obreros deben pedir serenidad, pero si los gobiernos no negocian son unos auténticos alborotadores porque no quieren una convivencia equitativa. Entonces se produce una profunda insolidaridad y media España se coloca enfrente de la otra media, se trafica con los bajos instintos y los intereses, y finalmente el poder se convierte en carnaza que congrega a buitres o los disgrega cuando ya no hay nada que repartir. Los gobiernos se reúnen en torno a los rentistas, los nuevos ricos, algunos mandos militares y las sacristías en general. Toda la otra gente queda fuera, desamparados y expuestos a las tormentas del poder.

Tenemos mucho materialismo, mucha estupidez, muchos metales preciosos, muchas cosas importantes, pero nos falta la fe y la esperanza. Parecemos olvidar que estamos llamados a resurrección: «Bajo las cruces de las torres ya voltean las campanas de Resurrección. Es la fiesta más alegre del cristianismo, un símbolo encantador del poder triunfante del espíritu y una concesión a la primavera»<sup>377</sup>. No hace falta insistir en que el horizonte de la vida es con frecuencia negro en la política y en la vida española: «Bástenos recordar a los buenos españoles que en esta jornada de Resurrección sigue nuestra política más hincada que nunca en un calvario»<sup>378</sup>. Hay en España un gran embrollo político, sin rumbo ni concierto, el país está adormecido y hay una gran llamada obrera; han surgido brotes de terror, un anarquismo antiparlamentario y rencoroso. La fobia contra el parlamento es consecuencia de la enfermedad individualista que al español enfurece cuando siente que pertenece a un todo que es la nación.

375. X 509; «En 1919 'Dictadura' es sinónimo 'de 'Anarquía'', *El Sol* (9.3.1919) (sin firma).

376. X 518; «El problema andaluz», *El Sol* (20.3.1919). Ortega refiere la huelga de Córdoba y su sofocación militar, el desasosiego del campo andaluz y cómo había 60.000 obreros sindicados en Andalucía y que eran antipolíticos, antisocialistas y antiestatalistas.

377. X 633; «Pascua y Calvario», *El Sol* (21.4.1920).

378. X 634; «Pascua y Calvario», *El Sol* (21.4.1920).

Por lo demás es pueril echar la culpa de todo a los políticos. Los males de España son mucho más profundos, la política es la superficie del problema. Si se quiere hacer una España espléndida hay que actuar a niveles más profundos. «Con ser detestables los ‘viejos políticos’, son mucho peores los viejos españoles, esa gran masa inerte y maldiciente sin ímpetu ni fervor ni interna disciplina»<sup>379</sup>. Hay que organizar España frente al caciquismo de cada español. Porque, en este país, las instituciones son sólo líneas imaginarias cuya única realidad es el cacique, sin ley, sin norma y con capricho. Los caciques de la capital son sólo los aseguradores de los de la periferia: «Con la excepción de muy reducidas minorías, cada español es un cacique nato. Cuando no se le logra el apetito, es un cacique fracasado, y entonces siente un odio profundo hacia el cacique triunfante. Pero el victorioso y el fallido poseen exactamente el mismo espíritu de privadas devociones y de nacional impiedad»<sup>380</sup>.

Las gentes siguen diciendo que todo está mal pero no permiten que se reforme nada. Es la mentalidad pequeño burguesa que siente pavor a todo cambio. «España es el paraíso de la pequeña burguesía»<sup>381</sup>. Se aman las libertades suspendiéndolas como el verdugo al ahorcado. Tenemos una superproducción de alcaldes de aldea; nuestra institución básica después de Dios y la creación del mundo; los electores no son más que los organizadores; no había puchero pero se votaban favores. El prestigio del poder público se hundía. España era pura apariencia, en todo.

Hasta hay gente tan tonta que cree que hacer política es armar jalero. La España actual es ‘una España invertebrada’. Las juntas militares cortaron la última vértebra. Así se ha establecido la ilegalidad, se alienta la revolución violenta. La única salida es hacer una nueva Constitución<sup>382</sup>. No se puede hacer política con borrachos, sino desde las conciencias claras. Cierto, de un pueblo que nunca aplaude se puede esperar también muy poco. Pero el Parlamento ha de ser sobrio. El Estado ha de ser fuerte pero sin estatolatría. La democracia no es el pueblo suelto sino el pueblo organizado. Hay que colaborar todos aunque a veces nos sea molesto. El que es sólo *anti* no es nada, es un vacío de sí mismo. Y como el viento cambia la veleta de posición así cambian de posición los *antis*.

En fin, y a pesar de todo, España es un país anormalmente gubernamental y no revolucionario. Esto da razón de muchas cosas: «Esto explicaría muchas, muchas cosas del pasado. Por ejemplo, el catolicismo de nuestra histo-

---

379. XI 31; «Sobre la vieja política», *El Sol* (27.11.1923).

380. XI 44; «Ideas políticas. IV», *El Sol* (13.7.1924).

381. XI 52; «Vaguedades. I», *El Sol* (6.3.1925).

382. XI 268; RPDN (26.3.1931): «Bajo el arco en ruina», *El Imparcial* (11.6.1917).



ria. España fue antiprotestante porque el protestantismo era oposición y Roma lo gubernamental —no porque fuese religiosamente más ni menos católica que cualquier otra nación. Cuando el mundo ha dejado de ser católico, España lo ha dejado de ser también. Contra lo que suele creerse en el extranjero, tal vez no existen en ningún país europeo menos católicos auténticos que entre nosotros»<sup>383</sup>. Nuestra tradición espiritual es unilateral. Nuestra ortodoxia es como ornamental, como lo han sido nuestras revoluciones.

Ortega pretendía echar el fermento de una España nueva con una nueva ética personal y cívica que era un auténtico arte, no una moralina. La pedagogía era la levadura de la política. Había que conseguir la libertad, la igualdad y la fraternidad pero por la educación *no por la violencia*. Ortega educó a todos, incluso a sus detractores<sup>384</sup>. Ortega dio vida al tema de España. Y fue un conductor de la historia porque supo descubrir el espíritu de la época por donde 'la Divinidad, pasa'<sup>385</sup>. Ortega fue un elemento constitutivo del movimiento que va de una imagen de España a otra<sup>386</sup>. Ciertamente: «De Ortega y Gasset podría decirse con justicia que fue un filósofo político. Su vida entera, pública y privada, un acto de ciudadanía. Su muerte también»<sup>387</sup>. Se mantuvo siempre por encima de los partidos y sus oposiciones, pues por encima de ambos hay el partido de «los españoles cerriles y los españoles civilizados. Al primero, pertenecen por igual el creyente montaraz, siempre dispuesto a imponer sus creencias o sus supersticiones a cristazo limpio, y el ateo blasfemo iconoclasta e incendiario. Dos máscaras o disfraces de un mismo personaje»<sup>388</sup>.

En fin, de Ortega puede decirse que fue el intento de construir una nación con tradición viva, llena de serenidad y con continuidad vital, por cuyo cauce pudiera discurrir la historia española, la vida de cada español, sin sobresaltos.

Domingo NATAL

383. XI 316; «El sentido del cambio político español», *Crisol* (16.9.1931).

384. VEGA DÍAZ, *Cosas de Ortega*, en *Revista de Occidente* 24-25 (1983) 248.

385. ZAMBRANO, M., *Señal de vida. Obras de José Ortega y Gasset (1914-1932)*, en *Revista de Occidente* 24-25 (1983) 276. Esa era la razón por la que Ortega no necesitaba educar con moralina para dar a luz a la nueva España: McCLINTOCK, R., *Man and his*, 245; 81.

386. MARAVALL, J.A., *Una experiencia personal de la obra de Ortega*, en *Revista de Occidente* 24-25 (1983) 161.

387. VARELA, F., *Tránsito de Ortega y Gasset por la escena política española*, en *Cuadernos de Investigación Histórica*, VIII, Fundación Universitaria Española. Seminario 'Cisneros', Madrid 1984, 203.

388. *Ibid.*